

The book cover features a dark, high-contrast illustration. A large, black silhouette of a man in a suit is the central figure, holding a handgun in his right hand. The background is a dark, reddish-brown scene of a city street at night, with a train track visible on the left and a building in the distance. The overall mood is gritty and noir.

Llueve
sangre
sobre el
asfalto

A. J. Raven

Quiero agradecerte a ti lector la confianza que has depositado en mí. Este es el primero libro que espero y siempre que os guste, sea el inicio de una saga y que juntos disfrutemos. También quiero agradecer a mi familia por el apoyo recibido, a mi gente y en especial a mi tía Candi pero sobre todo y vuelvo a repetir, quiero agradecerte a ti, querido lector por tu apoyo incondicional. Gracias.

A.J Raven

LLUEVE SANGRE SOBRE EL ASFALTO

A.J Raven

CAPÍTULO 1

Cuando la policía llegó al motel, las gotas de sangre aún se deslizaban sin prisa desde el colchón de la cama hasta el suelo de aquel mugriento cuchitril. Hallaron a la asesina tumbada, esbozando una ligera sonrisa y abrazada al cadáver como si fuera una niña dando amor a su osito de peluche. Los dos estaban desnudos alrededor de un charco de sangre y vómito.

La prensa local, *El Evening Journal*, catalogó los crímenes como uno de los más atroces que habían ocurrido en la ciudad. Sin embargo, no pudo igualarse al asesinato ocurrido cinco años atrás perpetrado por un joven que violó, atropelló y quemó a una disminuida por la simple razón, de querer divertirse. Así mismo, esa misma prensa, la que a veces engañaba a su público inyectando en el papel tinta envenenada, le otorgó el sobrenombre de la asesina de gordos o la asesina del pene.

La comisaría que llevó el caso, la veintidós, su capitán declaró que en más de los diez años al frente de la jefatura, jamás había contemplado un crimen igual; tan sádico y tan salvaje a la vez que despiadado.

El capitán también añadió que, cuando vio las fotos del primero de sus crímenes, por poco le da un infarto...

1

Para Berta Rogers, por fin llegó el día que tanto había esperado. Tras ganar su primer caso para el bufete *Bender and Bolin*, uno de los más prestigiosos de la ciudad, consiguió aquel puesto fijo como abogada al que siempre había aspirado. Terminada como becaria a los veintisiete años de edad, su jefe, un chupatintas de cincuenta años adicto a la *nieve* y a las putas caras llamado Andreu Bolin, le asignó un caso fácil de llevar, puesto que quiso tantear a una abogada cuyo futuro brillaba en esplendor. El caso en cuestión no fue nada más que un simple robo en una tienda de licores en donde su asaltante, —un niño de clase alta que empuñaba una pistola de juguete—, sustrajo quinientos dólares en metálico y botellas por valor de cien dólares. En total la suma ascendió a mil dólares. Lo que hizo la mente de la abogada fue cambiar los roles. Al delincuente lo puso como víctima y a la víctima, como el delincuente.

La oscuridad se hundía en la ciudad de los vientos. Era una noche del segundo mes del año en donde semanas atrás, los carnavales habían sazonado un poco las malogradas calles con aquellos disfraces y pelucas de distintos colores, hombres zancudos, animales y un sinfín más de parafernalia sin sentido. Una noche invernal en la cual la nieve gritaba con sutileza por cada rincón de aquellas arterias ennegrecidas, atormentadas, llenas de maldad, odio y desesperación. Una capa de cinco centímetros de espesor arropaba las aceras como una madre arropa a su hijo. Los coches dormían con sumo placer bajo un manto de escarcha, las alcantarillas emitían un humo lechoso, triste, y las campanas del ayuntamiento daban las diez en punto.

Berta elegía vestido para la fiesta que sus amigas habían preparado por ganar su primer caso. Acababa de salir de la ducha de su casa de dos plantas en el 1149 de la calle 90, en Dunning, al este de la ciudad.

En su habitación, al lado de la cama, frente al espejo, se probaba vestidos. Cogió el negro y se lo probó. No le gustó como la quedaba debido a que pensaba que ese color le hacía tener el culo gordo. Lo dejó apartado y agarró el rojo. Se lo probó mirándose al espejo sin embargo, tampoco le gustaba; pensaba que ese color era para descocadas, tal vez para su amiga Kate. Lo apartó a un lado de la cama y se decantó por el negro. Para nada le hacía tener el culo gordo. Berta era guapa, bastante guapa.

Tenía unas medidas de ensueño en una altura de un metro sesenta. Su pelo rubio ondulado, destellante como el oro bajo los rayos del sol, resbalaba hasta sus pequeños y redondos hombros. Los ojos eran grandes como ensaladeras y el color parecía una hermosa pradera verde. La nariz pequeña y redonda estaba unida a una sonrisa que daba felicidad a un rostro cuya piel, era de un blanco tan bello que se asemejaba a las alas de un ángel. También era una chica brillante, divertida, generosa, culta y con un gran corazón aunque este se transformaba cada vez que se ponía la toga y subía al estrado, convirtiendo ese corazón en un órgano inerte. Sus pasiones como cualquier muchacha de su edad, era la moda; a Berta le encantaba la ropa, sobre todo la ropa cara comprada en las tiendas de la calle llamada *The Mag Mile*. Además de comprar ropa, la gustaba nadar al igual que jugar al tenis, ir a sitios caros y la buena comida. A veces, solía salir con un chico de cuerpo musculoso y cabeza vacía, algo informal, un mero revolcón, puesto que a ella la agradaban los chicos inteligentes. Pero que no lo fueran más que

ella.

Berta salió de su casa a las once. Un taxi esperaba en la acera con el motor encendido. En su interior se hallaban sus tres amigas: Kate, Wen y Lany.

Kate Miller era la más atrevida y ligera del grupo. Fue compañera de Berta y Lany en la misma clase. En la actualidad, ejercía como veterinaria, un trabajo que era su pasión; poder salvar y cuidar animales indefensos era su vida. Era lista, atenta, generosa, fogosa y coqueta. Unas cualidades dentro de un cuerpo perfecto, delgado a su vez que con curvas, y un pelo negro lacio, que llegaba por debajo del cuello. Su cara albergaba unos labios finos, nariz ancha y unos ojos de color gris. Sus pasiones, aparte de cuidar animales moribundos, era la fiesta. La encantaba salir a desmadrarse y pasarlo bien entre copas y chicos.

Después, estaba Wen Zhao. Era una chica algo tímida proveniente del gigante asiático que al terminar de graduarse se hizo profesora adjunta. Poseía un cuerpo fino como el hilo de una caña de pescar. Alguno de sus dioses asiáticos no la bendijo con culo ni pechos; ese dios de ojos rasgados se cachondeó de ella al hacerla plana como una tabla de planchar. El pelo, corto hasta el cuello, parecía un estropajo. La cara era como un pan de hogaza, una frente protuberante y una nariz chata con las aletas definidas. Lectora empedernida de autores confucianos, iba un curso por debajo cuando conoció a las chicas. Sus padres se trasladaron de China después de nacer Wen. Su padre quiso un futuro mejor el cual, el gigante asiático no podía proporcionarle, abrió una tienda de licores y comestibles en el barrio chino que no le fue nada mal.

Por último, estaba Lany López. De origen cubano, era una portentosa belleza latina. Tenía un pelo moreno largo hasta llegar a media espalda. En las puntas, unas mechas de color verde que hacían juego con sus ojos. Una piel caramelizada, unos labios finos y una nariz aguileña era todo lo que ofrecía su cara. La espalda y las piernas reflejaban tatuajes. Era la rebelde del grupo. Controlaba todo a su paso; era fría calculadora y dominante, pero buena amiga. Le gustaba las motocicletas (cuanto más grandes mejor) y enfundarse en ropa de cuero. Poseía una lengua viperina y portaba un toque gótico.

—¿Listas para desmadrarnos esta noche? —preguntó Kate.

—Sí, pero sin pasarnos —dijo Lany.

—¿Creéis qué este vestido me hace gorda? —inquirió Berta.

—Estás deslumbrante —dijo Wen—. Mírame a mí, parezco una tabla de madera, en cambio tú, estás guapísima.

—Estás perfecta —añadió Kate—. Ese vestido te hace unas tetitas ricas, déjame tocar. Estiró la mano y la tocó un pecho.

—¡¡Deja mis tetas!! —exclamó Berta entre risas.

—Yo no tengo tetas —pronunció Wen.

Berta y Kate rieron.

—Oiga —espetó Lany al taxista—. Cuando quiera arranque, ¡eh!

—Si no me dicen adónde van...

—Al club The Warehouse.

El club se ubicaba en el 206 de South Jefferson Street, en el área comunitaria de Greektown. Se había construido sobre la estructura de una antigua fábrica de tres pisos. Cinco años atrás de la apertura del club, aquella fábrica de calzado fue destruida por un incendio que se inició a las tres de la madrugada. Los bomberos atribuyeron el suceso a unos viejos cables pelados que recorrían la pared del tercer piso. A los seis meses del incendio, la casualidad hizo que el terreno pasara a un político de dudosa procedencia. El Warehouse era el club de moda en la ciudad. Cada noche, atraía alrededor de dos mil personas sedientas de una buena juerga. A

veces, Berta, Kate y Lany, se podían pasar quemando la pista desde la noche del viernes hasta el medio día del domingo.

Era un club en donde se permitía el sexo al descubierto, eso hacía que estuviera libre de agresiones. Lo mismo lo podías hacer en el baño que en la pista o junto a la cabina del DJ. También era la sede para los hombres negros homosexuales repudiados, tratados como leprosos por su comunidad. Allí se podían juntar y darse amor sin que ningún dedo les señalara. En aquel lugar podían ser ellos mismos. El residente, el que hacía vibrar la pista, era Frankie Knuckles, un DJ afroamericano rollizo, calvo, con gafas de pasta y una perilla. Había salido de los bajos fondos de la ciudad conocida como la Gran Manzana para empezar a despuntar experimentando con la música electrónica.

—Seguro que aparece tu ex novio —dijo Lany a Kate.

—Espero que no, quiere volver pero no estoy dispuesta, paso de él.

—Venga chicas, relajaos y disfrutemos de la noche —sentenció Wen.

El taxista las dejó en la puerta del club. La fachada se iluminaba de blanco por unos pequeños focos que rotaban de forma aleatoria en ambos lados de la puerta. Estaba custodiada por un portero que se podía asemejar a un orangután, con una piel negra como el carbón y recubierto de músculos en una altura de un metro noventa. Portaba un traje negro y camisa blanca, ambos de una talla menos. Parecía que iba a reventar el traje y colgarse desde el Willis Tower, el rascacielos más alto de la ciudad.

La fila de personas que esperaban entrar al lugar de nacimiento de la música electrónica, daba la vuelta a Jackson Boulevard. Una alfombra roja te acercaba hasta la puerta en donde aparte del orangután, había una banda de terciopelo rojo colocado en dos postes de contrachapado bañado en oro.

Bajaron del taxi y fueron directas hacia el portero. Eran bien conocidas por el dueño pero sobre todo, por el primero. De esa manera, consiguieron saltarse toda la fila sin esperar ni pasar frío en la tortuosa noche. Ellas solo iban a calentar. Kate había conseguido un reservado para un día tan especial.

—Bienvenidas, chicas —dijo el portero con una voz grave.

El orangután apartó la banda de terciopelo. Berta abrió la puerta y se adentraron a un mundo de lujuria y desenfreno en donde el límite era inexistente.

2

Aquella noche de escarcha con una luna envejecida y medio oculta tras una bruma, en el otro lado de la ciudad, en la cafetería de la 77 con Lake Street, sentado en un taburete junto a la barra, se hallaba el sargento de policía Henry Dupont. Contemplaba cabizbajo, con unos ojos cansados, llenos de aflicción y pesadez, el plato vacío de un bistec con huevo que acababa de terminar. La amable camarera, una madre soltera de cuarenta años de piel áspera, pelo largo castaño envuelto en una goma, con una esencia a derrota y comida rápida; unido a unas piernas temblorosas de aguantar largas jornadas de pie pero sin quitar nunca una hermosa sonrisa de su rostro, le ofreció más café.

—¿Un poco más, encanto?

—No —expresó Henry sin quitar la mirada del plato—. Traiga whisky.

Aquella camarera conocía bien a Henry. Sabía de su afición a empinar el codo y aún así le servía alcohol debido a las generosas propinas que soltaba, algo que para ella era de agradecer.

Henry continuaba con la mirada anclada en plato. Envuelto en los oscuros fantasmas de su pasado, mientras se tocaba el dedo medio de la mano derecha buscando algo que una vez estuvo ahí, su mente comenzó a deambular una y otra vez como un ave sin rumbo, como un pez aleteando fuera de la pecera, hasta aquel fatídico día. Sacó un cigarro del paquete de Marlboro y lo encendió dando enérgicas caladas.

Era el último día de la semana. La hora era magnífica para la gente, quienes ya se empezaban a pedir las primeras copas para calentar motores y olvidarse de las patéticas y felices vidas de servidumbre bajo el yugo de su jornada laboral. Algo que también compartía Henry sin embargo, su vida no era feliz, agria sí, feliz, para nada. Sus pensamientos se vieron truncados cuando recibió una llamada por radio.

—Central a delta tres, ¿está usted ahí sargento?

No contestó, sus oídos estaban tapados por las voces de los fantasmas del pasado.

—Sargento responda.

—¿Qué ocurre Bobby...

—Se ha producido un 10-0 en Arminton Street.

Tampoco volvió a contestar. Solo observaba a la camarera traer con esas piernas agotadas y llenas de varices, su elixir del olvido. Algo que le hizo esbozar media sonrisa. La amable mujer, al escuchar el aviso, se lo quedó mirando.

—¿No vas a ir?

—Cuando acabe de beber —sentenció Henry.

—Será algo urgente.

—Es un asesinato, el cadáver no se va a mover por mucho que vaya rápido. Aunque si se moviera me haría un favor, me gusta calentar este asiento. Ahora, déjame terminar, ¿no tienes nada qué fregar? No me molestes.

—En tu placa pone proteger y servir, no pone beber hasta perder el conocimiento.

—¿Quieres mi placa? —Henry la sacó—. Toma —dijo dándosela—. Es tuya si te vas de una puta vez.

La amabilidad de la camarera cambió a una fruncida de ceño y de su boca salieron cuatro frías palabras.

—Haz lo que quieras.

Así hizo Henry. Acabó la copa sin prisa, disfrutando de cada sorbo, de aquellas gotas que lo hacían sentirse útil, alguien poderoso y no un don nadie con placa y pistola como él se definía. Apoyó el vaso en la mesa dando un fuerte golpe que hizo asustarse al hombre que estaba a su derecha, cuyo café que estaba tomando se derramó manchando su camiseta.

—Oiga, ¿qué coño le pasa? —espetó malhumorado el hombre.

Henry no dijo nada, solo se lo quedó mirando.

—Por lo menos, pida perdón.

—Si quiere perdón, vaya a la iglesia.

El hombre hizo ademán de abalanzarse a por él pero la amable camarera consiguió pararlo. En cambio Henry ni pestañeó.

—No por favor.

El hombre hizo caso a la camarera y se tranquilizó, momento en el que Henry movió sus labios.

—Tómese otro café a mi salud, invito yo.

Henry se levantó, apagó el cigarro y sacó su cartera. Dejó a la camarera un billete de cincuenta dólares encima de la barra y se despidió de ella no sin antes, decirle que llenase de *olvido* la petaca. Era una petaca plateada que compró en un mercadillo benéfico por un dólar y medio pero de eso hacía ya mucho tiempo. A continuación salió de la cafetería. Se ajustó los pantalones, se abrochó la camisa y encendió otro cigarrillo del paquete sacado de su chaqueta de cuero.

Pasada la media noche, las campanas replicaron en una calle desolada. Una calle en la que la luna solo respiraba violencia y el humo opresor que salía de los tubos de escape.

Chicago era una ciudad abandonada a su suerte, llena de sangre y corrupción. Hubo una vez, hace algún tiempo, la lluvia dejó de caer. No obstante, sí se producían fuertes lluvias a diario pero no de gotas de agua, aquellas gotas eran de metal. Las calles se mojaban con casquillos de bala, los destellos de las metralletas daban luz en un techo negro y la muerte, cabalgaba complacida. Lo mismo ocurría con la nieve; sus bellos copos blanquecinos se transformaban en nieve escarlata al tocar el suelo. A menudo solía llover sangre sobre el asfalto.

Los callejones eran como una fría mujer que te envolvía el cuello con sus piernas, apretaba con muslos de acero y te dejaba sin respiración. Una ciudad en la que se podía saborear el dulce aroma a martirio. Una jungla en donde sus habitantes no se sentían protegidos. Pensaban que la misma policía los arrojaría debajo de un autobús. Una ciudad en la que los políticos —*gánsteres* de sangre azul—, amasaban grandes fortunas con fajos de billetes verdes manchados de rojo, algo que ellos llamaban <<donaciones>> y así, podían comprarse mansiones caras con piscina y cancha de tenis a las afueras de la ciudad. Mientras tanto, la gente honrada, esas personas que se partían el lomo doce horas diarias por ochocientos dólares, otras <<personas>> con una cara bastante dura, ocupaban la casa que pagaron sudando sangre, sin que ningún político —aquella gentuza que cobraban sumas millonarias por calentar sus mal olientes y sucios culos en un sillón del congreso— moviera un dedo por ayudarlos. Los desamparaban y los arrojaban al abismo cual juguete roto a su vez que el *okupa*, disfrutaba del calor de un hogar al amparo de la ley. Aquellos mismos políticos eran los que besaban niños y acariciaban perros para después, ir corriendo a lavarse la boca y las manos. De la misma piel de mierda eran los banqueros. Aquellos eran el cáncer de la sociedad que junto a los políticos, el pueblo tenía que

estirar sin contemplaciones, arrancarlos de raíz con un manzano podrido. Menudos hijos de puta solía pensar Henry.

Una ciudad en la que cualquier concejal de barrio era el jefe de un cártel de droga. En donde un juez con más de cien kilos de cocaína en su casa, podía enviarte a un zulo con rejas varios años por llevar unos tristes gramos de hierba en el bolsillo. Una apestosa ciudad en la que un alto cargo municipal toleraba el asesinato con la intención de ganar dinero, en donde las violaciones se perpetraban sin pudor cuando el sol estaba en su apogeo. La policía hacía la vista gorda y si estaban de buen humor, incluso podían unirse. La mayoría de los niños no llegaban a cumplir los dieciocho.

Todo el sistema era como una partida de ajedrez en el cual, las casillas blancas simbolizaban los días, las negras las noches y los ciudadanos, meros peones en el tablero de los que había que deshacerse. Así era la ciudad de los vientos, un lugar donde estaban tapiadas todas las vistas al futuro.

En medio de aquel caos, estaba Henry Dupont, un nativo en tierra de nadie, un iceberg que vagaba a la deriva mientras se iba fundiendo con lentitud hasta quedarse en nada, un hombre dividido entre mujeres desnudas y charcos de sangre. Era un gran policía antes del fatal desenlace sin embargo, después de aquello, se había convertido en un policía de los llamados *caimán*, al que ya no le importaba nada ni nadie, lo que único que le importaba era que el vaso siempre estuviera lleno y que en su madriguera siempre tuviera un conejo. A pesar de que se había criado en las calles, de ahí a que conociera bastante calaña, su profesión siempre fue vigilar la ciudad como su padre, el teniente Charles<<Charlie>> Dupont, uno de los pocos oficiales honrados que quedaban y de los pocos que tuvo el valor para no dejarse comprar por la mafia que seguía rondando en la ciudad. Tal vez, por no haberse dejado comprar, fue disparado por el 9 mm de un drogata en un control rutinario. El chaleco antibalas lo salvó la vida no obstante, lo dejó postrado en una silla de ruedas. El vicioso fue abatido en el acto por el compañero de Charlie, dejándolo tirado en la acera con el pecho hundido, agujerado como un queso suizo. El drogata murió pero Charles Dupont fue sentenciado a una vida sedentaria. La madre de Henry, la señora Sherlyn Dupont (de apellido de soltera Davis) los abandonó a su padre y a él cuando Henry contaba con diez años. Un día, el pobre Charlie encontró una nota cuyas frías palabras decían que los abandonaba por otro hombre, que ya no aguantaba más tener que cuidar ni cambiar el pañal a un tullido, que lo sentía mucho y que por favor cuidara del pequeño. El señor Charles Dupont consiguió salir adelante y supo cuidar bien de su hijo pese a la vida sedentaria en la que estaba condenado. Logró educarlo y a los dieciocho años, Henry ingresó en la academia. Pero ese no era el único trauma que cargaba en su espalda.

El lastre que pesaba sobre él, era la muerte de su hija por un conductor borracho. Henry salía una calurosa madrugada de verano de trabajar. La noche había estado tranquila, para Henry una noche tranquila, significaba tener menos de treinta asesinatos. Su mujer y su hija, la pequeña Stacy, de cinco añitos de edad, esperaban en la acera de enfrente de la comisaría. Henry salió mostrando una sonrisa. Estaba cansado, los párpados le pesaban y su boca se abría para dar un bostezo sin embargo, eso a Henry le dio igual, él solo quería estar con los amores de su vida. Su motor para poder funcionar en las calles. Henry quedó en el semáforo a esperas de que pudieran cruzar. El abrazo estaba más cerca. Cuando el muñeco rojo cambió al verde y ellas caminaron hasta él, un coche que se saltó un semáforo, dobló la calle.

Entró a tanta velocidad en la curva, que las ruedas comenzaron a derrapar en el agua de un charco. Eso hizo que el conductor perdiera el control, empujando el coche contra las dos. Henry gritó como alma que lleva el diablo para que se apartaran pero fue demasiado tarde; el

coche las mandó volando más de cien metros para después, darse a la fuga por toda la avenida Lincon, produciendo una estela blanca y un olor a goma quemada.

Henry fue corriendo hasta ellas. La gente, lo mismo que los vecinos de la calle de al lado, comenzaron a congregarse movidos por el morbo de saber qué había ocurrido. Agentes de la comisaría, también salieron al oír el golpe y el chirriar de las ruedas levantando el asfalto. Tomaron declaración a los testigos sin embargo, ninguno vio la matrícula o no quisieron decir nada. Los únicos que otorgaron un poco de información fueron los vecinos de la otra calle. Habían visto al conductor haciendo *zigzag*, conducir encima de la acera golpeando cubos de basura y saltarse varios semáforos. Muchos de aquellos vecinos tuvieron que salir corriendo para no ser arrollados por aquel peligro al volante. La calle se acordonó y el sonido y los destellos de las ambulancias paraban frente a una mancha más en el asfalto.

Henry no pudo hacer nada, solo sujetar en brazos a su hija muerta, reventada en su interior, con una cara bañada por un bello rojo carmesí, pero conservando esa dulzura de inocente niña. La mujer sobrevivió, mas ellos murieron aquella misma mañana.

Al cabo de un tiempo, los problemas comenzaron a florecer en el matrimonio hasta llegar a un punto en que, los pétalos que un día ellos llamaron amor, se marchitaron y cayeron como hojas en el otoño, y aquella pareja, que un día fue una alegre flor de primavera, desapareció. El juez dio la casa a su ex mujer más manutención económica. Según la información otorgada por el abogado de la mujer, dijo ser ama de casa y no tenía ingresos. Un mes más tarde volvió a rehacer su vida. Contrajo nupcias con un funcionario del ayuntamiento, un tipejo con gafas de culo de botella y con cuerpo de barril al que Henry llamaba: El marmota. Una pareja que al final del mes ingresaban en la cuenta dos sueldos jugosos mientras que en la cartera de Henry cada vez que la abría salían moscas y polvo.

A Henry, —aquella sentencia de locos—, lo dejó en la miseria; vagando por las calles y durmiendo en un piso que olía a culo en Green Street, Englewood; un suburbio que podía compararse con facilidad al barrio de Compton de los Ángeles. Estuvo bastante tiempo gastando sus fuerzas en encontrar al conductor, entrando en bares y tugurios, preguntando a unos y a otros por información. Incluso llegó a dejar bastantes narices sangrando si no le daban la respuesta que buscaba. Nunca dio con el culpable y si no fuera por el psicólogo de la comisaría, el doctor Joseph Kadem, estaría peleando con un sin techo por chupar el cuello de una botella o tirado en alguna esquina a la espera de que, algún transeúnte se apiadara de él y le arrojara unas monedas para mal gastarlas en la licorería del señor Chan.

A causa de aquella situación, su aspecto había desmejorado un poco, aunque gracias a la genética, seguía siendo bastante atractivo. Tenía un cuerpo fornido, bien trabajado en el gimnasio de la comisaría, una piel curtida, pelo moreno corto al estilo llamado *César*, ojos grandes y marrones, con un puntito negro en la córnea debido a una esquirla que saltó de un proyectil y que a veces, nublaba su visión. Un mentón en forma de V, una nariz griega y una barba de un par de días, daba forma a un rostro amargado. Su garganta emitía una voz raspada y en la espalda, en concreto en el omóplato derecho, tenía un tatuaje. Se lo hizo con varios compañeros de la veintidós una noche de coca, alcohol y putas. Era un dibujo de dos pistolas cruzadas y debajo una frase:

Dispara o muere. La veintidós nunca muere .

Pese a que llevaba esa espina, aquel aspecto desmejorado, rudo y solitario, hacía que las mujeres mojaran las bragas al verlo. Siguió siendo un buen policía pero con unos métodos algo distintos, los cuales dejaban bastante que desear. Las calles se habían convertido en su escuela y el cañón de su pistola, en su maestro.

Había sucumbido a las garras del poder aceptando algo de verde. Se ganaba unos dólares por hacer la vista gorda en el trapicheo entre pandillas o cogiendo las monedas sueltas al tendero de la esquina. Eso no quitó que sus cualidades cambiaran. Aunque ya no estaba lleno de amor y su alma entonaba un color fecal, continuaba siendo tan astuto como un zorro, tan leal como un perro, tan culto como un diccionario y tan ingenioso y cínico que daba la impresión de ser un cabrón sin sentimientos.

Su adicción al sexo y al alcohol lo hacía, en sus propias palabras: Ser mejor persona. Cuando no estaba bajo la calidez de alguna putilla de cincuenta dólares o tragando una botella de dos, aquel lobo de mar dedicado a la bebida mataba su dolor escuchando música clásica mientras comía manjares tailandeses precocinados, o tumbado en el sofá con ese chándal lleno de lamparones, viendo en la televisión a los Chicago Bears. Siempre con un trago en la mano y un cigarro en la otra. Así era un día en la vida de Henry cuando no tenía nada que hacer y no estaba repartiendo leña.

3

The Warehouse. 1:00

En aquella hora, el club estaba en pleno delirio. En su alocada pista no cabía ni un alfiler. El DJ los hacía saltar y bailar sin dar ninguna tregua, las luces oscilantes de los focos iluminaban sus desquiciadas caras y las pastillas que daban un extra a la diversión, volaban entre las manos. Berta y sus amigas se hallaban en el reservado. Este se ubicaba en el piso de arriba. Era un rincón bastante grande. En el centro, estaba la cabina de Frankie. A los lados, varias mesas redondas y apoyado en la pared, dos sofás biplaza de cuero en un tono marrón oscuro. El camarero, un joven de dieciocho años recién cumplidos, vestido con una camisa negra, vaqueros y un pelo envuelto en gomina, se acercó a ellas, dejando un rastro de feromonas y colonia barata. Apoyó encima de la mesa una botella de champán y cuatro vasos.

—Cortesía del reservado chicas.

El camarero se marchó dejando a Lany descorchado la botella. Un poco de líquido frío y burbujeante, salió disparado dirección al escote de Berta, cuyas gotas se deslizaron por su sedosa piel. Kate alargó su mano hasta el escote mojado, tocó con los dedos aquellas burbujas y después, se llevó la mano a la boca.

—Qué bueno...—dijo relamiéndose los labios.

Lany sirvió champán en los vasos.

—¿Dónde está Wen? —preguntó Lany.

Las tres miraron en derredor en busca de su amiga.

—Allí está, en el otro lado del reservado. Está hablando con un chico —dijo Kate.

—Y parecía una mosquita muerta —alegó Berta—. Déjala que disfrute.

Las tres cogieron sus vasos y los alzaron.

—¡Por nosotras, zorras! —exclamaron al unísono.

Después de brindar y dejar los vasos en la mesa, Berta observó a Barry y a otro chico, subir las escaleras del reservado.

—Kate, ahí viene tu ex.

—Lleva una semana llamándome, insistiendo en que volvamos, ya le dije que no. Parece que no entiende que no, es no.

Se acercó hasta el reservado con unos andares que mostraban prepotencia. Barry era amigo de las chicas desde el instituto. Fue el capitán del equipo de fútbol y rey del baile de graduación. Era el típico chulo y rebelde al que su padre no había dado un par de guantazos de pequeño. Tenía el pelo moreno, corto, ojos verdes y una sonrisa perfecta, de dientes blancos como glaciares. Todas las chicas se volvían locas por él, pero su corazón se lo llevó Kate. Se fueron a vivir juntos hasta que un día, ese corazón que palpitaba, fue apuñalado por ella al montárselo con un amigo de Barry en la misma cama donde ellos dormían. Así empezó la fama de chica ligera de Kate.

Al graduarse como todos, su padre lo puso de director ejecutivo al frente de una de sus empresas de automoción, convirtiéndose en millonario; llevando una vida de desenfreno donde la cocaína, la fiesta y los coches de lujo, era la única manera que sabía de vivir. Se trasladó a uno

de los mejores y lujosos barrios al norte de Chicago, llamado Sheffield, en Lincoln Park, un barrio en el que la única delincuencia que transitaba, era que algún viejecillo se fuera sin pagar de un establecimiento sin darse cuenta.

Estaba acompañado de Matt. Este era un chico dos veranos más mayor que Barry. Era el hijo del socio de su padre, otro niño más al que la vida jugaba a su favor; un tipejo que no sabía lo que era sudar para llevarse un triste plato de arroz a la boca.

Lany y Berta los saludaron de buena manera.

—¿Tú no me saludas, Kate?

—¿Qué haces aquí? —preguntó frunciendo el ceño.

—Lo mismo que tú, pasarlo bien. Vengo a ver a Frankie.

Ambos se miraron con algo de desprecio. Su supuesto amor era tan tóxico como el veneno para matarratas.

—Míralos —susurró Berta a Lany.

—Un día de estos se van a matar por los celos de Barry.

Berta cogió el vaso y se lo bebió.

—¡Eh! Esa es mi copa zorra —dijo Lany entre risas.

—Lo siento, te pediré otra.

Mientras Barry presentaba a Matt a las chicas, Frankie apareció. Saludó a Barry con un abrazo de <<hermanos>>. Conocía bien a Barry y sus vicios nasales. A las chicas las conocía de vista, de verlas por la pista calentando braguetas a todo varón que se arrimara. Frankie apartó a Barry y lo llevó a la esquina, lejos de las miradas cotillas. Estuvieron hablando y riendo. Después, Frankie puso en la mano de Barry un gramo de lo mejor de Sudamérica.

—Para que te diviertas a mí salud.

—Joder, me encanta venir a verte, ¿te pones una conmigo?

—Tengo sola la cabina, en otra ocasión.

Se despidió y se marchó. Barry volcó encima de la mesa menos de medio gramo.

—¿Esto es para nosotras? —preguntó Kate

—Esto es para todos.

De aquella montaña blanca, cristalizada y con olor a amoníaco, hizo seis líneas tan finas que parecían los pelillos del bigote de un gato. Cogió un billete de diez dólares, lo enrolló y esnifó de una sentada. Todos esnifaron menos Wen. Barry echó la cabeza hacia atrás y dio un gemido de placer.

<<Qué rica está, de las que duermen dentaduras>>—pensó.

Wen apareció a los cinco minutos. Berta bailaba con Kate con una sensualidad que levantaba algo más que pasiones, sobre todo a ese chico gordo que no dejaba de apartar la vista de ellas. Barry hablaba con Matt mientras la *gota* se deslizaba por su garganta.

—¿Tía, dónde estabas? —preguntó Lany.

—Hablando con un chico, tan majo... —contestó con una voz de quinceañera.

—Habértelo llevado al baño.

—Sabes que yo no hago esas cosas, eso se lo dejo a Kate.

—Brindo por eso.

Ambas rieron.

—Esa raya, ¿es para mí?

—Sí.

Wen cogió el billete, lo enrolló y esnifó.

4

La nieve dejó de caer para dar paso a una lluvia sucia, desagradable y aquella luna medio oculta, estaba comenzando a mostrarse. En la lejanía, se divisaban dos siluetas jóvenes hablando de sus cosas yendo calle abajo. Había poco tránsito de vehículos, pero lo que más ruido hacía en una calle fúnebre, era las sirenas de los coches patrullas buscando un poco de acción; alguna cabeza que pisar o reventar contra el capó del coche.

Henry montó en su Dodge Dart del 67, un coche bastante deteriorado debido a una actitud de dejadez. Tenía una abolladura en el parachoques delantero, con el piloto derecho roto a consecuencia del bolardo de una acera en la que se subió una noche de *olvido*. Las puertas contaban con arañazos. La luneta trasera triangular izquierda, estaba partida. En su lugar tenía puesto un trozo de cartón sujetado con cinta americana. El interior se hallaba en buen estado y con un ligero olor a perro mojado.

Lo arrancó y el motor hizo un ruido como un gato al ser atropellado por la cortacésped. Condujo por toda la avenida Bourbon, una avenida larga y decadente, con el asfalto lleno de agujeros y aceras levantadas. Contemplaba bajo los rayos plomizos de una luna menguante, cómo las prostitutas empezaban a hacer la calle encendiendo la luz verde de sus cuerpos, a los pandilleros salir de sus cavernas para buscar camorra; muchos de ellos, quedaban en parques con bates y cadenas para ver quién quedaba en pie, y a los vagabundos dándose puñetazos por una sucia esquina en la que dormir con una caja por colchón. La noche insuflaba vida a la decrepita ciudad.

Giró en la veinticinco para después, continuar diez kilómetros más hasta su destino; un apartamento del bloque A en el edificio Palmieri, Arminton Street.

Al llegar aparcó dejando el Dodge Dart atravesado entre dos coches patrullas. Caminaba lento puesto que no tenía prisa y ni ganas por llegar a la escena del crimen. Sacó la petaca y le dio un buen trago mientras que las gotas de aquella sucia lluvia, impactaban en su cara, escurriéndose por el cuello hasta introducirse en su boca, haciendo mezcla con la bebida. La guardó en el bolsillo derecho de la chaqueta y del izquierdo, sacó su paquete de cigarrillos. Dio dos golpes en la parte trasera y un cigarrillo se dejó caer. Lo sacó con los dientes y lo encendió con el *zippo*. Llegó hasta el cordón policial y obligó a los agentes que dispersaran a los curiosos quienes se agolpaban movidos por ese trastorno ardiente que tiene el ser humano de saber qué ha ocurrido.

En el portal, esperando al amargado sargento, se hallaba su nuevo compañero, el detective James Ryan. Su nuevo compañero era un imberbe de treinta años, diez menos que Henry. El capitán pensó que poner a un recién ascendido a su lado, era el soplo de aire fresco que podía necesitar, tal vez aprender el uno del otro. James aprendería a ser un buen detective de la mano del mejor y Henry, calmaría ese fuego interno que lo consumía.

El detective tenía la piel blanca y nutrida, cuerpo delgado, pelo castaño, ojos azules, una nariz aguileña y su cara era aniñada y algo fémica. Era amable, educado, leal. No le gustaban las discusiones y a pesar de las adversidades, siempre tiró hacia delante. Nunca pensó en ser policía. Su infancia fue marcada por las constantes palizas de un progenitor borracho hacia él y su madre.

Cuando aquel padre no estaba dando con el cinturón a su familia, el futuro detective estudiaba para labrarse un futuro tumbado en el suelo de su habitación, intentando concentrarse mientras se escuchaba el susurro de las balas tras una ventana de cristal débil, o era martirizado por los gritos de suplicio de una madre porque uno de sus hijos yacía en el suelo con un agujero de un 38 en la frente y una silueta marcada con tiza blanca, la silueta de un niño de trece años que había jugado a ser mayor. A raíz de aquello, su verdadera vocación era ayudar a la gente en situación parecida, queriendo sacar a los jóvenes de las calles, llegando a formarse para ser asistente social. Entró en la policía por la insistencia de un vecino, otro ex policía de la vieja escuela que no se dejó vender y que le dijo: Si quieres ayudar, mejor ve a por los peces grandes.

James Ryan así hizo, estudiando para policía y graduándose con buena nota, pero nunca sin dejar de lado sus servicios a la comunidad, haciendo labores en el centro cultural o colaborando con el banco de alimentos del barrio.

Henry se paró ante él, dio una calada y expulsó el humo en el rostro mojado del detective, que lo disipó con la mano. Este vio en Henry a uno de los hombres más deprimidos y melancólicos que había visto en su vida.

—Entonces, según el capitán, tú eres quién tiene que motivarme —alegó con un tono calmado y dando otra chupada al cigarro.

—Soy James Ryan, señor —mencionó algo nervioso.

—Escucha novato, espero que te hayas quitado el chupete, ahora estás con los mayores. Tampoco sé de dónde has salido y ni quiero saberlo pero aquí, en la calle, espero que no seas un toca pelotas. Tampoco me gusta que me laman el culo al menos que seas una mujer, queda claro. Dime, ¿qué tenemos, novato? —preguntó dando la última calada.

—Varón de raza negra, cuarenta años, ha sido apuñalado.

—¿Algún testigo?

—El hombre que ha llamado, vive en el piso de enfrente.

—¿Ha visto quién era?

—No señor, solo ha escuchado una discusión y unas vagas siluetas a través de la mirilla.

—Entonces no es un testigo, solo es un viejo cotilla. Llévame hasta el cadáver.

Subieron hasta la cuarta planta. James iba eufórico, inflado de vida, con ganas de ver su primer asesinato y resolverlo. En cambio, Henry subía desganado por aquellas tablas de madera para después, caminar por un pasillo. El yeso del techo se desquebrajaba, el suelo estaba levantado y las paredes llenas de pintadas con espray. Una de ellas decía en un ligero tono morado: Chúpamela Megan, la tengo grande. Un vecino, un negro ya mayor de alrededor de sesenta años, abrió la puerta y se asomó no obstante, al contemplar a un blanco a esas horas de la noche, se metió con velocidad, dando un portazo y echando todos los cerrojos de su pequeño búnker. Henry saludó con un movimiento de cejas al guardia que custodiaba la puerta 627. Este le devolvió el saludo con uno militar. Ambos entraron hasta el salón, lugar donde se encontraba el cadáver.

—Bien novato, lo primero que hay que hacer es lo que yo llamo: El trío cachondo; suelo, paredes y techo. Empecemos por las paredes.

Estaban pintadas de un color azul oscuro. De las ventanas que daban a State Street, colgaban una horterada de cortinas de terciopelo en un color amarillo chillón. En la pared de la derecha, cerca de una ventana, se hallaba una estantería con libros en su mayoría sobre el cultivo de marihuana, revistas porno y una colección en VHS de las mejores jugadas de baloncesto del

siglo. Encima de una mesa, un terrario con una boa constrictor en su interior. En la pared de la izquierda, varias fotos del muerto junto a traficantes y raperos que con su lírica sobre la violencia y el sexo, salieron de las cloacas de Chicago para ganar millones. Al fondo, al lado de la puerta que conducía a las habitaciones, había una mesa de mezclas, unos altavoces, un micrófono y un radiocasete.

En el centro del salón había un sofá de dos plazas de cuero color negro, comprado lo más seguro, en la tienda del viejo Collins, por uno de los grandes. Enfrente, encima de un mueble, un televisor marca Sony último modelo todavía encendido, mostrando las imágenes de un partido de baloncesto ya terminado.

En el suelo, se hallaba el cometido de ambos detectives. Aparte del cuerpo sin vida, estaba una mesa partida por la mitad de la cual, había caído una bandeja de metal con restos de tres rayas de cocaína y por el grosor que había dejado, debieron de ser de las gordas. Tres botes de cerveza cuyo líquido dejó pegajoso la madera de nogal, *snaks* pisoteados, un bote hermético cerrado lleno de cogollos de marihuana; una silla de madera ladeada y una máquina de contar billetes todavía encendida, con un billete enganchado entre los rodillos y sobre todo; un sendero de polvo blanco que iba desde el cadáver hasta la puerta de entrada.

Examinando el cuerpo, se encontraba el forense Arthur Gordon. Era un tipo peculiar de sesenta años. Su cabeza mostraba una severa explanada y su cara, una barba rizada de color gris con el bigote en color marrón. Tenía un cuerpo orondo y de las orejas y las manos, brotaba un exceso de pelo bastante asqueroso. Cubría las bolsas de los ojos con unas gafas que se bajaba hasta el puente cada vez que hablaba con alguien. Debido a la guerra de Vietnam, donde ostentó el grado de capitán médico del ejército de tierra, su pierna había sufrido una cojera gracias a la metralla.

—Qué hay Arthur...

—Henry cuánto tiempo, me alegro de verte.

—Causa de la muerte.

—Tenemos tres puñaladas, una en el costado y dos en el tórax. Las últimas fueron las que causaron la muerte. Los nudillos de la mano derecha los tiene rotos y ensangrentados. Así mismo, tiene varios arañazos por el cuello y un ojo morado. Este es el arma homicida.

Entregó unas tijeras dentro de una bolsa de plástico que portaba una etiqueta con un fondo negro y con la palabra evidencia en rojo. Henry lo observó sin sacarlo. Su hoja era de quince centímetros. En las puntas tenía sangre en un tono negro. También se apreciaba restos verdes.

—Las tijeras de podar, buena arma homicida —expresó Henry—. ¿Hora de la muerte?

—Entre las 11:00 y las 24:00. Aquí tienes su permiso de conducir.

—Edward Smith.

<<Edward Smith... Edward... Puede ser Eddie Smith... Dijo así mismo>>.

Se acercó hasta el cuerpo inactivo de Eddie para examinarlo. Flexionó las piernas y se colocó en cuclillas.

Estaba tumbado boca abajo. Los dos brazos los mantenía extendidos con los dedos de las manos mirando hacia los pies. La cara la tenía ladeada. Media cara se dejaba observar, la otra adormecía encima de un gran charco de sangre. Henry contempló la parte que no estaba bañada en aquel rojo ennegrecido.

—Lo conozco, es Eddie Smith, un *camello* y extorsionador, operaba en Canaryville, su punto fijo. Lo he detenido varias veces por reclutar chavales para que le hagan el trabajo sucio. En verdad, me han hecho un favor. A todo esto, ¿dónde está el novato? —Henry miró en

derredor—. ¡Novato! ¡Novato!

La voz del detective se apreció desde una de las habitaciones diciendo a su superior que fuera a ver lo que había encontrado. Henry se incorporó y anduvo hasta la habitación. James lo esperaba fuera con la puerta entre abierta, de la que salía una luz resplandeciente. Parecía una luz divina.

—Sargento, tiene que ver esto...

Henry abrió la puerta y una ráfaga de rico aroma a Jamaica lo golpeó al instante. Se había topado con la habitación de cultivo. Veinte plantas de marihuana, altas como un arbusto, estaban colocadas en hilera. La luz divina eran dos focos que colgaban del techo dando una luz directa a las plantas, haciendo que crecieran sanas y fuertes. El ambiente estaba húmedo gracias a los humidificadores que mantenían la habitación a veinticinco grados, la temperatura exacta para que aquellas maravillas florecieran y pudieran repartir alegría a un mundo tan necesitado. Atravesando la habitación había una cuerda. En esta colgaban como si fueran choricillos parrilleros, los cogollos para su secado.

Henry cerró los ojos y aspiró.

—Qué bien huele aquí novato. Mandaremos a alguien a por esto.

—Sí, todo esto hay que destruirlo.

—¿Destruirlo? O mejor, venderlo, por esto nos darían... Dos de los grandes y apretando un poquito, puede que tres —mencionó Henry—. ¿Has visto el cadáver?

—No sargento.

—A qué esperas, novato, tendrás que darme tu opinión aunque a decir verdad, me importa una mierda. Pero si vas a trabajar conmigo tendrás que colaborar.

James no había observado el cadáver debido a que había ido derecho a registrar las habitaciones. Retornaron hasta el salón. Henry pidió al forense que se apartara para que su nuevo e inexperto compañero, lo pudiera examinar y pudiera dar su opinión. Algo de lo que Henry no estaba seguro que pudiera hacer.

James se acercó.

Henry fue a curiosear el terrario. Dio dos golpes al cristal y la boa se lanzó a su dedo como un perro de presa con ganas de hincar los colmillos en algo. Su cabeza impactó contra el metacrilato.

¡Pum! sonó con fuerza.

Henry retrocedió.

—Asco de bicho.

—Parece tu ex mujer —señaló Arthur.

—Ojalá, esta bicha se mueve más que ella.

Ambos rieron.

—¿Cómo vas novato, encuentras algo?

En realidad, James no supo por dónde empezar. Aquella energía que traía al subir se vio truncada por unas palabras que no salían de su boca. Su mente estaba paralizada. Solo miraba el cuerpo de Eddie.

—¿Y bien? —siguió preguntando Henry.

—No sargento.

—Me lo temía.

Henry sonrió.

—Bien novato, ¿qué es lo que ves?

—Tiene heridas por arma blanca.

—No es eso lo que te estoy preguntando.

—Henry —interrumpió Arthur—. Nosotros nos vamos, te mandaré a mi ayudante con el informe.

—Hasta la vista —dijo Henry—. Sigamos. Primero, antes de mirar al cuerpo, mira el salón. Está todo recogido, la puerta no ha sido forzada, los cajones no han sido revueltos y está claro que desde la ventana, no han podido entrar. ¿Qué te dice eso?

—No han cometido robo.

—Bueno, robo se ha cometido, pero desde el interior. Ahora mira al suelo, hay tres botes de cerveza, tres botes, tres personas.

—Uno podría haberse bebido dos, o las tres.

—Es posible. Mira la bandeja, tiene las estelas de tres líneas que no llegaron a ponerse. Tres botes, tres rayas, tres personas. ¿Qué me dices del sofá? ¿Es bonito, no?

—No sé qué relación puede tener eso.

—Fácil, míralo de cerca, todavía tiene la marca de dos culos.

—Dos personas estuvieron sentadas.

—Dos personas, más el de la silla del suelo, tres. Tres botes, tres líneas, tres asientos; tres personas. No hay que olvidar las vagas siluetas que mencionó el viejo cotilla.

—¿Cuál es su conclusión, sargento?

—Los tres, supongo que amigos o socios, estaban viendo el partido de baloncesto como demuestra la televisión encendida. Envolvían papelinas, contaban los billetes de las ventas, todo mientras consumían farlopa y bebían cerveza. En algún momento, los dos asesinos movidos por la codicia del dinero, quisieron repartir entre dos mejor que entre tres, quitando de en medio a Eddie. Hubo una pelea y como se ve por los nudillos, los arañazos en el cuello y el ojo morado, la víctima trató de defenderse. Uno de ellos, agarró las tijeras de encima de la mesa y lo apuñaló, y por la profundidad lo hizo de buena gana. Cogieron el dinero, las papelinas que envolvían y la bolsa de farlopa con los restos, aunque la mayoría se ha quedado en el suelo, como se aprecia por el indicio blanco desde el cadáver hasta la puerta. Un robo que se convirtió en asesinato, algo típico. Da el aviso a las patrulleras de la zona, seguro que los muy estúpidos están vendiendo las papelinas.

—¿Usted qué va a hacer?

—Oye novato, me parece que todavía no entendiste quién manda aquí—pronunció Henry en tono suave—. Las preguntas las hago yo. Tú quédate aquí a esperar al juez de guardia que venga a levantar el cadáver. Si viene, claro. Mañana te veo.

Antes de irse y con disimulo, haciendo que las llaves se caían al suelo, se agachó, alargó los dedos y se guardó ese billete enganchado de la máquina. Era un billete nuevo de cien, aún se podía percibir ese tacto caliente...

Como bien dijo Henry, la patrulla los encontró a las dos horas de perpetrarse el crimen, vendiendo unas papelinas a unos críos en el punto caliente. Eran Stanley Williams y Raymond Boon.

5

Era las ocho de la mañana del sábado. Henry fue despertado por el calor y la sedosa piel de una rubia frotándose contra la suya. Lo incitaba al placer mañanero arrimando su pequeño culo. Fue media hora de puro salvajismo, tiempo para que Henry diera rienda suelta a su furia a golpe de empujones. Al acabar de dejar seca a la rubia, fue hasta la cocina. Anduvo por el pasillo arrastrando los pies con aquellos calcetines roídos. Las paredes de toda la cueva de ratas como él lo llamaba en la que ni si quiera los cerdos se hubieran atrevido a vivir, estaban empapeladas con un papel verdoso con tiras arrancadas. Del techo caía una bombilla en la cual, tenía que dar unos golpes para que dejase de tintinear y diera esa luz siniestra y anémica que tanto le gustaba. De las paredes verdosas, colgaban cuadros grotescos del antiguo inquilino de los que Henry no se había molestado en quitar, y en un esquinazo, al lado de la puerta de entrada, una planta que a cada segundo se moría. Lo mismo pasaba con Henry en su pena.

Llegó hasta el salón para atravesarlo. Tenía estanterías rotas con algunas baldas desencajas. Las que estaban bien puestas, sujetaban libros descolocados de autoayuda, con las páginas arrancadas y llenas de dibujos suicidas. Henry se había dibujado en una de aquellas páginas, cómo sería su muerte ahorcándose. En el centro se encontraba el sofá. Era de color ocre, con marcadas de cuchilladas que insertaba Henry cuando su mente se llenaba de grandes dosis de alcohol y pensamientos. Alrededor de esas cuchilladas, se notaba unas manchas blanquecinas, producto de sus corridas con alguna fulana.

Haciendo contraste con el sofá acuchillado estaba el suelo de tarima marrón. Tenía una capa de mierda debido a que Henry no había pasado la fregona desde quizás... Bueno, en verdad, Henry no había pasado una fregona en su vida. Era normal andar y que el suelo te robara los zapatos.

El techo, era de color gris con unas severas manchas amarillas procedente de la humedad. Su vecina de arriba, la señora Wife, se dejó una tarde los grifos abiertos mientras se gastaba la pensión que les proporcionaba el estado en jugar al póquer con sus amigas. Tuvieron que venir los bomberos y reventar la puerta para cerrarlos porque las ancianitas estaban disfrutando, jugando cada partida a diez dólares. Cada vez que Henry miraba al techo y observaba la mancha, pensaba que se tenían que haber ahogado.

Encima de un mueble había un televisor. Dentro del mueble, estaba su colección porno particular. Era sus encontronazos con las putas o los ligues grabados en videos. A Henry le fascinaba verse grabado. La mesa en donde comía, se parecía bastante al suelo. Cajas de distintos restaurantes ocupaban toda la superficie; de comida tailandesa de hacía tres días, una caja de pizza del gran Leroy, el mejor de la ciudad y una caja de rosquillas grasientas medio mordidas y babeadas. Los olores que desprendía aquella comida en mal estado, unido al cenicero rebosante de colillas, haría vomitar a cualquier estómago sensible. Sin añadir la pestilencia que salía de las tuberías. En una esquina de la mesa había una jarra de cristal con un líquido entre amarillo y verdoso. Se trataba de una jarra que un día tuvo en su interior un refrescante brebaje llamado *Margarita* que, junto al *Manhattan*, era uno de los cócteles favoritos de Henry.

Del salón cruzó hasta la cocina. No me diría más de ocho metros cuadrados, con los

azulejos de las paredes saturados de tanta grasa en los que ya no se apreciaba su color natural. Una antigua cocina de gas era cuanto necesitaba. A su lado, un fregadero saturado de platos y vasos con moscas revoloteando, intentando chupar los restos de comida y encima, un mueble donde debía de estar esos platos.

Abrió la nevera, ignorada de sustento para vivir. En su interior, había una botella de leche caducada desde hacía una semana; una caja de huevos abierta en la que el moho se había adueñado de la cascara; media ración de alitas de pollo crudas dentro de una bolsa de plástico y en el botellero, tres amigos de Henry: Jack Daniel's, George Dickel y James Pepper.

Sus únicos amigos.

Quienes de verdad lo hacían feliz.

Encendió el fogón mostrando esa llama azulada y colocó encima la cafetera para que se calentara. Una vez que estaba preparada, haciendo ese chirrido parecido al pasar unas tijeras por una pizarra, vertió café en una taza blanca con letras en negro que ponía: Papá es el mejor del mundo, y lo dejó en la encimera. Sacó de la nevera a uno de sus amigos. Para la ocasión, eligió al bueno de George. Se preparó como él decía:

—Un café americano a mi manera—.

Volvió sobre sus pasos y entró en una habitación en la última habitación del pasillo, era su despacho. Al entrar se podía notar el ambiente a fracaso. Era el único lugar diáfano de la casa no obstante, decidió tapar esa ventana debido a que le gustaba estar en la oscuridad, acorde con su alma. Dejó que la única luz fuera la lámpara del escritorio. Encima de este, aparte de tener grabado por toda la madera la palabra: *suicidio*, tenía recortes de periódico de diferentes casos que había llevado, un aparato de música en cuyo interior, se hallaba un CD con los mejores compositores de música clásica, su preferida, y en un marco, una foto de él y su hija en el parque del muelle de Santa Mónica, California. El último viaje que realizaron juntos.

Solía pasarse largas horas recordando aquella mañana en el muelle, aún percibía el sol calentando sus rostros, el sonido del oleaje y el graznar de las gaviotas a su vez que Henry y por aquel entonces mujer, disfrutaban de la alegría de la pequeña quien se había subido por primera vez a un carrusel de caballos. También contemplaba aquel rostro angelical que la foto le proporcionaba mientras las lágrimas caían por su rostro, bebía alcohol y lamentaba su muerte para después, beber más hasta quedarse dormido con parte de su cara encima del escritorio. Se sentó en la silla y posó el café en el escritorio. Agarró la foto de su hija y le dio un beso. Presionó el botón del *play* y Mozart, envolvió la habitación con su *Ave Verum Corpus*. Aunque no era católico, le gustaba disfrutar de ese himno eucarístico, le reconfortaba aquellas notas tan afligidas. Abrió el tercer cajón y sacó una pistola. Era un revólver Smith and Wesson que Henry había adquirido a unos vendedores después del trágico día. Quitó una a una las balas del tambor y se metió el revólver en la boca, saboreando el amargo y frío acero del cañón. Comenzó apretar el gatillo. Lo hizo con suavidad, dejando un espacio de tiempo de cinco segundos para que Mozart diera los graves. Volvía apretar, el tambor giraba y volvía a esperar esos cinco segundos.

Fueron varias veces los golpes al gatillo. La décima vez, su dedo comenzó a perder el control cuando Mozart elevó la velocidad. Las pulsaciones fueron cada vez con más intensidad. Ya no lo hacía con suavidad, ahora era fuertes movimientos con el dedo índice, casi sin dejar al tambor que hiciera el recorrido; solo apretaba y apretaba, imaginando sus sesos esparcidos por la verdosa pared.

El teléfono comenzó a sonar. No hizo caso de la llamada y dejó que sonara. Continuaba con su ritual de las mañanas sin embargo, la llamada volvió a repetirse. Agachó la cabeza, después la levantó, hizo un gesto desolado y guardó la pistola con las balas en el cajón. Fue hasta

el teléfono y lo descolgó.

—¿Quién es? —contestó malhumorado.

—Sargento.

—¡Quién eres! —exclamó.

—Soy yo, el detective Ryan

—¿Qué quieres a estas horas, no sabes que es sábado. Estaba haciendo una cosa muy importante y me lo has jodido.

—Señor, se ha cometido un asesinato.

—¿Y?

—El capitán dice que el caso es nuestro.

—¿El capitán trabajando un sábado? Qué raro que no esté jugando al golf con el fiscal o follándose a la señora capitana.

—Señor, son sus órdenes.

—Dame la dirección.

James le dijo la dirección y ambos colgaron. Henry se bebió el café de golpe. Después, fue hasta el cuarto de baño. Era un cuarto que parecía sacado de la mente siniestra y retorcida del maestro del terror, Stephen King. Los azulejos de las paredes estaban desprendidos, dejando a la vista las tuberías cubiertas de telarañas y parte del cemento. Tenía una bañera con unas cortinas blancas con el bajo negro, —ahí era el lugar en el cual, Henry se quitaba con agua fría el crimen de Chicago—. Abrió el grifo del lavabo. Al principio emanó un agua amarilla, hasta que golpeó el grifo para que el agua cambiase a su tono cristalino. Colocó el tapón y dejó que se llenara un poco. Metió sus manos haciendo una cuña y se lavó la cara. Seguido quitó el tapón y el agua se marchó como un día lo hizo su mujer, haciendo un remolino. Levantó la tapa del váter. Una cucaracha subió hasta llegar al borde. Agarró la escobilla del váter con tropezones y la golpeó, volviendo a caer al agua y quedando con las patas levantadas. Carraspeó haciendo fuerza con la garganta y expulsó una flema blanca verdosa directo a la cucaracha. Echó una meada larga como la de un caballo y tiró de la cadena.

A continuación, pasó hasta su habitación. La rubia seguía durmiendo. Lo hacía de lado, con la sabana puesta en la cintura, dejando al aire sus pequeños y bonitos pechos con aquellos pezones rosados que parecía una galleta lista para mojar. Henry podría pasar la mañana y la tarde mamando de ese néctar que tenía por pezones. Se acercó hasta ella y le dio un beso en la mejilla y la dejó cincuenta dólares en la mesita de noche por el trabajo bien hecho. Tampoco era un cabrón de los que no se despide, a pesar de ello, sabía que cuando volviera a casa, la rubia se habría marchado para no volver y eso, le encantaba. Se vistió con unos vaqueros negros, una camiseta blanca con el cuello de pico y encima la chaqueta de cuero. Agarró las llaves que tenía en un bol y salió por la puerta.

6

La primera de las víctimas se hallaba en el parque Dan Ryan Woods, en los límites de Aubur Gresham, otro suburbio de la ciudad. El día se había levantado con unas nubes grises, desesperadas por descargar todo esa agua acumulada. Henry montó en su Dodge Dart y tomó rumbo hasta el parque. Condujo durante quince minutos por toda la carretera principal para luego desviarse por la salida doce y continuar tres kilómetros más por la calle 87. Aparcó el coche al lado de unos ultramarinos y se adentró en el parque a eso de las nueve. Una niebla espesa envolvía la arboleda de distintos tamaños; no se contemplaba nada más que aquellas nubes tan bajas que casi podían rozar el suelo. Anduvo ayudado por la luz de su *zippo*. A larga distancia, sus ojos vislumbraron un tumulto de gente.

<<Ya tengo algo que hacer en sábado>> pensó.

Al llegar, ladeó la cabeza y la mirada se centró en un árbol. Apoyado con la mano, el cuerpo flexionado hacia adelante, la cabeza mirando al suelo y la boca abierta, vomitando un líquido naranja, estaba su compañero. Un agente lo ayudaba a tranquilizarse pero Ryan seguía expulsando líquido y sus piernas comenzaban a flaquear.

Henry se olvidó de su compañero y fue hablar con Arthur. Este ayudado por su mano derecha, el ayudante Stevenson, examinaba el cadáver.

Henry los saludó.

—Con lo a gusto que estaba en la cama con una rubia, tengo que venir a ver tu cara de anciano —espetó Henry

—Lo mismo podría decir de ti.

—Y a ese, ¿qué le pasa? —preguntó Henry en referencia al cadáver.

—Míralo tú mismo.

Arthur y su ayudante se apartaron.

Junto a un lago de agua turbia y una vegetación ahora helada, descansaba el cadáver. Estaba desnudo, salvo por el calcetín izquierdo todavía puesto. La grasa resbalaba por todo su cuerpo como si el sol lo hubiera derretido. Era una masa amorfa de carne de ciento veinte kilos mientras que, debido a su muerte, se había hinchado todavía más. La piel tenía un tono azulado con machas rojas. En la zona genital se apreciaba un hueco donde debía de estar su pene, a su alrededor un gran lodazal de sangre negra. El pelo poseía un color moreno con un corte a tazón, mofletes grandes y rojizos como los de alguien que se ha pasado con el vino y los ojos abiertos dentro de unas gafas redondas. También poseía aparato dental, pero este no se vería hasta quitar su propio pene de dentro de la boca. La asesina lo había cortado, mordisqueado e introducido hasta la garganta. En el pecho tenía grabado los números 2-5.

—¿Es por esto por lo que vomita el novato?

—Tiene un estómago joven.

—No me jodas Arthur, no es para tanto.

—Deja al chaval, ya irá cogiendo el oficio.

—No quiero tener que estar cargando con él o que le dé cagalera y vomitona cada vez que vea esta clase de crímenes.

—Para uno que quiere ser tu compañero.
—Ni lo quiero, ni lo necesito, ¿Quién es la víctima?
—Patrick Landrau, veinticinco años, vive a cuatro manzanas de aquí.
—¿Cómo murió?
—Asfixiado por lo que creo fue su calcetín derecho. Encontré fibras dentro de la boca y entre los dientes. Lo compararé con su otro calcetín para estar seguro.
—¿Tenemos el arma homicida?
—Los muchachos han estado peinando la zona y nada, se lo debió de haber llevado.
James apareció ayudado por el agente. Andaba encorvado y apoyado en él. Traía la cara descolorida, la frente rezumaba sudor y aún permanecía comida regurgitada por la comisura de sus labios.
—Sargento... —mencionó algo débil.
—¿Te encuentras bien, novato?
—Un poco mareado. Siento mi comportamiento.
Henry sacó un pañuelo de papel y se lo entregó.
—Ten, toma, límpiate un poco.
James se limpió el sudor y la boca.
—Vete a beber un poco de agua y a qué te dé el aire, ven cuando te recuperes. —Henry dio la espalda a su compañero—. Arthur, ¿hora de la muerte?
—Diría que entre las 6:00-7:00 horas.
—¿Podemos descartar robo?
—En su cartera tiene veinte dólares y en la muñeca, el reloj. No hay signos de pelea en sus manos ni en ninguna parte de su cuerpo.
—¿Qué puedes decirme del pene?
—Por la perfección del corte, ha tenido que ser hecho con lo que podría ser un bisturí. Después, mordisqueó parte del glande y lo introdujo en la boca de la víctima. He comparado los dientes de la víctima con la mordida y no coincide.
—¿Y de la mordida?
—Según el diámetro mesiodistal de los molares permanentes...
—No hables en tu jerga de médico... —interrumpió Henry.
—Lo mordió una mujer de entre veinte y treinta años.
—¿Has encontrado el resto del capullo?
—No lo hemos encontrado. Puede que se lo haya hecho tragar a la víctima.
—O se lo comió ella —alegó Henry.
—Analizaré el estómago de la víctima por si encuentro restos.
—Me parece bien.
—También tiene restos de lubricante procedente del condón.
—Entonces tuvieron relaciones.
Arthur se bajó las gafas.
—Correcto.
—¿Has encontrado la *gomita* ?
—Tampoco, supongo que también se lo llevó.
—¿Quién encontró el cadáver?
—Un hombre que paseaba al perro.
—Entonces nuestra mujer, lo siguió por el parque, lo llamó, lo sedujo y se lo tiró.
Después, ambos tumbados, le cortó el pene y le ahogó con su propio calcetín. Para terminar,

mordisqueó el pene y lo metió en la boca del gordo. Interesante —afirmó Henry.

—¿Estos números, crees qué puede decir algo? —preguntó Arthur.

—No estoy muy seguro, ¿hechos con el mismo bisturí?

—Sí, mira los números, el contorno es perfecto.

James se incorporó. El blanco de su cara había desaparecido y ya se encontraba cogiendo su color natural. Los labios se encontraban hidratados, limpios, y no caminaba encorvado. Había recuperado el setenta por ciento de sus energías.

<<Meter en pene en su boca puede que sea algo simbólico>>pensó Henry.

—¿Alguna huella?

—No, ninguna, quien hizo esto, sabía lo que hacía. No hay tejidos en las uñas y tampoco presenta ninguna señal. Lo que sí he encontrado son unos cuantos pelos.

—¿Puedes decirme algo de ellos?

—Sí, por el grosor, no son humanos. Podría ser de cualquier animal. Lo analizaré.

—¿Algo más?

—En la muñeca derecha tiene el sello del club The Warehouse. Puedes empezar por ahí.

—La asesina lo hizo en un lugar desértico —dijo Henry—. Nadie entraría en este parque al ponerse el sol. La víctima entró para llegar más rápido a su casa pero me temo que ya no va a llegar a ningún sitio. Novato, mira por el suelo a ver si encuentras algo.

—Solo hay tierra señor.

—Pues escarba. ¡Agente Floyd!

—Aquí estoy sargento, dígame.

—Dile al testigo que se puede ir a su casa.

—A sus órdenes sargento.

El agente que se marchó a decir al testigo que allí ya no pintaba nada, era Samuel Floyd. Era un agente negro el cual se movía con huevos de acero en una comisaría llena de blancos. No se dejaba pisotear por ninguno. En más de una ocasión, había roto la boca de algún compañero cuando sufría ataques racistas por parte de estos. Tal vez, eso fue lo que llamó la atención de Henry debido a que no toleraba el racismo. Podía ser un misógino, machista, bebedor, borde, impulsivo, pasota... Cualquier cosa menos un racista. Para Henry todos eran iguales, una lección que hubiera querido enseñar a su hija.

Una tarde, Henry se quedó en la comisaría para terminar unos informes mandados por el capitán. Mientras echaba una cabezada recostado en la silla de su mesa, roncando como una morsa ahogándose y a punto de morir, escuchó fuertes e intensos gritos que salían de los vestuarios. Se levantó de la silla enfurecido, habían roto su concentración. Se dirigió a los vestuarios con ganas de dar un puñetazo a más de uno; se hallaba más violento que quienes peleaban. Arreó una patada a la puerta metálica de un fino grosor y se adentró. Halló a Floyd sujetando por el cuello a Jerry, un agente de color blanco de los que pensaban que la supremacía blanca, dominaría el mundo por completo y que los negros, se someterán durante siglos. Sin embargo, parecía ignorar que un negro lo sujetaba por el cuello a punto de saltar todos sus dientes. Varios agentes intentaban sujetar a Floyd para que no cometiese una locura.

—¡¡¡Qué está pasando aquí!!! —exclamó Henry dando una patada al banco.

—Nada sargento —comentó Floyd bajando el puño y soltando a Jerry.

—No pasa nada sargento, solo bromeamos.

—¿Y esa sangre? —preguntó Henry.

—He tropezado con la taquilla —alegó Jerry.

—Seguro que te lo merecías, me alegro de que la *taquilla* te haya puesto la cara así,

debería condecorarla y a ti, quizás abrirte un expediente. ¿Cómo lo ves?

—No puede hacer eso —dijo con rudeza Jerry.

Henry avanzó hasta él con una sonrisa. Los compañeros que sujetaban a ambos para que la sangre no llegara al río, empezaron a escampar como un cervatillo de su cazador, quedando Floyd, Jerry y su compañero. Jerry pudo sentir el aliento a alcohol y tristeza que desprendía la boca de Henry.

—¿Qué no puedo hacerlo? A ver si te enteras, yo soy tu superior, si yo digo ponte a cuatro patas, te pones. ¿Lo has entendido?

—Eso es abuso de autoridad —replicó Jerry encarándose.

Henry no contestó. Hubo un pequeño silencio, solo se hubiera oído el zumbido de una mosca si las hubiera.

Henry estiró el brazo y le pegó una bofetada.

¡Zas! retumbó en el vestuario.

—Esto es abuso de poder, ahora denuncia a la *taquilla* si tienes huevos.

Jerry quedó otra vez contra el casillero, pero esa vez, sentado en el suelo, con su mano puesta en la cara, haciendo juego con la palma marcada por la mano de Henry, grabando sus rudos dedos. La cara de Jerry había quedado *calentita*.

—Ya puedes quitarte de mi vista.

Jerry y su compañero abandonaron el vestuario. El primero iba refunfuñando, el segundo se limitó a no decir nada sobre el asunto o sería víctima de la mano de Henry. Quedaron los dos sentados en el banco. Henry entre cigarro y cigarro, explicó a Floyd el encontronazo con él al poco tiempo de morir su hija. Estaban en el mismo lugar, entre aquellas cuatro paredes, taquillas oxidadas y el vapor que salía de las duchas. Henry había terminado el turno. Se estaba cambiando para marcharse a casa. La boca llena de maldad de Jerry soltó un comentario despectivo acerca de su hija. Mencionó delante de los allí presentes, que así Henry se ahorraría criar a una niña que a la larga, hubiera sido una guarra como todas. La sangre de Henry hirvió y sin pensarlo, se giró y lanzó un directo de derecha hacia la mala hablada boca de Jerry, partiendo dos dientes inferiores. Un hilo de sangre caía por la barbilla hasta llegar al suelo. Jerry se revolvió y lanzó su directo de izquierda, Henry lo esquivó agachándose y sentenció la pelea con un puñetazo en la boca de su estómago. Jerry se desplomó al suelo golpeándose la cabeza contra la madera del banco.

—La próxima vez te mato, me oyes, te mato.

Desde ese día, Jerry no volvió a mirar a Henry, ni dirigirse la palabra. Sin embargo, Henry tuvo que pagarle los dientes, desembolsando tres mil dólares, pero como él dijo a recursos humanos de la comisaría, fue el dinero mejor invertido. Floyd escuchó las palabras con la atención de un niño frente a su maestra. Sonrió en cada palabra que dijo y le agradeció que alguien en la veintidós, no tolerase el racismo.

7

Alrededor de las cinco de la tarde, sargento y detective llegaron al club. El local se hallaba vacío; quitando a las mujeres de la limpieza que dejaban todo limpio y a la perfección para que, cuando se hallara lleno de gente y retumbara el primer vinilo de la noche, los noctámbulos de una sociedad joven, lo dejaran todo lleno de mierda. Se dirigieron hablar con el dueño, preguntando a una de las afables mujeres dónde podían encontrarlo. La señora, con un acento de algún lugar perdido de la Amazonia profunda, indicó que subieran las escaleras, pasando la cabina del Frankie verían una puerta con el letrero de no pasar.

Agradecidos, siguieron el camino indicado. Al llegar, Henry observó el cartel en la puerta.

—No pasar... Pues pasemos —mencionó Henry.

No llamó a la puerta. De un modo natural, —como él hacía las cosas—, propinó una buena patada. Se abrió con brusquedad, dando un estruendoso golpe al chocar contra la pared. Una bisagra se desencajó.

La primera imagen que penetró por las córneas de Henry fue observar al dueño dándose una raya. A su lado había una morena con unos pantalones tan cortos que parecía un cinturón ancho. Cubriendo la delantera, un top blanco con un dibujo de unos labios rojos en el escote. A Henry le hubiera encantado dar unos besitos a esos labios, pero sobre todo comer los que manejaba entre las piernas. Ambos accedieron al interior. Era un habitáculo no más grande que la cocina de Henry. Estaba pintado de color salmón. Del techo colgaba una bola de espejos de los años setenta, de cuando la fiebre por la música disco estaba en la cumbre del éxito. Una tabla de madera encima de una estructura de hierro hacía de escritorio. Debajo había una cajonera auxiliar. Un hermoso ficus adornaba un esquinazo. En la pared de la izquierda había un cuadro, una réplica de la *Gioconda*, de Leonardo Da Vinci. Era un cuadro denominado falso, de los que escondían detrás una caja fuerte. Se hallaba abierta. Su interior guardaba cinco fajos de billetes de quinientos, una pistola FIE titán de las llamadas <<chalequeras>> denominada así por ser tan pequeñas que podría caber en el bolso de alguna fulana, la documentación del local y una bolsa llena de coca.

El ahora dueño del club, Michael Leary, era un antiguo camello. Se hizo mano derecha del antiguo dueño, el señor Arnold Kapp, un extorsionador, narcotraficante, asesino pedófilo y —amigo íntimo del presidente de la nación— quien estando metido en política, llegó a ser el senador Kapp. Cedió el club a Michael, así el futuro presidente, se desvincularía y podría dedicarse en su totalidad a su campaña, financiada con más de la mitad de los ingresos del club y de otros *business* que el senador manejaba. El puticlub de la calle 25 con Madison Avenue, en el suburbio de Roseland, también era suyo. Justificaba la financiación como lo hacían todos, con donaciones amistosas.

Michael era el típico listillo quien subió peldaños a base de ir traicionando a todo aquel que brillara más que él. Su complexión era la de un adicto al *crack*, delgado como un palillo con el que te quitas un trozo de carne incrustado en el hueco de una muela. Tenía un pelo largo, grasiento y a su vez engominado, unos ojos escurridos color azul, una nariz grande y gruesa

como la de un judío y en su barbilla, cuatro pelillos que parecía la perilla de un chivo recién nacido. Vestía como un hortera. Un traje blanco con círculos azules, una camisa amarilla y una corbata negra. Lo adornaba con una cadena de oro blanco en el cuello, siempre por fuera para que la gente que regentaba su local, pudieran contemplar a un hombre triunfante. A Henry eso no le impresionó, y menos venido de un machaca con saliva de vaca en el pelo.

—¡Quién es usted! ¡Qué coño hace, aquí no se puede pasar, lárguese! —dijo Michael señalando a la puerta.

Henry sacó la placa.

—Claro que puedo estar, tengo esta chapa que dice que puedo reventarte la cara contra la mesa si me apetece y si me hinchas los cojones, vamos a estar aquí hasta que tu lengua acabe con todo el barniz.

—Adelante, pase, siéntense, ¿quieren tomar algo? —dijo con un tono suave mientras se limpiaba los restos de coca de la nariz—. Jenny trae la botella de *bourbon* para estos caballeros.

—Estamos bien así —señaló James.

—¿Qué puedo hacer por ustedes? Soy un gran admirador de vuestro trabajo, ¿saben? Yo voté a favor de...

—¿Tengo pinta de que me importe a quién has votado? —interrumpió Henry—. Seguido de la interrupción, sargento y detective se acercaron más a la mesa. Henry metió su dedo meñique de la mano derecha en aquella montaña nevada, cogió un poco y se lo llevó a la nariz para olerlo.

—¡Puff! —Eché la cabeza hacia atrás—. Esta mierda es buena, buen material —Lo dejó caer al suelo—. Deberías guardar toda esa farlopa o meto tu cara contra ella. Quiero que me digas si conoces a este muchacho.

James le mostró la foto de un muerto Patrick Landrau.

—Así, de esa manera... No me suena, aparte de que pasa mucha gente por el club.

—Fíjate bien —mencionó Henry.

—No, de verdad, pregunte al DJ, mucha gente le pide canciones para dedicar, a lo mejor le pidió una.

—Cómo se llama.

—Frankie Knuckles. Estará en la cabina preparando la música de esta noche.

—Bien, le preguntaremos.

—Eso, pregunta a ese *nigga*.

Henry escuchó aquella palabra prohibida para él. Aunque en realidad fue una excusa para darle un susto al dueño, comenzó a caminar sonriente, rodeando el escritorio. Michael devolvía esa sonrisa con otra, ignorando lo que sucedería a continuación. Henry lo agarró por ese pelo grasiento y engominado para seguido, meter la cara contra la cocaína.

—Te dije que guardases la farlopa y no me hiciste caso, te parezco tonto ¡Eh! ¿Crees qué soy un poli de patrulla que se dedican a comer *donut* y ver como les engorda sus apestosos culos? ¿Eso crees qué soy?

Michael intentó zafarse y al no conseguirlo, comenzó a balbucear.

—Sargento —espetó el detective.

Henry retiró la cara de aquella montaña nevada. Michael poseía la cara blanca, parecía la de un payaso a medio lavar. Comenzó a alterarse. La morena de su lado intentó que se tranquilizara.

—Ahora, me voy a hablar con el DJ.

—Esto no quedará así... Tengo amigos muy poderosos.

—Diles que Henry Dupont les manda saludos.

Henry ladeó la cabeza y su mirada se centró en la caja fuerte. Dio tres pasos y metió la mano en su interior, tomando la chalequera.

—No deberías jugar con esto, lo carga el diablo, deberías saberlo. Será mejor que la tenga yo.

—Vete a la mierda.

—Mmm, alguien necesita más modales.

Henry hizo ademán de ir a por él. Michael reculó y con las manos, hizo un gesto de arrepentimiento.

—Veo qué aprendes rápido.

—Tranquilo, ya tengo suficientes problemas, no quiero tener más.

—Voy a mirar que más tienes en la caja fuerte.

Sus ojos se postraron en los fajos de billetes apilados.

—¿Te importa que me lleve un par? No, claro que no, como te va a importar, que son unos cuantos billetes para un exitoso empresario como tú.

—Ese es el dinero de los empleados —mencionó limpiándose la sangre que comenzaba a emanar de su nariz.

—Tranquilo, el dinero que he cogido es tu parte, no me gustaría enterarme que no pagas el dinero a tus empleados. Vendré y les preguntaré, de no estar pagados, nos quedaremos tú y yo solos en esta habitación, cerraré la puerta con llave y meteré por tu garganta toda esa coca que tienes en la caja fuerte. Tendrás dificultades para respirar, sudoración, convulsiones. Tus uñas, labios y cara, cogerán un color azul. Después caerás inconsciente y dejarás de respirar a su vez que yo, estaré sentado en tu silla, follándome a tu amiguita mientras contemplo cómo dejas este mundo.

Michael lo ignoró.

—Contéstame cuando te hablo.

—De acuerdo —respondió con la boca pequeña.

—No te oigo.

—¡He dicho que de acuerdo!

—Todo aclarado, nos vamos.

Aún con la chalequera en la mano, apretó el botón del cargador y este se deslizó con soltura. Seguido, quitó las seis balas, guardando cinco en el bolsillo del pantalón.

La que quedaba la dejó encima de la mesa.

—Si tengo que volver a venir, por cualquier cosa, esta bala lleva tu nombre.

James mantuvo la compostura y un silencio sepulcral durante toda la velada. Poco a poco iba conociendo los métodos de su superior.

—Antes de irme, quiero darle algo a tu amiga.

Henry se volvió hasta ella. Sacó su tarjeta y se la entregó.

—Llámame cuando quieras un hombre de verdad y no una basura como esta.

La chica agarró la tarjeta y se la guardó entre aquella raja que hacía de escote. Seguido, esbozó una sonrisa, pero no una sonrisa placentera, esta se hallaba llena de morbo y sexualidad.

Henry volvió a dirigirse a Michael.

—Una cosa más, te devuelvo la pistola, tengo una mejor que esa.

La dejó en la mesa, al lado de la bala y se giró, quedando frente a la puerta. Michael miró la pistola, la bala y no lo pensó. Agarró la pistola, introdujo la bala en la recámara y apuntó a la espalda de Henry.

El percutor se escuchó.
Henry no se meneó. Su vista estaba en la puerta.
—Adelante, dispara.
—Podría volarte la cabeza.
—Nadie te lo impide.
Pero James lo quiso impedir, haciendo un gesto de sacar la suya.
—Tranquilo novato —Henry lo paró con la mano—. Adelante, dispara —dijo a Michael.
—No me tientes... No me importa disparar a alguien por la espalda.
—Hazlo rápido, tenemos prisa...
Hubo una pausa.
—Estoy esperando...
La cara de Michael comenzó a rezumar. De repente, gritó.
—¡¡Aggggggh!!
Henry escuchó como apoyaba el arma en la mesa.
— Te faltan cojones para apretar el gatillo. Lo dicho, si quieres un hombre de verdad espero tu llamada guapa.

Dejaron el despacho con Michael bastante cabreado. Se dirigieron a la cabina. Hallaron a Frankie agachado, rebuscando en un maletín lleno de vinilos los adecuados para la noche. La cabina era una mesa larga llena de cables donde encima, se posaba la mesa mezcladora. Tenía una pantalla de plástico que protegía a Frankie en caso de que algún perjudicado por la droga y alcohol, le lanzara el vaso o algún otro objeto. A los lados, unos focos que emitían luces de colores.

—Novato, es todo tuyo.
James miró a Henry sorprendido. No esperaba que le dejara hacer un interrogatorio.
—Gracias por la oportunidad, sargento.
—No es oportunidad novato, no te confundas, solo me quiero fumar un cigarro.
James adentró la mano en el bolsillo derecho de su pantalón y sacó un bloc de notas.
Henry hizo lo mismo en su chaqueta, sacando el paquete de cigarrillos.
—Disculpe —mencionó James dando con los dedos en la espalda de Frankie—. Este se giró.
—¿Puedo ayudarle en algo, hermano?
James enseñó la placa.
—Si viene por la pelea del pasado fin de semana... —pronunció levantándose—.
— Yo no tuve nada que ver, fueron los niños, colocados hasta las cejas.
—No, tranquilo, no venimos por eso, queremos saber si conoces o has visto a este muchacho.

Pese a que nunca se llevó bien con la policía debido a que, por ser negro ya le trataban como a un delincuente, aquellas educadas palabras que pronunció el detective, fue lo que hizo que Frankie apreciara la fotografía del muerto Patrick Landrau con más atención. No era por él, puesto que Frankie era una gran persona, un tipo salido de los bajos fondos de la ciudad de los rascacielos y que, gracias a su pasión por la música, marchó a Chicago para poder aspirar a algo más que traficar o asesinar, aspirar a ser algo más que un camello en una esquina vendiendo a tres dólares el chute.

—Sí, le vi este viernes. Vino a saludarme y estuve con él unos quince o veinte minutos. Luego lo volví a ver en esa mesa de ahí —dijo señalando la mesa—. Discutiendo con un chico y

unas chicas.

—¿Por qué discutieron?

—Eso, ya no lo sé.

—¿Conoces a los chicos y las chicas?

—El chico se llama Barry, una de las chicas creo que se llama Kate y de las otras no recuerdo el nombre.

—Háblame de ese chico, ¿de qué lo conoces?

—Bueno... —mencionó mirando al suelo—. Este...

—¿Le vendías droga? —interrumpió Henry—. Si es así, no me importa eso.

—Vendo la droga que me da el jefe, con eso me gano un dinero extra, tengo a mi madr...

—No importa, no te voy a detener por vender, solo dile a mi compañero lo que necesitamos saber.

—Lo conocí a través de Trey, un amigo mío. A veces, terminamos la fiesta en casa de Trey, estamos allí y nos ponemos rayas. Luego, yo me voy a casa y los dejo con un par de gramos que les vendo.

—¿Sabes su dirección? —inquirió James.

—Es una casa vieja, está al norte, en el 235 de Victoria Street, en Rogers Park.

—¿Nada más que tienes esa relación con Barry?

—Solo, quién más le conoce es Trey.

—¿Vino Trey aquella noche con él?

—No, vino con un chico más que no conocía.

—¿Qué me puedes decir de las chicas?

—Eran muy guapas.

Henry sonrió.

—¿Puedes decir algo más? —inquirió James.

—Eran unas chicas normales detective, bailaban, reían, creo que estaban de celebración.

Los vi unos quince minutos. Hablen con Trey, él les dirá donde pueden encontrar a Barry.

—Es todo, gracias señor Knuckles, ha sido de gran ayuda.

—No hay de qué, si alguna vez quieren pasar a verme, los invitaré a tomar algo.

—Puede que lo haga —alegó Henry—. Dijiste que tu madre está enferma, ¿verdad?

—Sí señor, alzheimer, el tratamiento es muy caro.

Henry le lanzó un fajo de dinero al pecho, rebotó y Frankie lo sujetó con ambas manos.

—Toma, con esto tendrás para pagar más, obsequio del departamento de la policía.

—Gracias, sargento.

Sargento y detective dieron media vuelta y se fueron, dejando a Frankie rebuscando en el maletín. Henry quiso antes hacer una parada, una última despedida al dueño sin embargo, James no le dejó. Antes de girarse para volver sus pasos al despacho, James puso su mano en el pecho de su superior.

—Sargento, por favor, vayamos a ver a Trey.

Henry refunfuñó.

—Es una visita rápida, ni se va a enterar, quiero despedirme y ver a su amiguita.

James volvió a insistir.

—Por favor...

—De acuerdo novato, pareces mi exmujer. Vamos a ver a ese Ray.

—Trey, señor.

—Como se llame, ¿tienes la dirección?

—Aquí apuntada.

—Vayamos a verlo.

Estaban saliendo cuando Henry chocó contra un muro de hormigón. Ese muro no era otro que el portero. Levantó la vista y ahí estaba, el orangután de piel tostada mirando a Henry como si fuera una hormiguita.

—¡Cuidado por dónde vas, estúpido! —exclamó el portero.

—¿Es usted el portero? —inquirió Henry.

—No se nota, ¿quién crees que soy, el friega platos? ¿Quién eres tú?

—Policía, queremos hacerte unas preguntas.

—No tengo tiempo, mi jefe me espera.

Ladeó sus cien kilos de músculo y dio la espalada a Henry. Lo que el portero desconocía, es que lo que él poseía de músculo, lo tenía Henry en pelotas.

Extendió el brazo y con la mano, tiró hacia atrás de la chaqueta del orangután.

—Siempre hay tiempo para la ley.

—¿Quieres problemas, enano?

Henry cerró el puño.

—Me encantaría enseñarte modales.

James se metió por medio.

—Vamos a calmarnos.

—Estoy calmado —dijo Henry—. Pero aquí King Kong, va a contestar a todas mis preguntas.

—¿Qué coño quieres saber?

—Primero, cuida tu lenguaje o te lavaré la boca con lejía. Segundo, qué sabes de las chicas que pidieron el reservado.

—Vienen a menudo, aunque hace tiempo que no venían, solo las conozco de la entrada.

—¿No has tenido intimidación con alguna? Tengo algún conocido que es portero y me cuenta que cuando alguna sale borracha, la lleva a su casa y la hace de todo. Seguro que tú has hecho lo mismo con alguna de ellas. Yo lo haría.

—No, solo me calentaban para dejarlas entrar antes, sin esperar cola.

—De este no vamos a sacar nada —mencionó Henry a James—. Lárgate de aquí, puedes irte.

—Si quieres saber más, habla con mi jefe.

—Ya lo hemos hecho y créeme, tú has tenido más suerte que él.

Salieron del club y se montaron en el Dodge Dart de Henry. James se puso al volante. A Henry no le apetecía conducir. Tan solo quería sentarse en el asiento del copiloto, sacar la petaca, dar un buen trago y darla por acabada. Después del trago, encendió un cigarro. James arrancó y condujo hacia el norte. Henry fue pensando por el camino. Su mente estaba en el novato, en cómo había conseguido pararlo. Si hubiera ido solo él, habría entrado, ya lo creo que habría entrado y hubiera despedido a Michael como se merecía, con un puño en su cara.

8

Victoria Street era una calle larga y estrecha. Comenzaba en la avenida Michigan y terminaba en un callejón circular. En la antigüedad, hacía bastantes años, la calle fue un asentamiento de forasteros llegados desde el otro lado del charco allá por 1800, de ahí que llevase el nombre de aquella reina inglesa.

Cuando explotó la gran industria del acero, Victoria Street se convirtió en una calle llena de fábricas, donde trabajadores negros eran mano de obra barata para los burgueses blancos que, —a ritmo de sus cueros—, les hacían trabajar más de dieciocho horas diarias. Al llegar la prohibición de bebidas alcohólicas en 1919, aquellas fábricas fueron transformadas por los gánster de Al capone, en talleres clandestinos de producción de alcohol bajo la tapadera de un simple taller textil.

En la actualidad, la calle como el barrio, se hallaba llena de casas de protección oficial. Los talleres fueron derrumbados para levantar viviendas a criminales en arresto domiciliario, de esa manera, el gobierno los tenía controlados, vigilados como un gran hermano. Todo Rogers Park fue una cárcel sin muros. Sin embargo, debido a una ley que sacó el congreso, prohibió la vigilancia y aquellas casas, pasaron a gente sin recursos. Los criminales fueron devueltos a las penitenciarías.

La casa de Trey era la última de la calle. Todas las viviendas compartían la misma fabricación en masa. Henry llamó a la puerta y una señora de setenta años abrió. Conservaba el cabello plateado, corto y con caracolas. La cara mostraba claros signos de fatiga pero no una fatiga de estar cansada, esta era otorgada por los duros golpes de la vida. Sobre todo por los duros golpes que recibía de un hijo delictivo.

—Hola, ¿qué desean? —preguntó la señora con una voz cansada.

—Venimos a hablar con su hijo.

—Ese sinvergüenza está arriba, en su cuarto, ¿puedo preguntar quiénes son?

—Soy el sargento Henry Dupont.

—¡Ay virgencita! Otra vez vienen a por él. Un día me va a matar de tanto disgusto, ¿qué ha hecho ya? —indicó con ojos vidriosos.

—No se preocupe, todo está bien, solo queremos hacerle unas preguntas, pura rutina —espetó Henry con suavidad.

—Menos mal, otro disgusto más y me manda a la tumba.

—Todo está bien —expresó el detective.

—Entren.

Ambos siguieron los graciosos andares de la señora. Subieron por los escalones hasta el piso superior, zona de la habitación de Trey. La mujer elevó su corto y marchito brazo derecho y golpeó la puerta, sus golpes eran como una suave brisa de verano. En el interior, se escuchaba música rock a todo volumen. No hubo contestación. Volvió a llamar acentuando los golpes como pudo su frágil brazo en cambio, debido a aquel estado, no pasó más allá de la fuerza de los primeros golpes. La canción *Play Dirty* de la banda Poison, continuaba retumbando las paredes.

—Señora, me permite...

Henry golpeó la puerta con el puño derecho ladeado, aquellos golpes no fueron de una brisa veraniega, estos se asemejaban a un tsunami que arrasa costas enteras.

La música se interrumpió, de su interior emanó una voz.

—¡Mamá! ¡Te he dicho qué no me molestes!

Trey abrió con brusquedad. Su intención era levantar la voz a su madre, tal vez insultarla o tal vez golpearla, no obstante, se topó con una cara seca, violenta, una cara que haría arrodillarse al mismo diablo.

—Yo no soy mamá.

—Hijo, son policías, quieren hablar contigo.

Trey se contrajo.

—Vamos agente, la música no está tan alta.

Al segundo soltó una carcajada.

—Yo les dejo para que hablen.

—No vuelvas a molestarme, mamá.

La señora se marchó apenada.

—Y vosotros, ¿qué queréis?

—¿Podemos pasar? —demandó James.

—No, aquí estamos bien, sean rápidos, tengo cosas que hacer.

—¿Conoces a un muchacho que se llama Barry? Suele ir bastante al club Warehouse, es amigo del DJ.

—Barry... Barry... Eh... No, lo siento, no me suena.

—Eso no lo tengo entendido, según el DJ, soléis acabar la fiesta en tu casa.

—No hablo de la gente y menos con polis.

—Eso se puede solucionar.

Henry entregó la placa y su pistola al detective.

—Ahora no soy poli, ¿me lo vas a decir o tengo qué sacártelo yo?

—Por mucho que tires la chapa, sigues siendo un cerdo.

—Entonces, te lo saco yo.

Henry lanzó un puñetazo a su abdomen.

—Me jode mucho que no contesten a mis preguntas, no es tan difícil, yo pregunto, tú contesta. ¿Tan difícil es? ¿Por qué lo tienes que hacer complicado?

Trey respiraba con dificultad, el puñetazo había impactado bien en la boca del estómago.

—Empecemos de nuevo, ¿de qué conoces a Barry?

—Fue compañero mío de celda el año pasado, nada más que nos vemos para salir de fiesta, lo prometo.

—¿Por qué estuviste preso? —preguntó el detective.

—Intenté llevar medio kilo de pastillas de éxtasis en la maleta a Misuri, en la frontera me cogieron. El fiscal se portó bien conmigo.

—Seguro que las pastillas eran tuyas, si yo fuese el fiscal no hubieses pisado la calle en décadas.

—¿Y Barry? —añadió el detective.

—Vandalismo y consumir en la vía pública.

—Los dos sois unos adictos a la droga, vaya ejemplares estáis hechos —declaró Henry.

—Bueno..., algún vicio hay que tener, mírese usted, apestando a alcohol.

Henry sonrió.

—Como bien dices, hay que tener algún vicio, por eso os cepillasteis Barry y tú a Patrick

—insinuó intentando ponerle nervioso.

—Oiga, yo no he matado a nadie, solo vendo. Ahora cumplo el resto de condena en estas paredes. Por eso llevo mucho tiempo sin ir al club y sin ver a Barry.

Trey se agachó. Levantó el bajo de su pantalón y reveló un sistema de arresto domiciliario.

—Si ando más de quinientos metros, pi, pi, pi, pi, el cacharro no deja de avisar y venís vosotros. Prefiero cumplir la condena y volver a ser libre.

—Y volver a traficar.

—Nunca se sabe.

—¿En dónde podemos localizar a Barry? —preguntó James.

—En el 1043 de Springfield Avenue, en el barrio de Sheffield, Lincon Park.

—Otra cosa más, para terminar.

Henry aprisionó con una mano la camiseta de Trey y lo empujó, seguido lo arrastró por el interior de la habitación hasta dar su espalda con un mueble, vario objetos sin importancia cayeron al suelo.

—Si vuelves a tratar mal a tu madre, convertiré tu miserable y penosa vida en un infierno, me dedicaré a perseguirte, a esclavizarte, extorsionarte; toda la jodida comisaría veintidós se dedicará a que vivas en una pesadilla, ¿entendido?

James estiró el brazo y colocó su mano en el hombro derecho de Henry para luego, tirar de él hacia atrás.

—¡Entendido! —clamó entre gritos.

—Claro agente.

—No soy agente, soy sargento.

James prosiguió tirando de él, pero Henry mantenía sus pies pegados al suelo.

—Se nos hace tarde, vayámonos.

—Sí, vayámonos antes de que reviente a esta apestosa mierda.

—Sí, agente, se les hace tarde.

—¡Tú!, cállate un poco la boca o te vienes con nosotros detenido —dijo James.

Trey levantó las manos como si lo apuntaran con la pistola sin embargo, las levantaba en tono de burla.

—Me callo, me callo.

—Todo dicho, que no tenga que venir a por ti —sentenció Henry.

Retornaron las escaleras. Henry estaba a punto de explotar. No podía asimilar que un niño que jugaba a ser traficante, lo tomara por estúpido y se burlara de él. Su mente fantaseaba con arrastrar por los pelos a Trey hasta poner su cabeza en la acera. Le habría obligado a abrir la boca hasta que sus dientes mordieran el bordillo para después, aplastarlo de una patada.

Lo había visto hacer a un negro por parte de unos blancos.

La buena señora esperaba con impaciencia y con la preocupación de una madre por su hijo. Tenía una cara exhausta, descompuesta, había oído los gritos de Henry cuando agarró a Trey por la camiseta.

—¿Le van a detener, sargento? —preguntó con una voz abrumada.

—No señora, puede estar tranquila, si alguna vez su hijo se sobrepasa con usted, por favor no dude en llamarnos. Gracias por recibirnos, cuídese mucho.

Salieron de la casa. Henry continuaba algo enfadado pero sobre todo nervioso. Sacó el tabaco y se encendió uno. Las caladas eran grandes y rápidas. De tres caladas había devorado el cigarrillo hasta llegar al filtro.

—Tenías que haber dejado que lo reventase. Ese idiota no se ríe de mí.

—Sargento, no me gustan sus métodos perdona que se lo diga.

—Así aprenderá a respetar a su madre. Con esta clase de gente, hay que tener mano dura, novato. Debes aprenderlo.

—Sigo pensando que hay otros métodos.

—¿Crees qué me importa lo que tú pienses? A ver dime, cuál sería tu método, ¿bajarle los pantalones y chuparle la polla? Espero que eso no lo enseñen en la academia. Ahora monta en el coche, vayamos a ver a Barry.

Estaban a punto de dar las nueve de la noche. En el cielo, las nubes se mantenían sin descargar agua, esperando el momento indicado para mojar a los habitantes. Antes de marcharse a ver a Barry, Henry expresó su deseo de pasar por la licorería del señor Chan, debido a que su petaca se había quedado sin elixir.

La licorería se hallaba en el barrio chino, en el área comunitaria de Armour Square. El barrio había crecido sin ningún tipo de control de ciudadanos asiáticos, donde las triadas se habían adueñado de todo. Poseían restaurantes, tiendas de regalos, bancos, supermercados, una tienda de medicina china (solo para chinos) y un centro cultural en donde animaban a la gente blanca a estudiar el idioma, así el barrio estaría bajo su control, que ya lo estaba.

En la sombra, regentaban casinos ilegales pero sobretodo, timbas de póquer. Les encantaba dejarse el dinero en ver quién tenía la mejor mano. Solían estar en la trastienda de los restaurantes e incluso, durante varios meses, montaron uno en la trastienda del banco. Fue una estrategia infalible. Los chinos sacaban el dinero en la ventanilla y <<un gancho>> (una china de muy buen ver) lo llevaba de la mano a la trastienda. Al final se acabaron quejando. No fueron los hombres sino las mujeres chinas las que se quejaron a la mafia porque sus maridos se gastaban entre cartas, tetas y culos, el dinero que venía del país asiático y el ganado por el negocio.

La gastronomía de puertas para dentro dejaba bastante que desear. El menú del día constaba de ratas; perros, cucarachas, escorpiones, serpientes. Sin embargo, no eran comidas por ellos, lo tenían reservado para gente adinerada que con invitación y pagando una suma de dinero, podían degustar esos <<manjares>> antes o después de una buena timba. En los restaurantes, para la gente de a pie, la comida era deliciosa, arroz, pato, cerdo, pollo.

Como era de costumbre, la policía hacía la vista gorda. Los mandos policiales se reunían con los jefes de cada familia. Lo hacían en un local pequeño, con una mesa redonda y una luz golpeando en dirección a su centro. No hacía falta verse las caras, tan solo había que ver el maletín con el verde dentro y unas manos dándose las gracias.

James paró el coche. Henry bajó y entró en la licorería. No era muy grande pero tenía todo bien repartido. Había un mostrador largo en forma de L. En las paredes se hallaban los refrigeradores para guardar las bebidas y en el centro dos estanterías para la comida.

Detrás del mostrador estaba lo que tanto perdía a Henry, el alcohol. Disponía de todas los tipos y marcas de bebidas (con la ley seca, el chino estaría muerto) whisky, ron, tequila, licor, vino... Incluso tenía una botella de licor chino con un lagarto en su interior.

El señor Chan era un chino bastante desagradable a la vista. Tenía una cabeza redonda como un globo, con un poco de pelo que cubría los lados, unos dientes de caballo, cuatro pelos por cejas y un bigote blanquecino que sobrepasaba la barbilla.

Henry se acercó hasta el mostrador y lo saludó. El señor Chan devolvió el saludo dando una patada al idioma.

—¿Cómo tú estás?

—Bien señor Chan, ¿y tú?

Este levantó los pulgares.

—Dame una botella de Jack Daniel's.

Se giró y con el dedo empezó a buscar la botella. La encontró al lado de una que llevaba una etiqueta en ruso.

—Aquí tener, sargento.

—¿Cuándo vas a empezar a manejar el idioma? Dame también un Marlboro.

Se agachó y metió las manos en una caja que tenía en el suelo. En ese instante, Henry aprovechó para quitarle los quince dólares que había dejado el anterior cliente. El señor Chan sacó un cartón de tabaco, quitó el plástico que lo envolvía y le dio el paquete y la botella. Al dárselo se dio cuenta que no estaba el dinero del cliente anterior.

—*¡Gāisǐ de báisè èmó!* — exclamó enfurecido.

—¿Qué ocurre, señor Chan?

—Dinero de cliente, ¡no estar!

—¿Qué dinero? Aquí no había nada.

—Sí, si haber, otro chico dejó antes que tú.

—Yo no he visto ningún dinero, ¿no lo habrá guardado en la caja?

El señor Chan se quedó pensativo.

—No sé, puede ser...

—Claro amigo, seguro que lo has guardado y no te acuerdas, a mí me pasa a menudo. Deberías mirar esa memoria, hay juegos para ello. ¿Qué te debo?

—Veinte dólares.

—Menudo robo.

Henry dejó en el mostrador un billete de diez.

—Ahí tienes, tus diez dólares.

—Son veinte, diez por botella, diez por cigarrillos.

—Te pago la botella, los cigarrillos me los regalas. Pasa buena noche.

Henry agarró las cosas y se fue.

En el momento en que estaba a punto de entrar en el coche, el señor Chan lo interceptó en la acera. Estaría muy viejo pero se movía como un niño de quince años, con una agilidad admirable.

—¡Mis hijas comer! ¡También yo comer! —exclamó gritando y agitando los brazos.

—Por eso no te preocupes —replicó en tono burlón—. Luego te traigo restos de comida que tengo en casa, ¿te gusta la pizza? ¿O vosotros solo coméis arroz?

Henry se echó a reír.

El señor Chan lo dejó por imposible. No quería tener problemas con la policía y menos con el inestable de Henry. Se giró y se adentró en su tienda. Henry entró en el coche. James, quien había observado la escena y escuchado las palabras del tendero alegando que tenía que comer, volvió a recriminar su conducta.

—¿No le vale con robar a los delincuentes, también lo hace con las buenas personas?

—Nadie ha robado nada novato, habrá sido una alucinación tuya, mucho estrés, deberías de ir a descansar.

—Sé lo que he visto sargento, no me quiero meter en sus métodos pero...

—Pues no te metas y arranca —interrumpió Henry con brusquedad.

—Soy tu compañero, esto debería de ser como un matrimonio.

—No novato, esto es como un ligue de una noche, un polvo en el baño.

—Veo que no se fía de mí, ¿es por qué soy irlandés?

—No, es porque no bebes.

9

James giró la llave y el Dodge Dart se puso en funcionamiento haciendo ese ruido tan particular. Metió la marcha, pisó el acelerador y se distanciaron del barrio del dragón.

Lincon Park era uno de los barrios más lujosos y en donde el crimen, se había convertido en una mera leyenda urbana. Lo único que ellos dominaban <<crimen>>, era que un viejo se fuera sin pagar o que un negro apareciera por las calles. Vendrá a robar, pensaban los vecinos. Un barrio donde, en cierto modo, si querían a los negros, mexicanos o cualquier sudamericano. Sin embargo, los querían para esclavizarlos, ser su servicio doméstico, que limpiaran sus casas de ricachones, para aquella tarea sí los querían. A veces, se juntaban los ricos en casa de alguno y allí, entre puros y coñac jugaban a ver quién era el que menos dinero pagaba; ¡yo le pago cinco! ¡Pues yo le pago tres! ¡Yo uno! Siempre había una voz grave, ronca, llena de flemas que decía: Yo no le pago. En realidad si le pagaba, pero lo hacía con falsas promesas, diciendo que dinero no le daría pero sí le arreglaría los papeles, unos papeles que nunca llegaban. Por supuesto ninguno tenía seguro. Si algo les pasaba, si tuvieran un accidente, el ricachón sin escrúpulos lo abandonaría como quién abandona a un pobre perro en la calle o en una gasolinera. Era gente con veneno por sangre eran capaz de hundir tu vida en la penuria tan solo descolgando el teléfono. Eran como políticos pero sin estar calentando la silla en un congreso o senado.

Llegaron a la avenida Springfield. Una avenida impoluta, sin ningún papel tirado por el suelo, ninguna pintada en la pared de algún grafitero y las farolas, aún tenía el globo intacto, todavía no había sido destruido por la pedrada de algún chaval sin educación.

No olía a culo ni había cuerpos de chavales tirados en las aceras como en los bajos fondos, este olor era de aire puro, de fragancia de las de mil dólares un frasco del tamaño de un mechero. Las tiendas no tenían barrotos, ni ningún cristal roto y el tendero, no guardaba un arma bajo el mostrador. Detrás de la avenida y de la casa de Barry, se hallaba una explanada. No era un descampado donde la gente quedaba para pegarse o trapichear. Esta explanada estaba reservada para la constructora ACS, propiedad del hijo del sindicalista y mafioso; Jimmy Hoffa. Este individuo estuvo buscado por el F.B.I. Sin embargo, desapareció o —fue secuestrado— cuando salía del restaurante Machus Red Fox, en Detroit, Michigan.

En aquel lugar desértico, las grúas estaban levantando una propiedad de lujo para él, pagado con los impuestos de los ciudadanos. Si la prensa preguntara por la propiedad, él se desenvolvería como pez en el agua, alegando que habría recibido una herencia, y si algún periodista metiese las narices más de la cuenta..., eso era Chicago, la ciudad de los cadáveres en el río. Barry vivía en el 1043. La casa no llegaba a ser una mansión pero poco faltaba. Era de una piedra color gris, con un tejado color negro, un amplio porche con farolillos, una hamaca y plantas alrededor. Unos ventanales con forma ovalada dejaban pasar la claridad de la mañana. Había unas escaleras que conducían a la puerta, de madera de roble blanco y una veta oscura.

Henry pulsó el timbre. La puerta se abrió y apareció Barry con una cara resacosa y desencajada, los ojos como un búho y vistiendo unos pantalones desgastados y una camisa abierta mostrando una severa pelambreira, parecía el lomo de un perro esperando a ser acariciado, y con las axilas amarillas del sudor.

—¿Es usted Barry?

Intentó contestar. Debido a que su organismo se amparaba en la cocaína, su boca no pudo articular palabra.

—¿Vas a contestar o no sabes cómo se hace? Es usted Barry, sí o no —volvió a inquirir. Este asintió.

—Soy el sargento Henry Dupont, quiero hacerle unas preguntas.

—Vo...vo...voy.

—Arranca chaval.

—Voy a beber agua —logró decir.

—¿No has podido beber antes? ¿Me tomas el pelo? Tienes cinco segundos, cuatro, tres...

Barry fue de tres zancadas hasta la cocina. Cogió una botella de agua para hidratar su boca y que pudiera contestar. La tenía seca, la poca saliva que albergaba se había desvanecido. Desenroscó el tapón y comenzó a tragar. El agua se resbalaba por su cuello hasta la camisa. Tras acabar, volvió a la puerta.

—Puede enseñarme su placa.

James se la mostró.

—¿Por qué preguntan por mí? ¿Quieren algo? —dijo en actitud chulesca.

—¿Conoces a este chico?

James enseñó la foto de Patrick.

—No hablo con sucios cerdos con chapa.

—Sabes, lo mismo dijo tu amigo Trey y no acabó muy bien.

—Trey es una nenaza.

Sacó el paquete de cigarrillos, dio unos golpes en la parte trasera y se llevó uno a la boca.

—Queremos averiguar qué le ha pasado —alegó James.

—¿Qué le hace suponer que yo le conozco?

—Te vieron discutir con él.

—Si quiere charla, hable con mi abogado. Ahora tengo que arreglarme, es sábado y esta noche, en unas horas; hay dos por uno en el Warehouse. Voy a quemar billete, me sobra el dinero, que os den polis.

Barry levantó el brazo derecho, cerró el puño menos el dedo medio y seguido, lo puso en la cara de Henry.

Henry encendió el cigarro y lo chupó varias veces hasta que la punta quedó roja. Lo sostuvo entre el dedo índice y el pulgar un par de segundos para a continuación, arrojarlo en la cara de Barry.

—¡Hijo de puta! ¡Qué haces!

Se llevó las manos a la cara, el cigarrillo dio contra la puerta y cayó al suelo. Henry lo aplastó.

—¡Tengo derechos! ¡¡¡Te denunciaré!!!

—Denuncia esto gilipollas —Henry lo golpeó en el abdomen—. Ahora te voy a presentar a mi abogada.

Desenfundó la pistola y situó el cañón en la espalda de Barry.

—La número uno de su promoción, graduada con los más altos honores, qué te parece. Ahora tira para el coche.

Barry caminaba con los ojos medio cerrados. El cigarro había impactado en ellos, no llegó a quemarlos pero si le entró ceniza.

Un guardia de seguridad, el cual merodeaba en silencio por los alrededores, vigilando y

calentando el asiento del coche, contempló la escena. La luz de su coche de seguridad se encendió, el rotativo comenzó a emitir destellos y con la sirena puesta, condujo hasta ellos. Atravesó el coche en diagonal, descendió y con una mano temblorosa, los apuntó con su pistola. Era un hombre de sesenta años, con una gran barriga, una barba canosa y sin ninguna gana de estar ante una situación que para él, era nuevo. Un poco más de temblor en su cuerpo y habría tirado la pistola al suelo.

—Qui...qui... quietos... Suelte el arma y levante las manos.

—Tranquilo, somos policías— James se identificó— Todo va bien, no se preocupe.

—Lárgate de aquí—dijo Henry sin quitar los ojos de la espalda de Barry—. Mire a ver si alguna ricachona necesita que le busques las perlas, aquí no pintas nada.

Aquella mano temblorosa, bajó la pistola y la envolvió a enfundar. Su cara mostraba perplejidad. Sin mediar palabra, se montó en el coche y se marchó calle abajo.

Henry abrió la puerta trasera derecha del coche y metió a Barry de un empujón. Caminó hasta la puerta del copiloto y entró por ella. James fue a montarse sin embargo, Henry dijo que no, que se quedara tomando el aire.

Hacía buena noche.

Henry sacó dos cigarros. Se encendió uno y le ofreció el otro a Barry.

—Cógelo, fúmate uno conmigo.

La mano de Barry comenzó a temblar pero no tan exagerado como al guardia de seguridad. Atrás había quedado esa chulería, lo mismo que su posición adinerada. Vio que aquello a Henry no lo detendría, ahora estaba ante una persona que no le importaba nada de lo que sucediera.

—No tienes nada de lo que preocuparte siempre que seamos amigos, ¿eres mi amigo, Barry?

—Sí —dijo entre dientes.

—Solo quiero charlar y me lo pones difícil, haces que haga cosas que..., no quiero hacer pero bueno, dime amigo, ¿qué ocurrió la noche del viernes? Me han dicho que tuviste una discusión acalorada con Patrick.

—Y yo le digo que no contestaré a sus preguntas *amigo* .

—No, no, no, así no Barry, no sé porqué lo tienes que hacer tan difícil. Pensé que eras más listo que tu amigo —añadió—. Pongamos algo de música, así nos relajaremos.

Encendió la radio y fue hasta la emisora WFMT, la emisora de música clásica de la ciudad. Acababa de empezar a sonar el *Concierto de Brandeburgo* nº3 en sol mayor, de Sebastian Bach.

—Escucha que belleza... Escucha las notas... Esto es música y no lo que escucháis los jóvenes de hoy en día.

Henry cerró los ojos y comenzó a dirigir la música con el dedo, como si fuera un director de orquesta dando órdenes con su batuta.

—¿Sabes? Este concierto quizás sea el más popular de todos. Aquí Bach prescinde de cualquier instrumento de viento para dar más protagonismo a las cuerdas.

—Me alegro por él...

Henry se fusionó con la música y comenzó a tararear la melodía.

—Si quiere, los puedo dejar a solas... —alegó Barry sonriendo.

Abrió los ojos y dejó de dirigir la música.

—Te lo preguntaré una vez más, ¿por qué discutiste con Patrick?

—Muérase.

—No es la respuesta que buscaba, ¿has acabado con el cigarrillo?

—Sí, por cierto, el sueldo de un cerdo le da para comprar buenas marcas.

—Apágalo en el cenicero, por favor.

Barry, con una mirada desafiante y una sonrisa mordaz, lo dejó caer al tapizado de suelo y lo aplastó, quemando la moqueta.

—No debiste hacer eso.

Henry se agachó y cogió la botella de whisky de debajo de su asiento. Desenroscó el tapón y le dio un trago, cerró los seguros de las puertas y a continuación, comenzó a rociar a Barry con ella.

—¿¿Y ahora, qué haces??

—Refrescarte.

Levantó con el dedo pulgar la tapa del *zip* y comenzó a jugar con ella, levantando y cerrando.

Click... Clack... Click... Clack...

Giró la rueda y la calidez apareció.

—Si no empiezas a cantar, ardemos los dos, yo no tengo nada que perder, ¿y tú?

—¡Estás loco tío!

—Todos estamos locos, el problema es que yo no me escondo.

Barry se reclinó todo lo que pudo hacia atrás, alejándose todo lo posible del calor de aquella llama anaranjada.

—Vale, hablaré, pero apaga eso.

—¿Te imaginas que se me *cae* hacia ti?

Henry aspiró.

—¡Oh, sí! Ya huelo tu cuerpo chamuscado...

—Te diré todo lo que quieres saber pero por favor, ¡Apágalo!

Cerró la tapa.

—¿Qué hacías con la víctima?

Barry agachó la cabeza, observó la quemadura que había hecho con el cigarro y la levantó.

—Vino a donde estábamos, no recuerdo la hora. Se presentó a las chicas, estuvo un rato hablando con ellas, quería invitarlas a una copa, sobre todo fue a por mi ex novia; el muy gordinflón pensaba que se la iba a follar.

—¿Fue él solo a hablar con las chicas?

—Sí, le dije que se fuera, que ahí no pintaba nada.

—Por eso lo mataste cuando os fuisteis, porque eres un celoso de mierda.

—Yo no he matado a nadie.

—¿Qué hiciste después de la fiesta?

—Vine a casa con un amigo, estuvimos terminando la fiesta, ya sabe...

—No me estarás miento.

—Mírame como estoy... ¿Cree que lo estoy mintiendo?

—¿Quién es ese amigo?

—Se llama Matt.

—¿Hay alguien que pueda corroborar tus palabras?

—La asistenta, es interna, siempre está conmigo.

—Vas hacerme un favor, vas a dar a mi compañero nombres y direcciones de las chicas y tu amigo.

—¿Y sí me niego?

Henry le enseñó el mechero.

—¿De verdad quieres jugar a eso? No eres tan listo —añadió—. Cuanto antes terminemos, mejor para todos. Te aconsejo contestar o serás tú quién cargue con el muerto.

—No serás capaz, tengo los mejores abogados.

—No lo dudo, pero esos tres días que pasarás en el calabozo, mis amigos, asesinos y violadores, delincuentes de verdad, se lo pasaran muy bien contigo, y un culito como el tuyo no creo que dure mucho. Elige, dame nombres y direcciones y me voy, tú sigues con tu coca y tus fiestas y yo a lo mío, en cambio, si no colaboras, haré que te lleven al calabozo un vestido, una peluca y que te llamen Mandy. Verás qué bien se lo van a pasar contigo cuando te pongan una *varita*.

Barry quedó confuso. Se imaginó asimismo en ese calabozo sucio y apestoso, llevando un vestido, una peluca y puesto contra los barrotes para ser inculado por cualquiera que estuviera a su lado.

—Tú ganas.

—Chico listo, ahora va a entrar mi compañero, quiero que le cuentes todo otra vez, no te dejes nada. Un placer.

Henry abrió la puerta e hizo ademán de bajarse sin embargo, recordó que todavía no había acabado. Faltaba lo más importante.

—Qué tonto soy... —dijo dándose con la mano en la frente—. Me marchaba sin lo más importante.

—Venga tío, ya te he contado todo y ahora se lo tengo que contar a tu compañero.

—No, no es eso, me debes diez dólares.

—¿Yo? ¿De qué?

—De la botella.

Henry le enseñó la botella, la agitó hacia abajo esperando a que cayera alguna gota.

—¿Lo ves? Está vacía, te la has bebido toda.

Barry ya no entendía nada.

—Saca tu cartera.

—No voy a sacar mi cartera.

Henry volvió a mostrarle el mechero.

—Todavía el alcohol no se ha evaporado...

—Eres un psicópata...

—No, solo soy alguien al que no le gusta que jueguen con él y menos un niño de dinero, he venido hablar de buenas, algo que no suele ocurrir pero tú, lo has puesto difícil. Y suerte que no te cobro el cigarro.

Barry sacó la cartera y antes de que pudiera abrirla, Henry se la arrebató.

—¿Tanto qué alardeas y solo tienes tres putos dólares...?

—¿Cuánto quiere?, ¿cincuenta? Estaba en casa, tengo lo que me sobró.

—Bien, mejor cincuenta, me gusta tu iniciativa. He visto que hay un cajero en la otra calle.

—No será capaz...

—Antes te di cinco segundos, ahora tienes un minuto. Ya puedes correr.

Barry descendió del coche y de una carrera, fue hasta la calle paralela. Henry salió del coche, estiró las piernas mientras James, lo miraba.

—¿Adónde ha ido Barry?

—Tenía que hacer un recado urgente, ahora viene. No creo que tarde mucho.
Jadeando como un hombre perdido en un desierto que busca de beber, apareció.

—Tenga...

Entregó los cincuenta dólares.

—Bien, servirán. Ha sido un placer Barry, pásalo bien esta noche en el club. Saluda al dueño de mí parte, también es buen amigo mío. Como tú.

Cogió el billete y lo guardó. Seguido, dio una palmadita con la mano en la cara de Barry.

—Ahora sube al coche y da nombres, apellidos y direcciones a mi compañero. No te dejes nada.

El detective accedió por la puerta del conductor, Barry por la puerta de atrás. Henry se apoyó en el capo, sacó un Marlboro y se encendió uno. Ladeó la cabeza para observar el interior. Barry ya estaba moviendo los labios mientras que James, apuntaba todo en su libreta. Henry contemplaba a un Barry de ojos furiosos y con unos labios que se movían sin parar. Estaba cantando como un pajarito en una rama. Tras diez minutos de espera, Barry abrió la puerta y salió disparado hasta su casa sin mirar hacia atrás. Henry tiró la colilla y se montó en el coche.

—¿Tienes todo, novato?

—Lo tengo.

—Te veo algo disgustado.

—¿Era necesario lo que le ha hecho?

—¡Bah! Te quejas por nada.

—¿Y por qué le ha dado cincuenta dólares?

—¿Eso? No es nada, solo quería ayudar al fondo para las viudas de la policía.

James no le creyó.

—¿Crees qué tiene algo que ver? —preguntó James.

—Este no mataría ni a una mosca, solo es un adicto a la fiesta y la droga. Al principio van de macarras y luego se mean encima. Pero nunca hay que descartar nada.

Unas gotas empezaron a caer del cielo, deslizándose con sutileza por las ventanillas. La noche que hasta ahora había sido buena, con un cielo en el cual se divisaban las estrellas, estaba a punto de empeorar por la lluvia. Después de varios minutos de ligeras gotas, sin previo aviso, se convirtieron en granizo, golpeando el coche como si se tratara de piedras.

—Es tarde novato, tomemos un trago, nos vendrá bien.

—Señor, sabe que no bebo.

—Pues deberías novato, así te relajarías. Ha sido un día tenso.

—Si me lleva a casa, se lo agradeceré.

—¿A casa?, ¿qué tienes doce años? Vamos a tomar algo, no me gusta beber solo.

—Esta vez, lo tendrá que hacer.

—¿Te espera una putita, por eso no quieres venir?

—Eso no es asunto suyo y le agradecería que no la llamase putita.

El granizo comenzó acentuarse más, sus fuertes y duras gotas parecía que iba a perforar el techo.

—De acuerdo novato, te llevo a casa.

Henry arrancó el coche, encendió los faros, los antiniebla y condujo entre tanta piedra hasta Bridgeport, un barrio que limitaba con Armour Square.

Bridgeport o también llamado Chicago Portage, era un antiguo asentamiento de irlandeses, lituanos e italianos. La casa de James, situada en la calle 37, era una vivienda herencia de sus padres. Como ocurría en otros barrios, pocos irlandeses, lituanos e italianos

quedaban ya. Esto se debía a que, agentes de bienes sin escrúpulos, usaban tácticas de miedo e intimidación hacia los residentes, alegando que los negros pronto vendrían y traerían la delincuencia. Los residentes vendían a precios mínimos, después, esos mismos tiburones vendían esas mismas casas a precios que rozaban la locura a los negros desesperados por escapar de los guetos con exceso de población. Muchos residentes se negaron a vender como fue el caso de la familia del detective.

Henry lo dejó en casa, no sin antes, decirle que lo fuera a buscar a su casa al día siguiente. Ahora iba a beber y no sabía en las condiciones en las que podía llegar. En realidad Henry sabía con certeza que volvería dando tumbos.

James asintió y sin mediar palabra con su superior, dio media vuelta y caminó hasta la entrada. Henry se fue a buscar un lugar donde ahogar sus penas.

10

Aparcó el coche subido en la acera de un callejón. Halló un lugar que podía servirle, un pub irlandés. Se abrochó la cazadora de cuero y anduvo acompañado de los rugidos de la noche, los truenos y bajo aquel granizo que no dejaba de cesar. El viento que soplaba era duro, intenso y desgarrador. Emitía un silbido con un tono mezquino, era como el chirriar de murciélago que se introducía por todos los rincones y agujeros. Cargaba con tanto ímpetu que hacía ondear los toldos de las tiendas, las papeleras volaban calle arriba o calle abajo, golpeándose con las farolas o las puertas de las tiendas, y de los coches, saltaban las alarmas.

Se encogió de hombros para lidiar con el intenso viento aguado que soplaba y que castigaba su cara como la muerte castiga a la vida. Un coche circulaba en dirección hacia él. Al pasar por su lado, metió una rueda en un bache encharcado. Aquella agua llena de lodo, expulsada al meter la rueda, fue a parar al pecho de Henry, dejándolo todavía más despojado de su dignidad. Si es que le quedaba algo.

El local tenía unas luces palpitantes. El olor que emanaba de sus tabiques era una mezcla del sudor de lindas bailarinas que agitaban sus estrechas y cansadas cinturas por veinte dólares la hora y whisky barato impregnado en las paredes de las botellas que se han lanzado. Entró empapado, las gotas caían por la cara, se escurrían por el cuello hasta entrar por su camiseta. Nada más pisar suelo irlandés, tuvo que echar su cuerpo para atrás para no ser golpeado por dos irlandeses enfrascados en una pelea. Contempló como la nariz del más bajito, expulsaba sangre sin parar. Hizo una mueca de felicidad y se acercó hasta la barra. Con una señal de la mano, indicó al camarero que se acercara. Se sentó en un taburete tapizado en marrón y que cojeaba de una pata. El camarero dejó de limpiar los vasos con esa bayeta maloliente que retorció en sus dedos y se la echó al hombro para atender a la llamada de su cliente.

—¿Qué quiere tomar?

—Una mujer.

—Como todos amigos, y ¿de beber?

—Qué me recomienda.

—Tengo cerveza Guinness, Smithwicks, Kilkenny...

—¿Tengo pinta que me guste ese meado? Quiero el mejor whisky que tenga.

—¿Le parece un Glenfiddich de veinte años?

—Ese mismo.

El camarero sonrió por cortesía a su vez que su interior ardía por haber insultado la tradición cervecera de su país. Trajo un vaso con dos hielos y la botella. Le llenó el vaso y antes de irse y dejarlo con sus penas, Henry lo agarró por el brazo.

—Llévese el vaso si quiere pero no la botella.

—No puedo hacer eso, no puede beber de la botella, tendrá que utilizar el vaso.

Apretó el brazo con más fuerza, marcando sus rudos dedos.

—Deje, la, jodida, botella —mencionó con pausa.

—Si quiere la botella, son cien dólares.

Henry sacó su cartera.

—Tenga doscientos y no me moleste.

—Pero tiene que beber del vaso.

Henry soltó el brazo. Enganchó el vaso y lo encaminó hasta los labios, los mojó y saboreó esos matices que revelaba Escocia; manzana asada, caramelo, canela y dátiles.

Lo bebió despacio, con los ojos puestos en la barra, contemplando la mirada atormentada que su reflejo devolvía, una mirada marcada por una vida llena de palizas, excesos y muerte. Acontecido veinte minutos y tras beberse unos cuantos tragos, el camarero lo avisó de que girase la cabeza a su derecha. Al girarla, su radar de zorras halló a una pelirroja que llevaba unos cinco minutos apoyada en la barra. Con unas curvas de infarto digna de una modelo de lencería, se embutía en un vestido corto color rosa, tan ceñido que marcaba todo su potencial, parecía que quisiera encandilar a marineros recién llegados al puerto. Era su segunda piel.

Observaba a Henry como nadie le había observado en su vida. Se engatusaba aquel pelo flamante como el sol al ponerse tras una duna, largo y rizado y con una piel tan blanca, que parecía un cadáver salido del río. Henry comenzó a examinarla como si fuera un trozo de carne. Empezó por sus piernas, largas y cruzadas, siguió por su curvo cuerpo, centrando la mirada en sus pequeñas montañas y terminó en una cara cuya boca hacía pompas con un chicle para después, decirse así mismo:

<<Tú no te me escapas>>.

Se levantó y anduvo hasta ella. Se sentó a su lado y un aroma a cereza que desprendía su cuello, se introdujo en su nariz; ya se estaba imaginando montado en su culo como un caballo monta una yegua o como un perro monta a una perra en cualquier parque. Se imaginaba que él era el caballo y el perro a la vez. Así era la psique de Henry.

Aquel olor que emanaba la pelirroja, blandió la tercera pierna de Henry. Estaba listo para clavar su estaca.

—¿Qué está tomando, señorita? —preguntó poniendo el codo contra la barra.

—De momento, nada.

—Eso tiene fácil solución. ¡Camarero!

Este se acercó.

—Traiga otro vaso.

—Marchando.

—¿Cómo te llamas, belleza? —preguntó Henry acariciándola el pelo.

—Lulú.

—Qué nombre más exótico. ¿De dónde eres Lulú?

—De por aquí —contestó después de soltar una pompa.

—Todos somos de aquí y de allá.

Se hizo un silencio.

—No eres muy habladora, Lulú.

—No he venido aquí para hablar.

El camarero apareció con el otro vaso.

—Aquí tienen.

Henry hizo ademán de verter whisky en el vaso.

—No —interrumpió Lulú—. Para después, antes sígueme.

Se levantó y se colocó el vestido. Seguido cogió de la mano a Henry y lo llevó hasta el baño.

No pudo dejar de contemplar lo que era el mejor culo creado por *Yavé* o *Alá* o por el que fuera. Se adentraron al baño de chicos. Había una chaval de alrededor de dieciocho años,

lavándose las manos. Henry fue hasta él, abrió el grifo con brusquedad y el agua empapó la camiseta y el pantalón. Todo menos las manos.

—Ya estás limpio, ahora largo.

La cara del chico expresó estupefacción. Vio la cara de Henry e imaginó lo que iba a suceder. No dijo nada, sacudió la poca agua que tenía en las manos y los dejó solos.

Lulú se subió encima del lavabo, agarró a Henry por la camiseta y lo trajo hasta ella. Le despojó de su vestimenta, dejando al aire su torso atlético. Lo abrazó y clavó las uñas en su espalda.

—Me gusta las mujeres con iniciativa.

Henry metió las manos dentro del vestido y con suavidad, quitó el hilo dental que tenía por tanga y olió la vagina. Ese olor, era el olor de la vida.

Lulú se aferró al pelo de Henry y le obligó a entrar en su cueva. Henry lamió aquel coño que parecía el de una veinteañera, caliente como una tarta de manzana recién horneada, depilado, pequeño, rosado, y con un olor que se podía comparar a cualquier fragancia de las caras.

Al terminar de comer aquella delicia, la puso a cuatro patas contra el toallero, ahora Henry sí era un perro. Metió dos dedos dentro del coño caliente y húmedo, los sacó y lamió aquel flujo lleno de nutrientes.

—Ya estás lista, cariño...

Se bajó los pantalones, separó aquellos mofletes y la penetró. Lulú se hallaba en un tornado de placer. No aguantaba los empujes frenéticos y el ritmo de Henry. Mientras él la azotaba por ser una chica mala, Lulú se agarraba a lo que tenía a mano, el grifo, el jabón...

Fueron veinte minutos de gemidos, sudor y endorfinas. Acabado, retornó de vuelta a la barra. La botella se hallaba angustiada, con un llanto que resbalaba desde su cuello y se secaba en la madera, esperando a que Henry la terminara. Se sentó en el mismo taburete y mantuvo la mirada en la misma posición mientras Lulú sacaba su cuerpo de muñeca por la puerta del bar a las dos de la madrugada.

11

Henry apareció en casa a las cinco de la mañana. Se había quitado la ropa, tirado en la cama, quedando con los brazos y las piernas en cruz, la cabeza ladeada y la baba cayendo. Quedó dormido durante cinco horas.

Fue el telefonillo el que interrumpió su profundo sueño si no, hubiera dormido otras cinco más. Dejó caer un pie en el suelo, luego el otro y permaneció sentado en la cama. Se puso de pie y se estiró dando un quejido que podía haberse escuchado en la otra punta de la ciudad.

El telefonillo continuaba sonando.

Se arrascó el trasero, se ajustó el arma con el que llena de amor a las mujeres y fue hasta el telefonillo.

Lo descolgó.

—¿Quién es? —inquirió con firmeza.

—Soy soy, baje sargento.

—¿Y quién eres tú?

—James Ryan.

—Qué quieres a estas horas, novato.

—Tenemos que interrogar a las chicas.

—Es verdad..., las chicas, lo había olvidado.

Se hizo una breve pausa.

—Bajo en diez minutos.

Dio media vuelta y fue a vestirse. <<Joder, ahora tengo que ir a interrogar a esas guarras, ¿y si le digo que vaya el solo? No, mejor no, es un novato y le harían el lío, luego tendría al capitán comiéndome la oreja>>pensó.

Antes de bajar, cogió la botella de la mesa, una aspira del cajón y lo engulló al mismo tiempo. Quería que el dolor de cabeza que estaba sufriendo y que perforaba su cerebro como un peón de obra dándole al martillo, se disipase y pudiera volver a coger otro.

El día se hallaba soleado. De momento no había ninguna nube que les judiese el día sin embargo, el frío que surgía en cortas ráfagas de viento, se hacía notar. Henry abrió el portal y la luz del sol le metió un puñetazo en la cara, echando su cuerpo para atrás y haciendo que se resguardara en el portal. James esperaba en su coche, un Plymouth horizon de color gris. Apoyaba la espalda en la puerta del copiloto, esperando a que su superior se dignara a salir de casa.

Henry salió del portal haciendo visera en la frente con su mano derecha. Era domingo, significado que la mayoría de la gente estaba en la iglesia cantando absurdas canciones sobre un hombre clavado en una cruz o bebiendo, a veces las dos cosas. Debido a eso, la calle se daba un respiro del ajeteo. James dirigió su mirada a la cara del sargento, sobre todo esos ojos hinchados y rojizos. James se metió la mano en su chaqueta y sacó unas gafas de sol.

—Póngase esto sargento —pronunció dándose las.

—Buena iniciativa novato, estoy para el arrastre —Se las puso—. Joder, mucho mejor.

Henry subió al coche. James quedó en su sitio, pensado en que ni siquiera fuera capaz de

darle las gracias.

—No cuesta nada ser educado sargento, la próxima vez se aguanta —dijo en voz baja.

—¿Has dicho algo, novato?

—No, nada, señor.

James montó y arrancó el coche. Condujeron hasta el norte, al barrio de Dunning.

Llegaron a las once. La casa de Berta, era una casa bonita. Tenía una fachada de ladrillos, dos columnas en la entrada principal y unas escaleras que llegaba hasta la puerta. Había un ventanal grande, dividido por tres cercos. Un hermoso jardín cuidado a la perfección. Albergaba Adelfas; Romero, cuyas hojas azules peleaban con las hojas amarillas de un hermoso rosal, Celindas, Enredaderas y una planta llamada: Árbol de Manitas. Ninguna hierba sobresalía más que otra. Desde la verja hasta la puerta, provista con arbustos alrededor, había un camino de piedras. En un lado del jardín la bandera americana ondeaba pidiendo libertad.

Subieron las escaleras teniendo cuidado para no golpear las macetas que adornaban los escalones. Llamaron al timbre. El frío se hizo más intenso. El sol que había cegado a Henry, se iba ocultando detrás de las nubes que empezaban a aparecer. Henry subió la cremallera de la chaqueta. James sacó unos guantes de su abrigo y se los puso.

Henry miró en derredor. Se acordó de que su mujer vivía en ese barrio pero en una zona más alejada.

—Creo qué, en este barrio, es donde vive la zorra de mi mujer —dijo soltando vaho de su boca.

James no contestó. Solo le mostró una sonrisa falsa, una sonrisa para complacer aquel comentario y terminar una conversación que sería incómoda para él.

—Llama otra vez, novato.

James volvió a tocar el timbre.

—¡¡Perdonen!! —dijo una voz femenina detrás de ellos.

Ambos se giraron.

—¿Es a nosotros? —preguntó Henry.

—Sí, a ustedes.

Era la vecina de enfrente. Una señora cuarentona sin nada que hacer salvo cotillear la vida de sus vecinos. Una metomentodo con una familia de gatos por hijos.

—Diga señora, qué quiere, estamos trabajando, váyase a ver la televisión—comentó Henry.

La mujer cruzó la calle. Iba vestida con una bata raída, rulos en el pelo y oliendo a sus hijos.

—Si buscan a la chica, se fue hace dos horas.

—¿Sabe dónde fue? —preguntó el detective.

—No, la vi montarse en su coche, nada más, ¿quién pregunta por ella?

—Policía —dijo James mostrando la placa—. ¿Qué sabe de ella?

—¿Puedo saber qué quieren de ella?

—No, no puede —interrumpió Henry—. Conteste a la pregunta de mi compañero.

—No sé mucho. Es buena chica, un poco fiestera pero buena chica. La madrugada del sábado llegó un poco perjudicada, casi se cae en la acera. Recuerdo que las llaves se le cayeron al suelo, pero es buena chica.

—Sí, sí, ya ha dicho que es buena chica. ¿Sabe a qué hora vino?

—Era las seis de la mañana, siempre salgo a mirar a esa hora por la ventana.

—Esa es la franja horaria —murmuró Henry a James.

—¿La vio salir después?

—No, me quedé media hora mirando y no salió nadie.

—¿Cómo iba vestida?

—Era de noche, sé que llevaba un vestido como lo llevan ahora las jóvenes, apretado. También iba descalza, con los tacones en la mano.

—¿Recuerda quién la trajo a casa?

—Como le digo, era de noche y no veo muy bien de lejos, solo vi alejarse a un coche, creo que era un taxi por la luz del techo.

—¿Vio algo raro en ella?

—¿A qué se refiere?

—Algún movimiento inusual, algo que no destacase en ella.

—Todo parecía normal, bueno, las veces que la he visto llevaba los tacones puestos, supongo que se los quitaría por estar los pies doloridos de tanto bailar.

—¿Sabe si tiene pareja?

—A veces viene un chico, no sé si será su novio. Entra un viernes y se va el domingo.

—¿Cómo era el chico?

—Guapo, moreno, medirá un metro con ochenta.

Un coche se escuchó entrar por la calle. Era un deportivo rojo, llantas en negro y el ruido del motor, parecía la turbina de un cohete. El coche se detuvo delante de ellos. La puerta se abrió y dos botas de tacón alto se posaron en la acera. Aparte de las botas de tacón, Berta vestía unos vaqueros, un abrigo de lana y se cubría los ojos con unas gafas de sol. En ambas manos traía unas bolsas de varias tiendas adquiridas en *The Mag Mile*, una sección exclusiva y lujosa de la avenida Michigan, en el Chicago Loop, el núcleo de la ciudad.

Las bolsas eran de ropa, joyas y enseres para la casa. Berta se extrañó al ver dos hombres hablar con la cotilla de enfrente.

—Mira, ahí la tienes —dijo la señora.

—¿Es usted Berta?

—Sí, Berta Rogers. ¿Ustedes son?

—Sargento Henry Dupont y el detective James Ryan.

—¿Policías?

—En efecto. Queríamos hacerle unas preguntas, ¿tiene un minuto?

—Ya me dijo Barry que estuvieron en su casa interrogándolo, me llamó nada más irse ustedes. Pasen si quieren.

—No, no hace falta, será solo un momento —añadió—. Señora, ya se puede ir a dar de comer a los gatos, lárguese —espetó Henry con rudeza.

—Qué policía más impertinente y grosero, pondré una queja a su superior.

—Quéjese pero en su casa.

La señora se marchó con insultos hacía Henry.

—No le robaremos mucho tiempo señorita. Veo que viene de hacer compras.

Henry observó una bolsa blanca que transparentaba un rollo de cuerda y un paquete de seis rollos de celofán. Cuatro grandes y dos pequeños.

—¿Necesita tanto celofán? —indicó señalando la bolsa.

—Tengo que empaquetar unas cosas. Diga sargento, tengo algo de prisa.

—¿Conoce a este chico?

James mostró la foto de Patrick.

—Conocerlo no. Estuvo con nosotras el viernes en el Warehouse. Se presentó y nos quiso

invitar a una copa pero Barry, el exnovio de Kate, los echó.

—¿Por qué los echó?

—Es un celoso de mierda y no sabe que Kate, ya no quiere estar con él.

—¿Sabe si la víctima estaba sola?

—Sí, sargento. Ya le habíamos visto en alguna ocasión en el club, intentado ligar con alguna.

—¿Ese tal Barry, ha hecho alguna vez daño a Kate?

—Bueno... Una vez la dio una bofetada.

—¿Cómo reaccionó ella?

—Fue cuando cortaron.

—¿Por qué le dio esa bofetada?

—Encontró a Kate con otro chico en la cama de Barry y se le fue la mano.

—Bueno, en ese caso, yo también la hubiese dado una bofetada. ¿No crees —preguntó poniéndola a prueba.

—No me gusta la violencia.

—¿Consideras a Barry un chico violento?

—No, es un buen chico, un poco gilipollas a veces, un chulo y un creído pero de ahí a matar a alguien, no lo veo.

—¿Lo denunció?

—No.

—Debería haberlo hecho, esa gente si pega una vez, pega dos, tres, cuatro...

Berta no contestó.

—La vecina de enfrente nos dijo que llegaste un poco perjudicada.

—Sí, estábamos de celebración, por fin soy abogada del bufete.

—¿Recuerda quién la trajo a casa?

—Un taxi nos dejó a cada una en casa.

—Marca, matrícula, licencia... ¿Algo que pudiésemos identificar al taxista?

—No sargento, vinimos con unas copas de más.

—¿A qué hora se marcharon del club?

—Sobre las seis menos veinte más o menos.

—Mi enhorabuena por ese ascenso.

—Gracias.

—Eso es todo, ya no la robamos más tiempo señorita.

—No pasa nada, hacen su deber.

—Una cosa más, me he fijado en esa extraña planta del jardín, destaca más que el resto, tengo curiosidad de saber cuál es.

—Es una *Chiranthodendron* o Árbol de las Manitas. Me la regaló una familia en un viaje a Guatemala. Me dijo que traería paz y armonía.

—No sé nada de botánica, ¿la planta no moriría por el frío?

—No, me dijo que resistirá a las bajas temperaturas de Chicago y tuvo razón, ha crecido fuerte y sana. Pensé que no lo haría.

El árbol de las manitas era de un tamaño mediano, no mediría más de medio metro aunque podría crecer más. Tenía unos pétalos rojos con el tallo en verde. Debe su nombre a la semejanza de los pétalos con los dedos de la mano entreabierto, también parecía una garra rojiza.

—Gracias por saciar mi curiosidad, es todo, buenos días.

Berta se metió en la casa. La vecina se hallaba cotilleando a través de la ventana,

acariciando a uno de sus gatos y detrás de una cortina que ocultaba parte de su cara. Henry la vio. << El día que te mueras, te van a comer los gatos vieja cotilla>> pensó.

Acontecían las once y media de la mañana de un día de misa. Henry ordenó al detective volver al coche. Antes de subir y poner rumbo a su siguiente destino, quiso ojear la zona. Miró entre las escaleras, en los arbustos y en el canalón. En este último, dio unos pasos y quedó en un esquinazo de la casa. Henry se agachó y metió la mano en la desembocadura del canalón. Sacó barro y hojas, nada que fuera incriminatorio. Dio media vuelta, permaneció pensativo unos segundos y volvió a ir a los arbustos. Estos le llegaban a la altura de la cintura. Con ambas manos, separó los arbustos, inclinó medio torso y se sumergió entre ramas y hojas. En el fondo, entre la tierra, halló un manojo de pelos. Se puso un pañuelo de papel sacado de su chaqueta, estiró el brazo y lo agarró. Después, anduvo hasta la casa de la loca de los gatos. Se posicionó en su ventanal y miró hacia la puerta de Berta. Seguido, fue hasta el coche. Golpeó con la mano la ventanilla de James, quien la bajó dejándola hasta la mitad.

—¿Tienes bolsas de pruebas?

—Sí, tengo una.

—Guarda esto.

Henry entregó el manojo.

—¿Pelo humano? —preguntó James incrédulo.

—No sé, que lo analicen y saldremos de dudas.

Henry sacó un cigarro y lo encendió.

—¿Siguiendo destino, novato?

—Kate Miller, vive muy cerca de aquí. Por cierto sargento, ¿querrá ir a ver a su exmujer?

—No digas tonterías, novato, para que me saque más dinero, además, hace mucho que no nos vemos y quiero que siga así. No vuelvas a preguntarme jamás por mi vida privada.

Henry se adentró en el coche.

—Arranca —dijo dando caladas al cigarro.

—¿Tenemos que pasar a por sus <<cosas>>?

—No, de momento voy bien.

12

Pero no, Henry no iba bien. De camino a casa de Kate, tuvieron que parar en una cafetería. James pidió un café y Henry otro pero a su manera. Sin olvidar que echaran cualquier alcohol en la petaca.

Con los deberes ya terminados, fueron a Portage Park, a cinco kilómetros de casa de Berta. Era un barrio residencial. La tranquilidad paseaba por las calles y los pájaros cantaban alegres en un concierto de picos. La gente caminaba sin temor a los navajeros o peor aún, a la policía. La criminalidad, como en los barrios del norte, estaba erradicada. Toda actividad delictiva era mandada sur.

La casa se ubicaba en el 252 de Bishop Street. Era otra casa de dos plantas. Tenía una pintura blanco perla, con dos ventanales en la fachada, separadas por medio metro de distancia. Había un jardín con un hermoso rosal, con figuritas de enanos bastante graciosas repartidas y un pequeño molino de viento decorativo. Junto a la casa se hallaba una caseta. Su estructura era de madera, con un techo inclinado y una puerta con un cerrojo de metal.

James llamó al timbre. Unos pasos suaves se fueron acercando para después, una voz sensual, preguntar quién llamaba.

—Somos policías, queremos hacerla unas preguntas.

—Un momento, por favor.

Los pasos volvieron por donde habían venido. Tras varios minutos, la puerta se abrió, dejando a sargento y detective con la boca abierta.

Los recibió con una bata de seda color blanco con bordados en rojo. La tenía abierta, mostrando un sujetador y un tanga de encaje color negro. El pelo estaba alborotado y algo sudoroso. Tenía pinta de recién follada. Como le gustaban a Henry.

La escultural figura de Kate, con esas caderas anchas y culo pequeño, lo tenía desconcentrados.

—*Victoria's Secret* catálogo de invierno, página cincuenta y cuatro por si quieren comprarlo.

—No, gracias, no me quedaría tan bien como a usted, aunque... Si quiere vérmelo puesto, no tiene nada más que pedirlo.

—¿Qué desean?

—¿Es usted Kate?

—¿Ocurre algo?

—Soy el sargento Henry Dupont. ¿Qué hizo la madrugada del viernes al sábado, después salir del Warehouse?

—No creo que sea asunto suyo.

—Bastante, ha muerto una persona. Diga, ¿qué hizo después de la fiesta?

—Estuve con un chico, bueno, en realidad todavía sigo con él.

La casualidad hizo que el chico apareciese por detrás, atravesando el salón para ir a la cocina. Tenía un cuerpo delgado, encorvado y con mucho pelo. El de su cabeza, era rubio, largo y con una raya a un lado. Parecía tener pinta de surfista pero este, no sabría subirse a una tabla.

—¿Es ese el chico? —preguntó James.
—Claro, llevo todo el fin de semana con él. Cuando llegué del club, me estaba esperando en la puerta.
—¿A qué hora llegó?
—Sobre las seis y diez.
—¿Cómo es su relación con Barry?
—¿A qué viene esa pregunta?
—Verá, sabemos que discutió con usted cuando un chico quiso invitarla a una copa.
—¿Cómo lo saben?
—El chico está muerto.
—¿Creen que lo ha matado Barry?
—O usted —contestó Henry.
—Imposible, estuve con John.
—¿A qué se dedica? —preguntó James.
—Soy veterinaria.
—Interesante, ¿en su oficio utilizan bisturí? —inquirió Henry
—Hay un par de ellos, los utilizamos para operar a los animales.
—A la víctima le cortaron el pene, un corte perfecto, de bisturí...
—¿Adónde quiere ir a parar, sargento?
—Son unas simples preguntas, no se enfade que se pone muy fea. Con esto tenemos suficiente señorita, una cosa más —añadió—. Si alguna vez quiere tomar una copa, llámame, esta es mi tarjeta.
—No estaría mal...
—Bien, espero su llamada, guapa.
Kate cerró la puerta. Henry comenzó a encenderse. El interrogatorio le era indiferente, contemplar a esa belleza en ropa interior, le puso tan caliente como una mona en celo. Se hallaba en deseos de clavar su mástil e izar la bandera en la proa y con un poquito de suerte, también en la popa.
Sargento y detective caminaron hasta el coche.
—¿Puedo preguntarle algo, sargento?
—Ahora qué quieres, novato.
—¿El capitán está al corriente de sus intimaciones con testigos, sospechosos, vamos, con cualquiera que se abra de piernas?
—Al capitán le da igual a quién me folle, mientras vayamos cerrando caso y todos los casos acaban cerrados. Bueno, todos menos uno...
Henry quedó cabizbajo, pensando en...
—Sargento, tenemos que irnos... Sargento —dijo dándole con el codo.
—Sí vamos.
—¿Y tú, novato, tienes a alguien que te de placer?
—Tengo novia, esperamos casarnos pronto, estamos buscando fecha.
—¡Anda! El novatillo tiene una novatilla. ¿Qué tal en la cama, se mueve bien?
—No creo que le importe.
—Eso es que no — dijo Henry en tono burlón—. Quién es la siguiente.
—Wen Zhao, tenemos que ir al barrio chino.
—Tendremos que hacer una parada, hay que saludar al señor Chan.
—Sargento..., sin ofender... ¿No bebe usted demasiado? Aún tiene la petaca llena.

—Eso ya está aguada, ha perdido sus nutrientes.

Volvieron a subirse en el coche. James se iba haciendo a la personalidad de Henry. Con paciencia, James asimilaba cada movimiento de su superior, fuera bueno o malo, pero en la ciudad de los vientos...

¿A qué se llama bueno o malo?

13

—¿Dónde vive la chica, novato?

—En el número 99 de la 22 con la avenida Princeton.

—Qué casualidad, es la dirección de la licorería del viejo Chan. La suerte está de nuestro lado.

Dejaron el coche y avanzaron cien metros hasta el portal. Era un bloque de pisos. La fachada tenía un color negro, con pintadas racistas y amenazas de muerte contra los asiáticos. De la escalera de incendio, colgaba una barra de metal, sin posibilidad de bajar por ella si una casa comenzara a arder. La única manera de salir sería lanzarse al vacío. Los ciudadanos los miraban como quien mira a un elefante saltando a la comba, con incredulidad. Los chinos, no se fiaban de los *Laowai*, los extranjeros que pisaban el barrio. Pensaban y no se equivocaban que, cuando venían era para buscar problemas, emborracharse y violar a sus mujeres.

El portal se hallaba justo al lado de la tienda de licores. Permanecieron en el portal sin embargo, tuvieron un problema. Barry había omitido el piso, quizás por los nervios o por las ganas de salir de las garras de Henry; fuera lo que fuese, no sabían donde vivía. Henry entró a la licorería. Como todos los chinos se conocían, sea de amistad o de vista, Henry preguntó al tendero.

—¡Señor Chan! ¿Cómo le va, viejo?

—¡Tú deber dinero a mí! ¡Tú pagar!

—Tranquilo viejo, no vengo a comprar, ahora vengo como poli, quiero saber si conoce a Wen Zhao.

El señor Chan se impresionó.

—¡Es mi hija! ¡Tú qué querer de ella! ¡Tú prostituir!

Metió la mano debajo del mostrador, la sacó y mostró una recortada.

—¡Tú policía corrupto! ¡Yo matar a ti!

Henry posicionó su mano derecha en la funda de la pistola, con un leve movimiento quitó el botón que la mantenía guardada. Con la otra levantada, intentó calmarlo.

—Tranquilícese, viejo —dijo Henry retrocediendo un paso—. Guarde eso señor Chan, no queremos que nadie salga lastimado. Nadie va hacer nada a su hija.

—¡¡Tú poli malo!!!

El señor Chan, disparó. Henry se desplomó al suelo con la mano a la altura del corazón. Una mancha roja apareció para expandirse poco a poco.

James lo escuchó. Estaba hablando con unas personas de la tienda de al lado, una tienda que vendía baratijas. Dejó al hombre con el que dialogaba, con la palabra en la boca. Salió rápido de la tienda, desenfundó su arma y entró en la licorería. Apuntó con mano firme a la cabeza del tendero.

—¡Suelta la recortada o te reviento la cabeza! ¡Qué has hecho con mi compañero!

—¡¡Compañero malo!!

—No te lo voy a repetir, suelta el puto arma.

Este no lo soltaba. Ahora la recortada se centraba en el busto de James.

—¡Sargento! ¡Sargento! —exclamó buscándolo con la mirada.
James apreció la mancha roja que salía por debajo de su compañero.
—¡¡¡Sargento!!!

14

El sol se estaba ocultado, la calle se estaba coloreando de negrura y en la licorería del señor Chan, se había escuchado un disparo. Varios chinos salieron de sus portales o negocios clandestinos al saber lo ocurrido. Lo hacían con disimulo, intentando ser otra mancha negra más en la noche, no querían mezclarse debido a que, la mayoría, eran inmigrantes sin papeles y querían seguir de esa manera.

Ambos continuaban encañonándose. El acero estriado del cañón de James apuntaba a la cabeza del tendero. Las dos cabezas humeantes de la recortada al pecho del detective.

—Henry, me oyes, contesta.

El silencio era el dueño de la tienda.

—Voy a retroceder para buscar a mi compañero, quiero que estés sin moverte, al mínimo gesto que hagas, los sesos de tu cabeza de amarillo, impregnarán las paredes.

James retrocedió unos pasos hasta el nacimiento de aquella mancha roja. La estantería estaba caída. Sin separar aquellos ojos azules de los marrones del chino y sin dejar de apuntarlo, la sorteó como pudo intentando no tropezarse. En el suelo, tirado como el rabo de un perro al sol, con toda la comida desparrramada sobre él, halló a su compañero. Los ojos los tenía cerrados.

James dio unos golpes con su pierna en el cuerpo de Henry.

—Sargento, sargento... Henry...

Henry abrió un ojo. Se había desmayado y los golpes de su compañero, lo reanimaron.

—Joder sargento, qué susto me ha dado —dijo sin quitar la mirada del señor Chan—. ¿Le ha dado la bala?

Henry se fue levantando.

—No, solo me ha rozado —Observó el impacto—. Mierda...Ha roto mi chaqueta favorita.

—¿Y toda esa sangre?

—Qué sangre novato, es una lata.

El roce de la bala hizo que Henry chocara con la estantería y cayera al suelo desparrramando toda la comida. La mancha roja no era más que una lata de salsa para espaguetis la *Tia Mama*, estampada contra el suelo.

—Trae tu pistola.

Henry se la arrancó de las manos. Fue hasta el tendero y le encañonó en la frente.

—Debería volarte la cabeza, cómo te atreves a dispararme, baja la recortada si no quieres ver tu tienda con un bonito color rojo y esta vez, no será salsa para espaguetis.

Apoyó el arma en el mostrador y se echó a llorar. Henry devolvió el arma a James.

—Escuche, nadie quiere quitarle a su hija, solo queremos hacerla unas preguntas. Puede estar delante si lo desea. Esto es muy serio señor Chan, una persona ha muerto el viernes en un club de fiesta y Wen es...

—¡Mi hija no asesina! ¡Ella estuvo ayudarme a mí a cerrar tienda! —exclamó.

—Nadie está diciendo que sea una asesina, solo que estuvo con él y unas amigas. ¿Dónde está Wen?

—Casa.

—Dígala que baje —pronunció James.

—Hágala bajar señor Chan, no me haga perder más tiempo.

—Voy a llamar a timbre, un momento.

—Señor Chan, sin juegucitos, hable en mi idioma, que me entere yo lo que dicen —añadió—. Novato, ve con él.

Fueron a llamar a Wen quedando Henry en la licorería. Se hurgaba la rotura de la chaqueta, viendo la profundidad que hizo la bala al rozar. Era un descosido de unos ocho centímetros. Un poco más a la derecha y no lo hubiera contado.

Wen apareció de la mano de su padre y escoltados por el detective. Venía tímida, algo pálida e impactada.

—¿Qué ocurre? —preguntó Wen.

—Primero, señorita, o controla más a su padre o le controlaré yo, mire lo que ha hecho a mí chaqueta.

—Lo pagaremos —interrumpió Wen—. Le pido disculpas en nombre de mi padre y el mío.

Hizo una reverencia.

—La chaqueta no me importa, me importa saber que hizo después de salir del Warehouse.

—Vine a cerrar la tienda, ayudar a mi padre. ¿Qué sucede?

—Señorita, ¿conoce a este hombre?

James sacó la foto.

—No personalmente, estuvo hablando con mis amigas pero no sé nada más.

—¿No sabe que discutió con Barry?

—No, no sabía

—¿Y por qué no lo sabía? Sus amigas si estaban al tanto de la discusión, ¿tú dónde estabas?

Se hizo una pausa.

—Señorita... Tenemos prisa.

—Estuve con un chico hablando, después nos liamos, por eso no sabía de la discusión.

El señor Chan entró en cólera, comenzó hablar en cantonés con su hija, parecía más bien una discusión que una simple charla.

—¡;Nǐ bù fú cóng wǒ le !!

—Señor Chan, dije que nada de hablar en su idioma.

—Perdone a mi padre, no le ha gustado nada saber lo del chico, piensa que todos los hombres no buscan nada más que eso.

—Y así es —contestó Henry.

—¿A qué hora te dejó el taxi? —preguntó James.

—Sobre las seis y veinte.

—Parece que de ti, tampoco vamos a sacar nada más. Eso es todo. Limpian todo esto que lo tiene hecho una porquería —sentenció Henry.

Henry sacó su cartera y extrajo un billete de diez dólares.

—Con esto estamos en paz señor Chan. No vuelva a encañonar a nadie.

El señor Chan lo cogió, abrió la caja registradora y lo guardó.

Ya en la calle, con una brisa ligera, el calor del cigarrillo de Henry que había encendido y a la luz de una farola, ambos se pusieron a conversar.

—¿Crees qué soy un malnacido sin sentimientos, verdad?
—Según lo que se escucha y lo que he visto desde que lo conozco, es...
—Novato, ten cuidado con tus palabras.
—Es lo que se escucha.
—¿Y qué dicen?
—Que es usted un desalmado, un hijo de puta a quien ya no le importa nada ni nadie salvo él, sobre todo después de...
—No termines la frase o te corto la lengua.
—Lo siento, sargento.
—Esta vez pase, la próxima vez no seré tan benevolente. Vayamos a ver a la última chica.

15

Quedaba interrogar a la última sospechosa. Era las diez de la noche, algo tarde para ir a sermonear a nadie no obstante, la vida de llanero solitario de Henry a quien no le esperaba nadie en casa como James le dijo con anterioridad, le fue indiferente. No como a James que tenía una pareja esperando en casa, con la cena en la mesa, una mesa con un bonito mantel blanco bordado lo más seguro por la abuela de la novia. Un mantel con el que Henry se ahogaría.

La comunidad de Chatham, era otro de los suburbios que abarrotaban la ciudad. No era de los peores sin embargo, la policía recomendaba como en todos los bajos fondos, no entrar en la noche.

—Sargento, deberíamos de esperar hasta mañana.

—Para mí, el mañana no existe. En cuál número vive.

—Cuando estemos allí, se lo diré.

Henry sonrió.

—No tienes miedo de entrar en los suburbios, ¿novato?

—Veo que no ha leído mi expediente.

—Lo tengo en el cajón.

Para Henry tenerlo en el cajón era como tenerlo en la basura. En realidad su cajón era un basurero.

—¿Dice algo interesante?

—Dice que conozco bien los suburbios.

Henry lo contempló de arriba abajo.

—¿Tú? Te hubieran comido en cinco segundos.

—No esté tan seguro. Casi estamos llegando.

Tuvieron que dejar el coche en una paralela a la calle de Lany dentro del barrio Avalon Highland debido a que, la calle se hallaba cortada. Un incendio había quemado la casa de una persona. Según la versión que daría la policía, fue por un ajuste de cuentas entre pandillas. Había un gran jaleo en la calle. Coches de ambulancia subían en dirección contraria. La policía ponía un poco de orden entre los vecinos y los bomberos, apagaban el fuego; unas llamas que parecían alcanzar el cielo. Un cordón policial cortaba el paso hasta la casa de Lany.

Henry levantó el cordón y se adentró. Un agente salió con la mano en la pistola hacia él.

—¿Qué coño haces? No sabes que no se puede hacer eso, vamos lárgate de aquí.

—No se puede hacer el qué.

—Levantar el cordón, estúpido.

—¿Besas con esa boca a tu mujer? Eres muy mal hablado. He puesto más cordones que tú y con mejores modales. Soy el sargento Henry Dupont, este es el detective James Ryan.

—¿Puedo ver su placa?

—Te enseño mi pistola si quieres, ¿quieres verla? Seguro que es más *grande* que la tuya.

—Agente, mire —interrumpió James mostrando la placa.

—Perdone sargento.

—Tenemos que ir a esa casa —dijo Henry señalando.

—¿Puedo preguntar por qué?

—Desde cuando un patrullita pregunta a un superior. Sigue vigilando que no pase nadie y deja a los mayores que hagan su trabajo.

—Pero señor...

Henry no pronunció nada más, dio la espalda al agente y anduvo hasta casa de Lany. El agente quedó con la palabra en la boca y una cara de no saber qué hacer. Los bomberos habían dado una orden explícita de que no pasara nadie y Henry, se lo estaba pasado por los huevos.

—Vienes novato, o te quedas a vigilar con el patrullita.

—Voy sargento.

James caminó a paso ligero ante un Henry que no disminuía el suyo. En la puerta, Henry llamó golpeando puesto que no había timbre donde pulsar. Tampoco había un bonito rosal como en casa de sus amigas, todo era tierra, sin ninguna flor, sin ningún ser vivo que diera alegría a ese polvo denso marrón; ni tampoco enanitos graciosos con las mejillas sonrojadas al lado de un bonito molinillo. Era un terreno inerte, desolado, muerto.

—Cuélgate la placa, no quiero que ningún patrullita nos haga perder el tiempo.

James la colgó al cuello.

Los bomberos comenzaban a controlar el fuego. El calor que se sentía, era agobiante. De la frente de ambos, empezó a caer sudor. Tuvieron que quitarse las chaquetas.

Nadie respondió a la llamada de Henry, quizás por las sirenas o que Lany no quería abrir. Fue James quien volvió a llamar a la puerta con madera calentada por las llamas.

Lany abrió.

Vestía unos pantalones *leggings* ajustados, un top blanco con el tirante derecho caído y el pelo recogido en un moño.

—El fuego es en la otra casa.

—No ves la placa niña, pone detective —contestó Henry.

—¿Conoce a este hombre?—preguntó James mostrando al foto.

—No sé quién es este tío, váyanse. Déjenme en paz.

Lany fue a cerrar la puerta en las narices de Henry sin embargo, el pie derecho de Henry estaba acostumbrado y bien entrenado ante estas situaciones.

—Señorita, veo que no comprende la gravedad del asunto, es usted sospechosa de asesinato. Tú, tus amigas y el jonky de Larry.

—Barry —interrumpió James.

—Larry... Many... Da igual, en fin, ¿qué hizo la noche después del club?

—Vine a casa, me desmaquillé y me metí en la cama.

—¿Hay alguien que pueda corroborarlo?

—No, vivo sola.

—¿Algún vecino?

—¿Crees que alguno hablaría contigo?

—¿Y por qué no?

—Eres un poli.

—¿Qué me puede decir de sus amigas?

—Son buenas chicas, las cosas les va bastante bien. Berta acaba de ser abogada, Kate está a gusto en su clínica y Wen... Da clases en un colegio.

—¿Y a ti, te va bien?

—Estoy atravesando una etapa algo agria.

—¿A qué se dedica?

—Ahora estoy en el paro.

—¿A qué hora llegó a casa?

—Serían las seis y media.

—De acuerdo, eso es todo —añadió—. ¿Ese de ahí es su coche?

—Sí, lo tengo hace año y medio.

—Buen coche, grande, me gusta.

Henry anduvo hasta el auto. No era muy aficionado al automovilismo, pero le llamaba la atención los todoterrenos. El color negro le pareció bonito. Tenía unos faros redondos, un parachoques delantero con rejilla y unas llantas en dieciocho pulgadas. <<Seguro que este no le ruge el motor como un gato atropellado>>pensó

Después de salir del cordón policial, se dirigieron hasta el coche. Henry divisó un coche aparcado subido en la acera, era un Chrysler LeBaron color azul. Dentro había una pareja besándose y haciéndose arrumacos.

—Mira, esos se lo pasan mejor que nosotros...

16

Más tarde de las doce y media de la noche, después de un día agitado, cuando se disponían a marchar; James a casa y Henry en busca de alguna muñeca que desflorar, recibieron un aviso por radio.

Otro asesinato jodió su descanso.

Condujeron hasta Brighton Park, en el suroeste de la ciudad, a unos doce kilómetros desde donde se hallaban. El cuerpo había sido encontrando en un pequeño parque, una zona de recreo para niños situado entre la 46 y Kedzie Avenue, delante de la iglesia de san Juan bautista. Dejaron el coche y entraron al parque hasta el escenario del crimen, a escasos quinientos metros de ellos. Arthur y su ayudante ya se encontraban en el lugar. Las luces de las linternas iluminaban el cadáver, o lo que quedaba de él. Se hallaba desnudo y descompuesto. Según Arthur, el cuerpo llevaba menos de una semana muerto. Desprendía un olor fuerte a podrido, un olor a azufre, a agua estancada, a ríos de mierda. Estaba hinchado, deformado y lleno de ampollas. Presentaba un color amarillento, con tonos azulados, grisáceos y negros. La cara estaba irreconocible. El pene estaba metido en la boca sin embargo, había sido bien conservado. No había restos de sangre por ningún lado.

—¿Qué tenemos? —preguntó Henry.

—*Eso* —contestó Arthur señalando el cadáver.

—No tiene buena pinta. ¿Qué sabemos?

—De momento, poco. Por la dentadura diría que es un varón de aproximadamente treinta años. No tiene cartera, así que no sabemos cómo se llama.

—Hora de la muerte.

—Difícil de decir.

—Coño, Arthur, estaría bien si me dices un poco más de información.

—Henry, mira como está el cadáver, qué quieres que saque así y aquí de él.

—¿Quién lo encontró?

—Nadie, interrumpió— James.

—¿De dónde vienes tú?, no me había dado cuenta de que te habías ido.

James lo miró con frialdad.

—Habla, novato.

—He estado hablando con los agentes que llegaron primero. Recibieron una llamada de central. La llamada fue hecha por una persona anónima.

—También hay estas fotos —pronunció Arthur.

—Una asesina artista... —espetó Henry.

Las fotos pertenecían al muerto. Fueron tiradas por la asesina y reflejaba el antes y el después de la víctima. En total seis fotografías.

La primera mostraba a la víctima saliendo de una tienda con la cara reconocible. Era una cara marcada por el acné, nariz ancha, grandes mejillas y del cuello brotaba una papada como la de un pavo. La segunda lo reflejaba desnudo, atado a la cama, amordazado y manteniendo relaciones sexuales con la asesina. La tercera, salía la asesina, vestida de negro, con guantes y

pasamontañas, mostrando al objetivo el pene cortado y goteando sangre. Las fotos restantes, eran de diferentes fases de la muerte. Tenía marcados los números 1-5 grabado en su pecho.

—Unas fotos interesantes —Devolvió las fotos al forense—. Por lo que veo, hay marcas de bota y de rueda de coche en la tierra, parecen recientes, de hará media hora o tal vez algo menos. Alguien entró y descargó el cuerpo. ¿Qué sabemos de eso?—inquirió Henry.

—Las botas son del treinta y nueve. Las marcas de las ruedas, hemos hecho un molde para comparar. De momento puedo decirte que es un coche grande.

—Gracias que no ha llovido.

—Aquí tienes su pene.

—Tiene buen aspecto.

—Ha estado conservado en formol. Tendría que analizarlo para saber más. Hay otra cosa...

—Qué cosa.

—Es...

—Aligera viejo.

—Ten, mejor que lo veas tú.

Arthur le entregó una nota doblada.

—Lo hemos encontrado al dar la vuelta al cuerpo. La tenía dentro de la raja del culo.

Henry desplegó la nota, en ella decía:

Estuvo muy bien la otra noche, sargento Dupont.

Debajo una carita sonriente pintada de rojo. A continuación le devolvió la nota a Arthur.

—Mira a ver si encuentras alguna huella.

—¿Qué estuvo muy bien? —preguntó James.

—No tengo ni idea. Déjame ver la primera foto Arthur.

Arthur se lo entregó. Henry lo intentó mirar con más intensidad pero la oscuridad no se lo permitió.

—Novato, enfoca con la linterna.

James le alumbró.

—Lleva una bolsa, con el nombre de una tienda, pone... Aid cómics.

—La conozco—dijo James.

—Guárdate la foto. Ya tenemos algo para continuar, pero ya mañana. Novato, tú te quedas a esperar al juez, yo me voy a casa. Averigua si tiene familia, de ser así, dale la noticia. También averigua si hay alguna conexión entre Patrick y lo que queda de este.

—Pero sargento...

—Sin rechistar, mañana iremos a la tienda.

—Lo que usted diga, sargento.

—Arthur —espetó Henry. ¿Analizaste los cabellos que hallaste en el cuerpo de la primera víctima?

—Sigo trabajando en ello.

—De acuerdo.

—Se me olvidaba —pronunció Arthur—. El capitán quiere verte a primera hora en su despacho.

—Iré a segunda. Buenas noches.

CAPÍTULO 2

La comisaría veintidós, situada en Unión Avenue, Canaryville, dirigía el centro de la ciudad. Era llamada el vertedero y en ella, se hallaba adscrita la oficina de detectives donde Henry pertenecía. Su historia, como en las demás comisarías, se basaba en la brutalidad, tortura y violación, casi siempre hacia la comunidad negra. El departamento fue investigado durante muchos años por el F.B.I debido a esa *mala praxis* en la que todos participaban. Cinco policías que se hacían llamar *Skull Grow*, sembraron el pánico en las calles; casas, bares o cualquier rincón de la ciudad. Fueron detenidos a raíz del secuestro de un ciudadano. Lo metieron en el maletero del coche patrulla y lo trasladaron debajo del antiguo puente Roosevelt, en el South Loop, donde fue torturado a base de descargas eléctricas. Después de la salvajada, lo prendieron fuego a iniciativa del cabecilla, el detective Robert Daley. Entre risas producidas por sus crueles mentes, contemplaban como el hombre iba tostando su cuerpo como una castaña asada, viendo desaparecer todo el pelo de su cuerpo y como agonizaba entre gritos desgarradores hasta que no aguantó más el sufrimiento y se arrojó al río para intentar mitigar ese dolor sin embargo, fue demasiado tarde. El agua apagó el dolor pero la muerte, hacía bastante tiempo que había clavado la punta de la guadaña en su espalda.

Los cinco fueron acusados de aquel asesinato y otros muchos más que ellos mismos confesaron al derrumbarse ante un fiscal, el juez y el jurado. La vida de esos cinco policías no acabó en aquella sala. El fiscal, igual de macabro que ellos o incluso más, los dejó libres; conservando su puesto de trabajo y siendo condecorados por una ciudad que premiaba la maldad por encima de todo. No era la primera vez que un escándalo de tan envergadura ocurría y los acusados escapaban a la cárcel.

En la época que Henry ostentaba el cargo de detective, un antiguo compañero suyo llamado Jon Burge, fue acusado por abusar de más de doscientas personas, entre hombres, mujeres y niños. Burge y su equipo de detectives, golpeaban, quemaban y trataban los cuerpos con descargas eléctricas. De aquello, el tiempo lo borró y nadie volvió a comentar nada. Las aguas no llegaban nunca a calmarse pero sí había descendido mucho aquellos abusos. Henry no fue partícipe de esos sucesos pero estuvo presente en alguno.

La comisaría se hallaba abandonada, sobre todo en recursos y material. Los escritorios eran de hacía cincuenta años, las sillas cojeaban y las estanterías se desplomaban solas. Las paredes evocaban tristeza, desolación y te animaban a coger la pistola y pegarte un tiro. La mayoría de los agentes, detectives y oficiales de alto rango como era Henry, la depresión les rondaba en el día a día. Bastantes de ellos, llegaron a escuchar a las paredes. Los supervivientes eran los denominados polis buenos, los que intentaban con todas sus fuerzas proteger y servir.

El capitán que dirigía el vertedero, era un tipo llamado Frank. De la vieja escuela, luchó contra la mafia de Tony Accardo, alias Big Tuna. Cesó en esa lucha cuando la mano derecha de Tuna, llamado Joey Doves, en una ocasión, puso en su mesa, un maletín y una pistola dándole a elegir. La relación con Henry no era más que una relación casual, como de un rollo de una noche en los que solo se dicen cuatro palabras. Lo único que tenían en común, era esa afición por la bebida, uno porque continuaba arrepintiéndose del día cuando cogió el maletín y el otro, por

tener la fría soledad cogida de su mano.

Henry llegó al despacho —como le dijo a Arthur— a segunda hora. Eran las once de la mañana. Llamó a la puerta con dos golpes de nudillo. El capitán, con una voz apagada, le invitó a pasar.

—Qué hay, capitán.

—Deberías de haber venido hace tres horas.

—Bueno, ya estoy aquí. No se tense que le salen bultos, capitán.

—No me toques los cojones Henry. Siéntate.

—No gracias, he dormido bien.

—Siéntate, no me lo hagas repetir.

Se sentó en una silla de metal con el respaldo y el asiento en blanco.

—¿Cómo te encuentras hoy? —preguntó ofreciéndole un cigarro.

Henry lo cogió. El capitán se llevó uno a la boca y sacó un mechero del cajón de su escritorio. Con el dedo pulgar giró la rueda y encendió ambos.

—No me quejo —dijo Henry dándole una calada.

—De eso quería yo hablarte, se han quejado de ti.

—¿Algún marido?

—No, Barry. Me llamó sus abogados, te pasaste bastante con él.

—El chico lo merecía.

—Casi le prendes fuego, joder.

—Así sabrá respetar, los niñatos de hoy en día no respetan nada ni a nadie. Aprenderá a qué no se puede ir de esa manera por la vida. Su padre no le pegó una buena bofetada de pequeño.

—He logrado que no te denuncien si te abro un expediente.

—¿Lo vas hacer?

—¿Te apetece un *burbon* ?

—Por favor.

El capitán se volvió hasta un armario que tenía detrás. Abrió el cerrojo con una pequeña llave de metal que sacó del cajón. Empuñó la botella y dos vasos.

—A mí no tienen que decirme cómo dirigir a mis hombres y menos un chupatintas con traje de mil dólares —pronunció mientras echaba *burbon* —. ¿Cómo va el caso de la asesina?

—Hemos interrogado a varios sospechosos, todos con coartada y sin móvil aparente. Pero tenemos a una sospechosa.

—¿Tú qué piensas?

Henry dio un trago.

—Creo que elige a sus víctimas algunas por azar y otras lo planea, pero siempre con las mismas características, siempre gordos.

—¿Por qué gordos?

—Puede que tenga algún trauma o simplemente disfrute matándolos, en este caso, no hay dinero de por medio ni celos, envidia o cualquier otra motivo. Para mí que lo hace por placer y disfrute.

—¿Has leído el informe del forense?

—Lo tengo en la mesa.

—¿Y a qué esperas?

—A terminar el trago.

—¿Qué te dicen los números que graba en su pecho?

—Que te prepares para tres asesinatos más.

Llamaron a la puerta.

—Pase.

Un agente entró.

—Sargento, dice el detective Ryan que lo espera.

—En seguida voy.

El agente se fue y Henry se levantó.

—¿Algo más, capitán?

—No.

—Bien, en ese caso me voy.

Alzó el vaso y terminó el trago. Seguido lo dejó en la mesa.

—De la segunda víctima, ¿sabemos algo?

—Ahora voy con el novato a seguir una pista.

—¿Qué tal con él?

—Vamos por momentos. Me marcho.

Abrió la puerta y puso un pie fuera.

—Intenta que no me reporten más quejas.

—Sería mentirle si le digo que no pasará, capitán.

Salió y cerró la puerta. El capitán se vertió más *burbon*, encendió otro cigarro y se recostó en la silla.

El detective esperaba en la puerta de la comisaría. Era medio día. El frío apremiaba, el sol emitía unos rayos suaves, ligeros, sin fuerza para calentar, solo aportaba luminosidad. Henry apareció.

—¿Listo para ir a la tienda de cómics?

—Conozco al encargado —pronunció James—. He ido a comprar unas cuantas veces. Si no es molestia sargento, me gustaría realizar las preguntas.

—No tengo inconveniente —añadió—. ¿Llevas la foto?

James afirmó.

—Has averiguado algo sobre Patrick Landrau, familia, amigos...

—Tiene un hermano en Nueva Jersey. Lo estuve llamando pero no contestó nadie. Le dejé un mensaje.

—¿Antecedentes?

—No, está limpio.

—¿Alguna conexión entre Patrick y el gordo descompuesto?

—No señor, no he hallado ninguna.

—De acuerdo novato, pues cuando quieras.

La tienda se situaba en la calle 55, en Hyden Park. La fachada era de un color azulado. Encima de la puerta tenía un letrero con el nombre: Aid cómics. Nada más pasar, en frente, se hallaba un mostrador largo, de pared a pared. En el centro había dos estanterías horizontales, con varias cajoneras donde se guardaban los cómics. En las paredes de color blanco, había estanterías con más cómics, libros, películas, juguetes, figuras... Un sinfín de productos para gente solitaria.

Entraron sobre las doce y media. El local estaba repleto. Había salido el número cien de una historieta que trataba de un joven que corría como un relámpago. Henry fue haciéndose hueco a codazos entre la gente hasta llegar al mostrador. Se hallaban tres dependientes, chicos jóvenes superados por el aforo de tanta gente pidiendo al joven relámpago.

Henry no tenía ni idea de quién era el encargado hasta que James, apartando con

educación a la gente, se puso a su lado.

—Novato, tú dirás.

No tuvo tiempo de contestar. El encargado al ver al detective, vociferó.

—¡James! Ahora estoy contigo.

—¿James?—inquirió Henry—. Vaya confianza.

—No todos somos tan antisocial como tú.

—Dilo, no te cortes, tan cabrón, ja, ja, ja. Lo tomaré como un alago.

El encargado fue hasta James. Era un chico alto, de unos veinte años, delgaducho, con gafas y unas cejas pobladas. Sus brazos eran largos, un poco más y llegaban hasta el suelo. Su voz era gangosa y de pito.

—Tengo el cómic que encargó.

—Gracias Paul pero no vengo como cliente, vengo como policía. Necesito información.

—No sé qué información puedo darte yo, solo sé de cómics.

—Información sobre uno de tus clientes —Mostró la foto—. ¿Sabes quién es?

—Es Albert Fish, uno de mis clientes habituales, tiene reservado varios libros.

—Ya lo puedes ir vendiendo —alegó Henry.

—¿Qué le ha ocurrido?

—Ha muerto —dijo James.

Paul se sorprendió, abriendo la boca y mostrando espuma y unos dientes torcidos.

—Lo siento mucho.

—¿Cuándo fue la última vez que lo viste?

—Hará más de una semana. Vino a comprar como siempre, suele venir los lunes. Salió y una chica se puso hablar con él. Después se fueron juntos.

—¿Cómo era esa chica?

—Morena con mechas en el pelo y vestía de cuero.

—¿Sabes el color de esas mechas? —inquirió James.

—No.

—Escucha este... ¿Cómo te llamabas? —preguntó Henry.

—Paul.

—¿Cuánto distancia hay de aquí a la puerta, quinientos metros? ¿Me estás diciendo que no me puedes dar más información que esa?

—Tenía la tienda repleta.

—No me digas más —añadió—. Había salido otro cómic.

—Sí, uno de un autor nuevo.

—¿Cómo sabes lo de las mechas? —preguntó Henry.

—Hablaron debajo del sol, la luz lo reflejaba, por eso lo vi sargento.

—Y no viste el color.

—Podría ser verdes o azules.

—Sabrás dónde vive tu cliente.

—Tengo su dirección en la ficha.

Hubo un silencio.

—¿Y a qué esperas? Vamos, tráela.

—En seguida.

Encaminó hasta el otro extremo del mostrador. La gente seguía llegando para comprar. Henry empezaba a sentirse agobiado entre tanto lunático en busca del hombre relámpago. Encima del mostrador, Paul abrió una cajonera donde guardaba las fichas de sus clientes. Fue

hasta el separador de la letra A y cogió la de la víctima.

—Aquí tiene.

—Gracias por su colaboración, eres buen ciudadano.

—Ya vendré a por mí reserva, Paul.

—Cuando quiera detective.

Ambos salieron. Henry encendió un cigarrillo, después tomó la petaca y mezcló en aquella garganta seca, whisky y humo.

—¿Crees qué fue Lany? —cuestionó James.

—Por qué lo dices.

—Bueno, ella lleva mechas.

—¿Sabes cuantas chicas llevan mechas y visten de cuero en esta ciudad? Pero no descarto nada. Necesitamos pruebas sólidas. Ahora nos separaremos. Tú ves a ver si el forense tiene algo, yo iré a casa de Albert.

1

El sol se estaba alejando de un día duro cuando el camino de ambos, se separó. James se llevó el coche de Henry y él marchó caminando hasta la casa de Albert Fish, en la avenida Dorchester, a varias manzanas de la tienda de cómics.

Henry llegó al portal. Era un bloque de pisos antiguos. Permaneció en la acera de enfrente, sacó un cigarro y lo encendió. Lo fumó tranquilo, observando al portero del bloque; un mexicano de cincuenta años, afable, de pelo negro; entrado en carnes y que llevaba un bigote largo y poblado, cuyas puntas caídas sobrepasaban la comisura de los labios, cómo barría las hojas caídas de los árboles y que el viento había arrastrado hasta el portal. Al terminar el cigarro lo dejó caer en la cera y lo aplastó con el zapato. Expulsó un poco de humo y caminó hasta él.

—Es usted el portero.

—El mismo, Miguel Hernández, para servirlo —pronunció con un fuerte acento mexicano.

Paró de barrer y apoyó las manos en el extremo de la escoba.

—Busco a un inquilino suyo, Albert Fish, ¿lo conoce?

—Sí manito, el chavo vive aquí. ¿Quién lo busca?

—Sargento Henry Dupont. ¿Puedo hacerle unas preguntas?

—Sí, claro, entremos.

Entraron al portal, gélido y con una iluminación ligera. Había un mostrador, encima un teléfono, una lámpara y un libro de registros. Detrás, un tablón de madera, con las llaves de cada piso anclado con una alcayata. El suelo acababa de ser fregado, brillaba y desprendía un fuerte olor a desinfectante.

—Pregunte cuanto quiera.

—¿Qué relación tiene con Albert?

—No mucha, lo normal entre portero y vecino. No es muy hablador. Una vez me contó que trabajaba como informático pero nada más. No recibe muchas visitas.

—¿Cuándo fue la última vez que lo vio?

—Tres semanas más o menos.

—Sabe si tiene novia, amigos, familia...

—Que yo sepa, no. Es un tipo muy solitario, aunque ahora que lo pienso... Un chavo vino a verle.

—¿Cuánto hace de eso?

—Voy a mirar. Hacemos que las vistas pongan el nombre y la firma por seguridad.

Abrió el libro de registros y se puso las gafas que colgaban al cuello por una cuerda.

—Déjeme ver... —Comenzó a pasar las hojas—. ¡Aquí está! Hace dos semanas, un chavo llamado Andrew Makerman. ¿Por qué tanta pregunta?

—Lo han asesinado.

Quedó exhausto

—¡Híjole! ¿Cómo murió?

—De una manera que no se lo deseo a nadie. ¿Recuerda como era el chavo?

—Alto, moreno, buen cuerpo, pelo a un lado, facciones suaves, cejas depiladas, nariz pequeña pero ancha y vestía elegante.

—Una cosa más, ¿podría ver su apartamento?

—¿Trae una orden?

—¿Tienes los papeles en regla?

—Carajo sargento, podría perder mi empleo si se enteran.

—No se van a enterar, ¿tienes familia?

—Mujer y dos chavitos.

Henry agarró su cartera, la abrió y sacó los últimos dos billetes de veinte dólares y los hizo descansar en el mostrador.

—Esto es para que lleves a tu familia a cenar, de mi parte.

Miguel miró los billetes, eran nuevos y con un tacto áspero. Deslizó la mano con suavidad por el mostrador y con dos dedos, lo llevó hasta él. Después de guardárselo, se volteó hacia el panel de llaves para coger las del apartamento 564, en la quinta planta. Luego, indicó en donde se hallaba el ascensor.

Henry le dio las gracias y anduvo hasta el ascensor, pensando en cómo le iría al novato.

2

James llegó al depósito de cadáveres, situado en el sótano de la comisaría. Abrió la doble puerta color verdoso y entró. La sala de veinte metros cuadrados, era amplia y luminosa. Su olor era una mezcla peculiar entre la carne en descomposición, humedad y formol. Podías notar como las fosas nasales se quemaban antes de entrar.

Las paredes eran de azulejos blancos. Estaba dotado de mesas de autopsia, agua fría y caliente, sistema de aspiración, desagüe, refrigeradores de cadáveres con capacidad para dos. Aseos y duchas de agua fría y caliente.

James halló al forense en una de las mesas. Estaba trabajando en el cadáver de Albert Fish. Tenía el pecho abierto con la clásica abertura en Y. Al lado de Arthur, había una mesa auxiliar de metal. Encima se hallaban colocados los pulmones, riñones, bazo, páncreas. Sacó el estómago con ambas manos y lo dejó al lado del páncreas. Lo estaba despiezado como si fuera un Chervolet.

—¿Qué tal le va Arthur?

—James Ryan, me asombra que Henry te haya dejado solo.

—Sí, es una sorpresa para ambos... pero... En verdad, para lo que vengo.... ¿Cómo murió?

—Igual que la primera víctima. Asfixiado con su propio calcetín. He hallado fibras en su boca y pulmones. Te puedo decir hasta lo que comieron y ninguno de ellos, tiene restos de glande.

—Qué horror... ¿Por qué hará todo esto?

—Eso ya..., es cosa vuestra.

—¿Hora de la muerte?

—Sigo sin poder determinarlo. Todo está podrido, mira la piel, no he podido sacar nada.

—De la extremidad, ¿qué sabes?

—Ha sido bien conservado, los mordiscos pertenecen a la misma persona.

—¿Alguna huella?

—De momento, no. Seguiré trabajando de todos modos. Acompáñame al escritorio, quiero mostrarte las huellas del coche y las de bota. En la nota, no he encontrado ninguna huella.

Arthur dejó de manosear el cadáver. Se despojó de los guantes, los tiró a la basura y se lavó las manos en el grifo. Cuando estaban en el escritorio abrió la carpeta que tenía encima.

—La huella del auto corresponde a un *jeep*. He comparado las marcas y pertenecen a un Wrangler. La huella de la bota, como dije, es un treinta y nueve, este es el dibujo que hace la suela. También tengo los resultados del pelo que me trajiste, es de una peluca. Lo he comparado con los cabellos que encontré en el cuerpo de Patrick Landrau y coinciden. Seguiré trabajando. Espero que tu compañero tenga algo más.

—Yo también lo espero. Por cierto, ¿siempre ha sido así?

—Así como.

—Tan...

—No, antes era... Como decirlo, más bueno, no es que ahora fuese una mala persona, no,

lo que ocurre es que no ha superado su trauma. Chaval, eres el compañero de uno de los mejores policías de esta apestosa ciudad, no lo estropees y aprende él.

—¿Qué voy a aprender? ¿A sacar confesiones a base de golpes?

—Si solo ves eso, eres demasiado estúpido para ser su compañero. Ahora vete, voy a seguir trabajando.

3

El ascensor dejó a Henry en la quinta planta. Anduvo por un pasillo estrecho iluminado por varias lámparas sujetas a las paredes marrones. La puerta del piso, era de madera, con los números pintados en negro identificando el piso. Sacó la llave y la introdujo en la cerradura, giró a la derecha y los cerrojos se deslizaron.

Empujó la puerta y accedió. Un olor a rancio emanaba del piso. Lo primero que halló fue el salón. Había una mesa redonda, un sofá, una lámpara de pie y estanterías con figuritas de superhéroes. Encima de un mueble se hallaba un televisor. Comenzó a inspeccionar el lugar; abriendo cajones sin encontrar nada relevante. Seguido anduvo por el pasillo que llevaba hasta las habitaciones. Pasó al cuarto de baño, mucho mejor arreglado que el suyo. Había una bañera con unas cortinas blancas, sin ningún tipo de suciedad. Separó las cortinas para observar en la bañera, de una cerámica blanca. Examinó el lavabo y el mueble que había encima. El lavabo se hallaba impoluto. Abrió el mueble y contempló enseres para el aseo y un bote de pastillas para dormir llamado Restoril. Estiró la mano y lo agarró. Era un bote de color azul y la tapa en gris, en su interior guardaba cincuenta pastillas. Tenía una etiqueta con el número de receta, la fecha y la farmacia que lo había vendido. La fecha era de hace menos de un mes y la farmacia, se hallaba a cinco manzanas del domicilio. En la base, en letras pequeñas en rojo, ponía que debía que tomarse con prescripción médica debido a su acción fuerte y rápida. Nada más que una cápsula media hora antes de dormir. Henry conocía bien estas pastillas. Había tomado unas similares, con la misma composición y del mismo laboratorio, pero con diferente nombre. Con delicadeza, como si acariciase la final piel de una mujer, vertió el bote en la tapa del WC. Hizo uno montón con ellas y empezó a contar, separando una a una.

Uno... dos... tres...

De las cincuenta pastillas color amarillo, faltaban diez, pero solo una bastaría para dejar fuera de combate a una persona.

<<Estas pastillas son muy fuertes>> pensó. Seguido se guardó el bote en la chaqueta, levantó la tapa del váter y echó una meada.

Salió del baño y se metió en el dormitorio. Junto a la ventana, tenía una cama con unas sabanas de un hombre vestido de negro blandiendo una espada roja. Al lado, una mesilla. Sobre la mesilla había una caja para guardar un aparato dental, varios cómics, un inhalador y pañuelos de papel. Abrió el cajón de la mesilla. Halló revistas de videojuegos, un reloj y algo de dinero. Henry lo miró y se guardó un par de billetes. Siguió por el armario hallando varios disfraces. Terminado con el dormitorio, continuó por el pasillo hasta la última puerta. Giró el pomo pero no abrió. Se dio cuenta de que había una pequeña cerradura que se interponía entre él y ese cuarto. No le apetecía estar buscando la llave, entonces hizo lo mejor que sabe, hacer las cosas a su manera. Pateó la puerta hasta que abrió. Se topó con una habitación decorada como la de un niño pequeño, llena de juguetes, póster, figuritas, libros y más cómics. Un escritorio y un ordenador. No tenía tiempo —o no le apetecía— estar encendiéndolo, ni revisar ficheros. Decidió llevarse el disco duro y que los muchachos del laboratorio lo examinasen. Con un destornillador que encontró junto a un bote de lapiceros, quitó la carcasa y el disco duro. Después, dejó la carcasa

superpuesta.

Henry abandonó el apartamento. Retornó al ascensor y descendió hasta la portería donde Miguel continuaba con sus cosas de portero.

—¿Encontró lo que buscaba? —inquirió Miguel.

—¿Vio salir a alguien con él alguna noche?

—No señor, las noches no hay nadie vigilando.

Henry pensó en preguntarle si sabía de sus problemas para dormir, pero también pensó que el portero, qué va a saber de lo que hacen los vecinos de puertas para adentro.

—Eso es todo, por cierto, he roto una puerta de la casa, mandaré a alguien arreglarla.

Miguel no dijo nada.

4

Ya en la calle, Henry extrajo un cigarro del paquete y se lo llevó a la boca, pero no lo encendió. Eran las ocho de la noche. Fue caminando por aquellas calles afligidas hasta el coche. Contactó por radio con el detective para decirle que tenían que verse en la cafetería de la 77 con Lake Street, en West Englewood. La zona era llamado el West Side. Cuando apareció, James todavía no estaba. Salió del coche y se apoyó con la espalda pegada en la pared de la cafetería. Lo estuvo esperando diez minutos. El cigarro continuaba apagado, con la boquilla húmeda por los labios de Henry. Cansado de tenerlo en la boca y no estar disfrutándolo, lo encendió. Momento en que apareció el detective.

—Llegas tarde, novato.

—Lo siento, sargento, me entretuve, no volverá a suceder. ¿Qué hacemos aquí sargento?

—Cenar.

Henry lanzó el medio cigarro al suelo y lo dejó consumiéndose en la acera de la 77. Pasaron adentro. El humo del tabaco y el de la parrilla los golpeó al instante. Con el olor pasaba igual, se mezclaban el tabaco con el olor a carne.

La camarera, aquella amable mujer de las piernas cansadas, saludó a Henry. Este hizo lo mismo levantando las cejas. La camarera se acercó a ellos.

—Pueden sentarse en aquella mesa —mencionó indicando.

—Gracias guapa —expresó Henry.

Se sentaron en la mesa junto a la ventana por la cual se podía observar Lake Street, una calle silenciosa, turbia. Una calle apagada. Había un hotel con las letras en neón rojo de las cuales, solo una emitía una luz parpadeante. La camarera volvió hasta ellos.

—¿Qué queréis tomar, chicos?

—Yo tomaré un bistec, con huevo y patatas, ya sabes cómo me gusta y de beber, un whisky —dijo Henry.

—¿Y tú, encanto?

—No tengo mucha hambre, tráigame una coca-cola.

—Nada de bebidas de niña novato, póngale una cerveza.

—Sabe que no bebo.

—La más floja que tengas, para las nenas.

—Tengo sin alcohol.

—Esa me vale —dijo James

La camarera anotó todo y siguió por las mesas preguntando si los clientes necesitaban algo.

—¿Por qué odias el alcohol? —preguntó Henry.

—No lo odio, solo que no me gusta lo que hace en el organismo.

La camarera trajo las bebidas, las apoyó en la mesa y volvió a marcharse.

—Y usted sargento, ¿siempre ha bebido?

Henry contempló la calle a través de la ventana. Una ráfaga de viento, suave y ligera, como la falda de una quinceañera en celo, se estaba llevando las hojas de los árboles caídas.

—No siempre.

—¿Entonces?

—Hay cosas que mejor no hablar.

—¿Es por su hija?

Henry enfureció, dio un fuerte golpe con la palma de la mano en la mesa. El líquido de los vasos se agitó, derramando un poco en el mantel. La gente que estaba a sus cosas dejó de hacerlo para fijar la mirada en la mesa de Henry.

—¿Quién te ha dicho eso!

—Eso no importa sargento, importa que soy su compañero, deberíamos confiar más el uno en el otro.

—No estamos aquí para contar las penas.

La camarera apareció con la comida.

—¿Qué te ha dicho el forense?

—Mañana se lo cuento, es tarde, tengo a mi chica sola y quiero estar con ella.

James se levantó y apoyó un billete encima de la mesa.

—Gracias por la cerveza, sargento.

Una cerveza que no había sido tocada.

James comenzó a caminar hasta la salida.

—Espera novato —dijo calmado.

James retrocedió hasta él.

—Toma, llévate esto.

Henry entregó el bote de pastillas y el disco duro.

— Encontré las pastillas en el cuarto de baño, que las analicen. Lleva el disco duro a los de informática.

—¿Algo más?

—No, déjame solo, como todos hacen.

—Es usted el que desea estar solo.

James se giró y le dio la espalda.

—¡No necesito a nadie, me oyes! ¡A nadie! —exclamó Henry con brusquedad.

Terminada la cena, obligó con un tono serio a la camarera traerle otro Jack Daniel's. Las palabras del detective le hicieron pensar y beber. Más beber que pensar.

Henry se apretó tres vasos de su buen e inseparable amigo Jack. Hacía una hora que James lo había abandonado. Se hallaba en sus lamentos de siempre, dando pequeños golpes con el puño en la mesa mientras derramaba lágrimas y vertía a su amigo por la garganta. La cafetería estaba recogiendo para echar el cierre. Mantuvieron dos luces encendidas y una enfocaba a Henry haciendo iluminar su silueta. Dejando oscuras nubes detrás de él.

Tras media botella ingerida y devorar cinco cigarrillos, quedó dormido con media cara encima de aquel mantel grasiento. La camarera, ya vestida de calle, con ganas de irse a su casa, ver a sus hijos y abrazarlos, lo espabiló moviéndolo con la mano.

Henry gruñó y continuó a lo suyo.

Volvió a zarandearlo y consiguió despertarlo. Tuvo un despertar agrio, cruzando unas acaloradas palabras con la camarera. La incansable mujer, quien ya conocía los vaivenes del sargento, no hizo caso. Solicitó a los camareros y al cocinero que lo echasen del local. Lo invitaron a irse elevándolo como se eleva un globo de helio para a continuación, dejarlo sentado en la acera.

Tras un rato sentado con la espalda encorvada y mirando el asfalto, se puso de pie y

anduvo por la calle 77. Vagaba dando tumbos, intentado mantener el equilibrio, golpeando su borracho cuerpo contra la pared o agarrándose de farola en farola. No se escuchaba nada en aquella calle inquieta. Tan solo se escuchaba los pensamientos de Henry sumergidos en su amigo Jack.

A su vez que se tambaleaba, entre sollozos, se acordó de su pequeña. Un grito se escuchó para perderse en la lejanía.

—¡¡¡Stacy!!! ¡¡¡Por qué!!!

Seguido, vociferó el nombre de su mujer.

—¡¡¡Por qué me abandonasteis!!!

Se arrodillo, levantó los brazos y arremetió contra el asfalto. Alzó las manos y las colocó en su cara. Sus ojos comenzaron a derramar lágrimas. Después, miró al cielo azabache, sin estrellas, con una luna vieja y entristecida por ver de esa manera a Henry. Los dos se quedaron mirando. La luna intentó con todas sus fuerzas otorgarle una luz en su sombrío camino sin embargo, él necesitaba otra luz que ella no podía entregarle. En seguida volvió a mirar al suelo.

Un coche se acercaba en su dirección. Se escuchaba rap a todo volumen y unas voces de hombres y mujeres, gritando y cantando. Al pasar por el lado de Henry, detuvieron el coche. La voz del pasajero de detrás del piloto, se escuchó.

—¡Borracho, vete a tu casa!

A continuación, sacó el brazo por la ventanilla y lo empujó con fuerza, echando a Henry al asfalto, quedando tumbado boca arriba. Las risas de los chicos se hicieron notar. El piloto, un negro con un pañuelo en la cabeza, bajó su ventanilla y lo escupió para seguido, pisar el acelerador, girar en la 22 y desvanecerse.

La luna fue silenciada por las nubes.

Empezó a llover.

Se incorporó entre sollozos y lamentos. Divisó una figura que se acercaba. Henry no pudo deducir de quién se trataba, solo apreció una cara oscura y unos dientes blancos que lo sonreía. Quedó atónito. Aquella figura de la noche se acercó más hasta pararse ante él. Henry pudo escuchar la respiración; era delicada, tranquila, dulce. El olor que desprendía aquella misteriosa figura dejó a Henry horrorizado. Sabía muy bien de quién era ese aroma.

La luz de una farola lo dejó ver.

—Hola papi...

El corazón de Henry dio un vuelco, comenzó a palpar con vigor.

—¡¡¡No puede ser...!!!

—Hola papi —volvió a decir.

—Ho...Hola pequeña...

—Te echo de menos, papá.

Henry rompió en llanto. Su alma se estaba desgarrando, descomponiendo en mil pedazos. Se llevó las manos a la cara y se tapó.

La figura posó sus frías manos en las de Henry. Con lentitud, las quitó.

—No llores papá.

Henry no pudo reprimirse.

—Quiero estar contigo... —dijo la niña.

—Pronto estaremos juntos, lo prometo.

—Te quiero papá.

—Y yo a ti.

—¿Quieres jugar conmigo?

La niña le entregó un osito de peluche. Era de color marrón, con una corbata a rallas rojo y blanca y sin un ojo en la cara. Henry lo sostuvo y lo observó para después, estrujarlo entre sus brazos.

—Es tu favorito —mencionó Henry.

—Tú me lo regalaste, ¿recuerdas?

—Como no recordarlo..., no hay día que no piense en ti.

La niña se abalanzó y lo abrazó. Henry estrechó sus mejillas contra las de su hija a su vez que acariciaba la hermosa cabellera de Stacy. Las gotas de lluvia que los empapaba, cambió a pétalos de rosa color negro. Se deslizaban entre sus caras, manos y piel, para después quedarse posados con suavidad como se posa un pajarillo en una débil rama.

Fueron cinco minutos en los que Henry, sintió el calor de un abrazo que tanto necesitaba hasta que, de pronto, una voz grave salió de la nada.

Los pétalos que los envolvían se marchitaron hasta convertirse en ceniza.

—¡Quita tus sucias manos de mí uniforme, borracho!

Henry abrió los ojos. Observó que, a quién estaba abrazando, era un agente de policía de mediana edad con una cicatriz en la mejilla. Circulaban con su compañero, un tipo joven en el coche patrulla por el cruce de la 77 con Osman Avenue. Al verlo en aquel estado, detuvieron el coche, dieron marcha atrás y giraron para entrar en la calle.

Los agentes hablaron a Henry con esa actitud chulesca, otorgada por el departamento de policía de Chicago. Era la misma que tenía Henry con los sospechosos.

Continuaba en un estado hipnótico. No quería que aquellas imágenes con su pequeña se desvaneciesen. Se abalanzó para abrazar a su supuesta hija. El agente retrocedió, puso la mano derecha en el pecho de Henry y la izquierda, en la porra.

—Pequeña, quiero ir contigo —balbuceó Henry.

—Este que dice... —pronunció el de la cicatriz a su compañero—. ¿Con quién quieres ir, borracho?

Pequeña...pequeña ...

—Seguro que habla de su polla.

Ambos rieron.

—Nos estamos mojando —dijo el joven— ¿Qué hacemos con él?

—Lo que hacemos con los borrachos en esta bendita ciudad.

Lo metieron en el coche de un empujón, algo que no fue difícil debido al estado en que se hallaba. Un toque bastó y la inercia hizo el resto. Salieron de la 77 y volvieron a coger la avenida Osman. La avenida se hallaba algo transitada con chicos buscando algún lugar para beber, pandilleros trapicheando y algunas prostitutas semidesnudas, esperando que algún coche se acercara a ellas y enseñarles el porqué deberían pagarlas a ellas y no a otras. Dejaron atrás la avenida y agarraron la calle 22.

Esa calle tenía uno de los callejones más oscuros de la ciudad. Estaba al lado del restaurante italoamericano llamado, *Giordano's*, donde la especialidad era un delicioso sándwich de carne de ternera desmenuzada, pimientos dulces y cebolla en un pan italiano, pero lo mejor era que podías mojarlo en los juegos de la sartén que servían con el sándwich. Todo gratinado. Hacía media hora que habían dejado de servir mesas y echado el cierre. No había ni un alma en los alrededores.

El callejón oscuro como amargo para Henry, había presenciado asesinatos, robos y violaciones entre cubos de basura, comida esparcida, ratas y cucarachas. Fue en aquellos cubos y aquella comida esparcida en donde lo arrojaron.

—¿Has cenado? —preguntó el de la cicatriz—. Seguro que no, tranquilo, yo te doy de cenar.

Se agachó y recogió un trozo de lechuga de alguna ensalada mal comida. Los insectos subían y bajan por la hoja. La mierda de rata marcaba el camino.

—Mira que manjar, mmm..., delicioso, ¿no crees?

Se hallaba sentado, con la espalda apoyada en la pared, las piernas estiradas y abiertas. Los brazos los apoyaba en las rodillas y la cabeza la mantenía ladeada. Su boca seguía balbuceando palabras sin sentido.

—Abre la boca...

El agente estiró la mano, abrió las fauces de Henry e introdujo esa hoja de lechuga. La costumbre de Henry por comer hizo que lo masticara. Sin embargo, no era estúpido. No había llegado a sargento (podía haber sido algo más) por comer hojas de lechuga infestadas. Lo escupió dando al agente en la cara.

Este le arreó una bofetada.

Henry la encajó con elegancia.

—Voy a tener que darte una lección. Primera...

El agente comenzó a patearlo.

—Ahora viene la segunda.

Continuó dándole patadas.

—Y por último pero no menos importante...

—Espera —interrumpió el joven —déjalo ya. Creo que ha tenido suficiente.

—Yo diré cuando tiene suficiente.

Le golpeó una última vez.

—Ahora puedes cachearle.

Comenzó a registrarlo, encontrando la pistola en la espalda. Henry intentó ponerse de pie ayudado por la pared. Los dolores, los pensamientos y alcohol, no se lo pusieron fácil.

—¿Qué haces con esto, desgraciado? ¿Vas a matar palomas?

No contestó. Metió la mano derecha como pudo en su bolsillo y la cartera cayó al suelo. El agente lo recogió, no con la intención de saber quién era, eso le daba igual, su propósito era llevarse el verde. Al abrir la cartera, un brillo le cegó, contemplando el mismo poder que ellos manejaban.

Quedaron pasmados.

—Es policía... Henry Dupont, sargento Henry Dupont.

—¿Has dicho Dupont? —preguntó el de la cicatriz.

—Sí, ¿lo conoces?

—De oídas, es conocido entre policías y criminales por sus métodos.

—¿Qué hacemos? —preguntó el joven.

—Nuestro trabajo.

—¿Al río?

—No digas estupideces, con este nos buscaríamos la ruina. Lo dejaremos en la puerta de su casa y que sea problema de otro. Coge el dinero y al coche.

—Solo le queda un dólar.

—Lo habrá gastado todo en bebida. Guarda lo que tenga.

Lo llevaron hasta su casa. Entre los dos lo subieron. Henry iba adormilado. Lo apoyaron en la puerta de su casa, momento en que Henry quedó dormido.

—Dulces sueños, sargento Dupont.

5

La vecina de la puerta de al lado, una mujer mayor, una busca fortunas entrada en carnes con un peinado abultado y apestando a colonia de supermercado, lo despertó de una patada. Henry abrió los ojos. La boca la tenía pastosa, se hallaba mareado, confuso, aturdido. La cabeza le retumbaba como el *somier* de una fulana barata. Tenía el torso inclinado hacia un lado.

—No le da vergüenza, las once de la mañana y usted tirado, asco de policía, son todos iguales. ¡Borracho, qué es usted un borracho!

—Señora, ¿no tiene usted algún jovencito que pagar e irse con él? Déjeme en paz, quiero dormir.

—Es usted un grosero.

—Cambie de colonia, apesta a meado de gato.

—Daré parte a su superior.

—De parte a quien quiera. Ahora métase en su casa si no quiere que le dé con la pistola.

La señora se metió en su casa. Ya había tenido algún que otro encontronazo con ella, sobre todo en las escaleras. Se levantó ayudado por el pomo de la puerta. Anduvo arrastrando unas piernas débiles hasta el espejo del pasillo. El reflejo le devolvió un rostro fantasmal, una cara en declive. Jadeando como quien busca con desesperación agua en un desierto, apareció el detective por las escaleras. Lo había estado llamando y al no obtener contestación y movido por la culpabilidad de haberlo abandonado a su suerte, fue a buscarlo. Mientras estuvo deambulando, otro crimen se había perpetrado.

James apreció aquella cara desmejorada. La sangre de las heridas, la roña y la peste a basura que desprendía, dejó al detective sin aliento.

—Sargento —dijo con una voz temblorosa— ¿Qué le ha pasado?

—Qué haces aquí...

—Se ha cometido otro crimen.

Volvió a mirarse en el espejo, quedando el pasillo en completo silencio.

—Sargento...

—Vamos a ver el cadáver.

—Con todos mis respetos, no está en condiciones de ir.

—¡Eh! —exclamó Henry mirándolo—. Yo sabré si estoy o no en condiciones de ir.

—Por lo menos dese una ducha, huele un poco fuerte.

Henry metió la nariz en su ropa y respiró.

—Huelo bien, andando.

Ambos se montaron en el coche. James se puso en el asiento del piloto y Henry a su lado, callado y con la mirada fija puesta en la nada. Se podía cortar la tensión con un cuchillo.

—Sargento, ¿se encuentra bien?

Henry se mantuvo en silencio, giró la cabeza y miró por la ventanilla para centrar su cansada mirada en el duro asfalto.

—¿No quiere saber lo que me dijo el forense?

—Habla —mencionó Henry sin quitar la mirada del asfalto.

—Las huellas del coche pertenecen a un jeep Wrangler. Los cabellos que encontré en casa de Berta coinciden con los hallados en el cuerpo de Patrick, son de una peluca¿ Qué le parece?

—Que hablas demasiado, conduce.

Los despojos aparecieron en un parque del barrio llamado Bucktown, en Logan Square, al norte de la ciudad. En el lugar esperaba el capitán, siendo su tercera vez que levantaba el culo del despacho y que no fuera para ir de copas con el superintendente o jugar al golf con el alcalde. La prensa había estado forzándolo; no dejaban de mear en su tiesto con preguntas acerca de los crímenes. El capitán, al no saber qué contestar y como Henry no aportaba mucha información, no le quedó más remedio que personarse el mismo.

El día se había levantado magnífico, algo que era de agradecer. Los rallos del sol atravesaban las ligeras nubes y se centraban en el cadáver. Se hallaba tumbado boca arriba, los ojos abiertos, desnudo pero con sus dos calcetines, su miembro cerciorado y metido en la boca. También los números 3-5 en el pecho. El capitán observó a su muchacho sin dar importancia a como se hallaba. Estaba al tanto de los escarceos de su sargento, le daba igual mientras que viniera con vida. Con un siempre y apagado timbre de voz, se dirigió a él.

—Vaya pintas traes... ¿Qué te ha pasado?

—La miseria se apoderó de mí, pero ya estoy bien. Voy a ver a Arthur.

Henry caminó hasta el forense con la mirada del capitán a su espalda. El detective estaba hablando con los agentes que vigilaban el parque, fueron ellos quienes hallaron el cadáver.

—¿Qué tenemos?

—David Ross, treinta años, asfixiado con el calcetín de Patrick Landrau. Antes de que lo preguntes, murió entre las 23:00 y las 24:00.

—¿No vieron nada los de seguridad?

—Ni idea, mira, por ahí viene tu novato, que te cuente él.

El detective entró en la conversación.

—Dime qué tienes algo, novato.

—Los de seguridad no vieron nada. Estaban ocupados escuchando el partido en la radio.

—¿Cuál?

—Los Lakers contra Orlando.

—Buen partido y me lo perdí, ¿quién ganó?

James lo miró con indiferencia.

—Solo vieron a una pareja pero no le dieron importancia.

—Deberían habérselo dado y quizás, este hombre seguiría vivo. Arthur, cuéntame algo más de la víctima.

—Traía este maletín. Solo hay informes de su trabajo en una oficina. En los bolsillos tenía un vale para una copa en el pub *Jose's*. Hemos comprobado la dirección, está a dos calles de su oficina.

—Saldría de trabajar, tendría un mal día y se fue a tomar algo, lo más seguro que en soledad. Puede que allí conociera a su asesina. ¿Tuvieron relaciones?

—Sí.

—¡Arthur! —exclamó Stevenson—. Venga, tengo algo.

Los tres se acercaron hasta el cadáver.

—¿Qué tienes, compañero?

—He encontrado tejido de piel debajo de las uñas y un poco de pelo en la ropa.

—Perfecto, guárdalo en la bolsita y lo analizaremos. Buen trabajo.

—Yo me voy. Cualquier novedad, me avisan —espetó el capitán.

El capitán se marchó.

Henry quedó pensativo.

—Novato...

—Diga sargento

—¿Cómo se llama la chica que no tenía coartada?

—Lany, ¿por qué lo pregunta?

—Vamos a ir a verla.

—¿Por qué?

—Hay muchas pistas que nos conducen hasta ella, la marca de las ruedas, la descripción del encargado y me jugaría una botella a que ese pelo y ese tejido encontrado es suyo.

—Es verdad.

—Vayamos a preguntarla, quizás si la metemos presión, podamos hacer que decaiga.

—Podríamos pasarnos antes por el bar, a lo mejor le vieron con ella —alegó James.

—De momento vamos a ir a ver a Lany, si no sacamos nada en claro, iremos al bar.

Antes de montarse, Henry pidió a su agente de confianza que se acercara con un dibujante a la dirección de Albert Fish, hablara con el portero y le diera una descripción detallada de Andrew Makerman.

—Dile que vas de parte de Henry Dupont.

—Me pongo a ello.

—Espera, una cosa más, tienes que arreglar una puerta del apartamento de Albert. No preguntes.

El agente asintió y se puso a trabajar en ello.

—Novato, nos vamos a ver a la chica.

CAPÍTULO 3

La nieve había comenzado a dejarse ver. Los finos copos caían como los cristales de una ventana rota. Tras conducir quince minutos, llegaron a casa de Lany. Llamaron dando unos golpes y esperaron, mientras Henry, se echó un cigarrillo. Se mantuvieron quietos hasta que Henry acabó el pitillo. Una vez acabado, nadie abrió. No se escucharon pasos acercándose, ni una voz que les dijera que ahora abriría. La calle como la casa, se mantenía en misterio. Tan solo varios vecinos miraban a los dos con ojos penetrantes, esperando a ver qué hacían sargento y detective.

Henry se asomó a través de la cristalera. Las luces estaban apagadas.

—No hay nadie, novato.

—Quizás sabe que vamos detrás de ella y se ha fugado.

—Es una opción.

El detective giró la cabeza y contempló, en distinta posición, el coche de Lany.

—Sargento, ahí está su coche. ¡Venga, corra!

—Tranquilo novato, qué prisa tienes, el coche no se va a mover de su sitio.

Anduvieron hasta el coche. Tal y como había dicho Arthur, la marca y el modelo correspondían a un *jeep* Wrangler. La nieve seguía cayendo en finos copos pero sin interrupción, dejando aquel terreno seco e inerte que tenía por jardín, en un precioso paisaje blanco. La nieve también se había asentado en el todoterreno. En el capó comenzaba a originarse una capa de escarcha. En el techo, hacía varios minutos que la nieve había hecho su hogar en él. Lo examinaron uno por cada lado. El interior no parecía estar mal. No se observaba suciedad, los asientos estaban un poco desgastados pero manteniendo el color. Todo estaba ordenado; revistas en la guantera de la puerta del copiloto, un plano de la ciudad de Chicago en la puerta del piloto, una caja de pañuelos de papel en el salpicadero y un ambientador de limón, colgaba del espejo retrovisor interior.

Los asientos traseros, estaban cubiertos por una manta de cuadros horrible, parecía hecho por la aguja e hilo de una abuelita que hace bufandas para su nieto o para el gato. Adornando un poco la manta, había varios peluches, una jirafa, una galleta de jengibre navideña con unos ojos blancos saltones y una boca pequeña. Vestía un trajecito con chaleco.

El exterior se hallaba en buenas condiciones. No había señal de golpe ni de sangre, solo arañazos que Henry achacó a los arbustos con pinchos en donde estaba aparcado. Tocó el turno de las ruedas. La parte inferior estaba recubierta de nieve pero la parte superior, todavía tenía tierra incrustada en el dibujo.

—Vamos por partes —dijo Henry—. ¿Tienes una bolsa de pruebas?

—Sí, nunca salgo de la comisaría sin ellas.

—Buen chico, dame una.

James le entregó una bolsa pequeña.

—Déjame el bolígrafo.

—Aquí tienes.

Henry se agachó, se puso en cuclillas y con la ayuda del bolígrafo, fue despojando la tierra del dibujo. La nieve y las bajas temperaturas jugaron a su favor. La tierra estaba fría,

compacta, parecía una pastilla de caldo de pollo. Algo bueno para Henry debido a que pudo echar más tierra en la bolsa, si no acabaría esparcida por todo el suelo.

—Esto ya está.

Cerró la bolsa.

—Hay que comprobar si la tierra pertenece al parque, sin coincide, podemos situar junto con el dibujo de las huellas, el coche en el lugar del crimen.

James se alegró.

—¿Piensas qué sospecha algo? —inquirió James.

—¿Por qué debería hacerlo? No sabe que vamos tras ella.

—¿Damos orden de busca y captura?

—No, si hacemos eso o vigilamos su casa, se puede poner nerviosa. ¿Qué hora tenemos?

—Las seis y media.

—Será mejor venir esta noche.

—¿Esta noche? ¿Por qué?

—Porque ahora no está, supongo que vendrá a dormir a casa.

James quedó callado.

—Antes de irnos, quiero hacer una cosa.

Retornó a la puerta de la casa. Henry se aproximó, volvió a ponerse en cuclillas y se arrancó un pelo. Chupó sus dedos como si se tratara de uno de esos coñitos con los que juega y pasó las yemas mojadas por todo el pelo. Seguido, lo situó entre la puerta y el cerco.

—Bien, ya nos podemos ir.

—Ves a la comisaría e indaga un poco. Voy a solucionar unas cosas.

—¿Adónde va? ¿No irá a beber?

—Novato...

—Perdón, no quería inmiscuirme solo que, no lo quiero dejar...

—Tranquilo, tengo que ver a una persona, nada más. Me llevo el coche, tú vete en taxi y que lo apunten en administración. Quedamos aquí sobre la media noche.

Se alejaron como en sus vidas, en direcciones distintas. Henry arrancó y puso destino al sur. El detective se alejó con las manos en los bolsillos, los hombros encogidos y un paso ligero hasta la avenida principal, donde un taxi lo llevó hasta la comisaría.

1

Condujo hasta el suburbio de Englewood, su barrio. La calle a la cual se dirigía era Morgan Street, una calle larga que terminaba en la parroquia del padre Ángel, gran amigo de Henry y custodio de su persona cuando vagaba por las noches. La calle era totalitaria de los pandilleros. Los que predominaban eran los *Gansters Discipules*, formada por afroamericanos. Surgió en los años sesenta y fue fundada por Larry Hoover, al soñar con apoderarse del barrio cuando era un niño. Lo consiguió hasta que fue detenido y condenado a seis cadenas perpetuas en la prisión de Florence, Colorado.

Una noche, un traficante de drogas de diecinueve años llamado William <<Pooky>> Young, fue secuestrado y luego asesinado con frialdad a tiros en un callejón cerca de la 68, en Englewood. Hoover ordenó su ejecución después de que su nombre fuera marcado como una de las personas acusadas de robar drogas y dinero de la pandilla, cinco días antes.

Bajo el gobierno de Hoover, la pandilla se hizo cargo del tráfico de drogas del lado sur hasta que se extendió por todos el país, creciendo la montaña de dinero y a su vez los adeptos, deseosos de trabajar con quién ellos solían llamar: El nuevo líder de los negros.

Era fácil reconocer a un miembro de la pandilla. Vestían de negro y rojo, con el emblema visible en cualquier zona, sobre todo en la ropa y en tatuajes. El emblema consistía en la estrella de David. En los huecos de las puntas superiores tenía lo que parecía ser una especie de dagas. En los huecos de las puntas del lateral derecho, la letra D y en el izquierdo, la G. En el centro de la estrella, la numeración 360.

Henry observó desde la ventanilla del coche a unos niños jugando al baloncesto. Era una cancha sin canastas; lo único que quedaba era la barra que sujetaba el tablero y el aro. Los chicos habían creado una canasta improvisada con el cesto de la ropa sucia. Se los veía felices. Eran cuatro chicos de catorce años jugando un dos contra dos. Uno de ellos vestía con pantalones largos de chándal por debajo de la cintura, dejando al aire los calzoncillos. Los cuatro llevaban bonitos peinados; uno largo con trenzas, otro unos caracoles, un pelo corto y el otro rapado.

Los niños se —rompieron el cuello— mirando pasar a Henry con el coche. Los blancos no entran en Morgan Street, esa calle era exclusiva de los negros. Si quería entrar un poli, que fuera negro, aunque estos últimos no veían muy bien que un hermano de color se hubiera vendido a los cerdos. Que entre un blanco es sinónimo de estar buscando guerra.

Varios vecinos estaban fueran de sus casa. Fumaban cigarrillos de marihuana mientras la canción *Fuck de Police* del grupo NWA, salida de los altavoces del maletero de un coche, metía ritmo en sus cuerpos. Dos vecinos, dos hombres que parecían armarios empotrados y con una nutrición a base de arroz y pollo, pararon el coche de Henry. Uno se ataviaba con unos pantalones pirata color negro, con cuatro estrellas en el muslo derecho; dos blancas y dos rojas y en el torso, una camiseta de tirantes blancas. El otro portaba una *beisbolera* blanca con rayas azules con el emblema de los New York Yanquis. Cubriendo las piernas, unos pantalones de chándal Nike.

Henry bajó la ventanilla y expulsó el humo en la cara al de los tirantes, volviéndola del color de su camiseta. Este movió la mano por su cara para disipar el humo.

—¿Adónde vas, vejestorio?

—¿A quién llamas tú vejestorio? ¿Te parezco viejo?

—En este sitio no eres bienvenido, da marcha atrás o te partiremos las piernas.

—Tengo invitación especial —dijo Henry con un tono calmado.

—¿Tú qué vas a tener, vejestorio?

—Claro, mira aquí abajo.

Henry mostró la *glock*.

El de tirantes retrocedió.

—Esta es mi invitación, cortesía del departamento de policía. Si quieres, puedes bailar con ella pero no creo que te deje. Suele ser muy cariñosa, mira, si la acaricias te manda un besito. Accionó el gatillo, el percutor hizo su recorrido pero no lanzó el beso.

—Espera un momento, me olvidé de quitarle el seguro.

Lo quitó.

El de tirantes volvió a retroceder.

—Guarda eso, no queremos problemas con un loco desquiciado.

—¿Ya no soy un vejestorio?, ¿eh? Ahora soy el que apunta a tus huevos de negrata. Aparta o me pondré nervioso, si me altero, ella reacciona. Si reacciona, tú mueres.

—¿Vienes a detener a alguien, poli?

—No creo que te importe, aparta.

Los hombres se apartaron, ninguno quería bailar con la *glock*, pese a que a ella, no le hubiera importado. Las balas se asfixiaban dentro del cargador; necesitaban tomar oxígeno en el pecho de alguien.

—La próxima vez, cuidado a quién llamas vejestorio.

Henry siguió su camino.

A escasos quinientos metros se hallaba la casa. Henry no encontró aparcamiento. Tuvo que dejarlo en la calle colindante a Morgan Street, igual de peligrosa. Aparcó de lado y con las ruedas subidas en el bordillo, tapando una boca de incendios. Al bajar, encendió otro cigarro, el cual le duró desde el camino del coche a su destino.

La casa era de un piso con una buhardilla. La madera, de un tono azul cielo, estaba podrida. Había cinco escalones que conducían a un tablón anclado donde debería de estar la puerta principal. La ventana de la fachada y el ventanuco de la buhardilla, también tenía tablones clavados. Nadie veía lo que se fraguaba en el interior.

Accedió por la parte de atrás, la única entrada a la casa. La puerta de la valla que rodeaba la casa, estaba suelta de un lado. Su único sustento era una bisagra oxidada. Había un jardín con plantas de marihuana, una manguera, una mesa con productos encima para el cuidado, sacos de tierra, macetas y palas para cavar. Junto a la puerta de hierro de la entrada, estaba la caseta del perro con su nombre arriba en un letrero: Bowie.

Llamó un par de veces.

—¿Quién es? —dijo una voz aguda.

—Soy yo.

El cerrojo se escuchó deslizar, al igual que la cadena. Henry sacó el arma y nada más abrirse la puerta, lo encañonó en la frente.

—Si te mueves, te dejo frito.

El chico, un negro que no llegaba a los treinta con el pelo rapado y mostrando un diente de oro, no supo qué hacer ante la intimidación por la *glock* de Henry. Lo sujetó por el brazo y lo hizo girar en sí mismo para apuntarlo por la espalda. A continuación, lo hizo caminar al interior

como un pirata hace andar a un marinero por la tabla. El salón tenía dos sofás colocados uno frente al otro y en el centro una mesa redonda más altas que los sofás. Dos cabezas se asomaron, una de ellas era la de Flaco Navaja.

Henry lo tiró al sofá de un empujón, dándose en el costado con el canto de la mesa. Levantó el arma y apuntó a los tres. Un olor a alegría envolvía el salón. Junto con el color crema de las paredes, otorgaba un ambiente relajante, de paz y gloria. Ambiente truncado por Henry.

El tipo de al lado de Flaco, otro que no rozaba los treinta, con una visera de póquer ladeada en la cabeza y con una camiseta blanca y encima una chaleco, se levantó de golpe e hizo ademán de coger la recortada de encima de la mesa.

—Ni se te ocurra negrata, las manos donde pueda verlas.

Alzaron las manos menos Flaco, quien ni se inmutó. Se hallaba viendo la televisión, el programa de comedia llamado *Saturday Nigh Live* .

—Mira, ahora sale Eddy. Me troncho con este tío —alegó Flaco.

—Tú, negrata —dijo en referencia a Flaco—. ¿No me has oído? Estáis detenidos.

—Tú no detendrías ni a la rata que vive con nosotros, blanquito.

Henry avanzó hasta él.

Flaco se levantó.

—Aquí la única rata que hay eres tú, negrata.

Ambos comenzaron a reírse.

Enfundó el arma, esbozó una sonrisa y se fundieron en un largo y cálido abrazo. Los otros bajaron las manos.

—¡Eh! ¿Dije yo qué las bajaran? Esas manos en alto.

Volvieron a levantar raudos las manos.

—No te metas con mis chicos —mencionó Flaco—. No hagáis caso a este blanco, bajarlas.

—Me alegro de verte, Dwight.

—Yo también a ti, Henry. Pero por favor amigo mío, siéntate. Dejar hueco a Henry. Se sentó a su lado. En la televisión se oía contar chistes a Eddy.

2

Dwight Johnson era un expolicía de la veintidós. Un par de años mayor que Henry, se había criado con él en las calles pero no fue hasta el instituto, cuando forjaron una buena amistad, ingresando más tarde a la vez en la academia. Un día, Dwight y su compañero acudieron a una llamada en la que una pareja, discutía en su domicilio. Su compañero se mantuvo fuera esperando y él entró. La furia de la mujer hizo que el salón fuese un caos. Todo se hallaba desparramado por el suelo; los libros, la vajilla de la suegra, figuras rotas y un marido, entrado en pánico. Las aguas se calmaron y la sangre no llegó al río cuando Dwight puso orden. El marido explicó lo sucedido debido a que la mujer, estaba algo histérica. Pensaba que el marido tenía un amante, algo que el marido negó varias veces con rotundidad. El problema era que la mujer estaba enferma de la cabeza y en tratamiento psiquiátrico, pudiendo corroborarlo con varios informes. La mujer presentaba heridas en los brazos por defensa del marido y este, arañazos en el cuello.

—¿Quiere denunciarlo? —dijo al marido.

—No, agente. Se ha tomado la medicación, cuando haga efecto, estará mejor. Después, curaré sus heridas y las mías.

—¿Suele ocurrir a menudo?

—Por desgracia, sí.

—De acuerdo, si vuelve a ocurrir, no dude en llamarnos. Me marchó, buenas tardes.

Al día siguiente, el capitán lo citó a su despacho. La mujer había presentado una denuncia por acoso sexual. En el interior, se hallaban el capitán, serio y algo decepcionado y un hombre de asuntos internos, deseoso de saltar como una víbora para morder a su presa, inyectar su veneno, partir cada hueso de su cuerpo y engullirlo.

—Siéntate, Dwight.

—¿Ocurre algo capitán, qué hace aquí este?

—Ayer acudiste a una llamada. La mujer te ha denunciado por acoso sexual.

—El juez la ha tramitado, estás fuera —interrumpió sonriente el de asuntos internos.

—¿Te hace gracia, no? —dijo Dwight poniéndose en pie.

—Siéntate —pronunció el capitán—. Temo decirte que tienes que darme la placa y la pistola.

—¿Y el marido, no ha dicho nada? Me presentó unos informes del psiquiátrico. Esa mujer está loca.

—Dice lo mismo que tú, pero no se puede hacer nada, ahora está en manos del juez.

—¿Vale más la palabra de una enferma que la de su marido y la de un policía?

—Parece ser.

—Sabe qué, puede metérsela por el culo. Renuncio.

Dwight lanzó la placa al pecho del hombre de asuntos internos.

Dos días después, la mujer, movida por la culpa, confesó la verdad. Sin embargo, ya fue demasiado tarde. Dwight había muerto para dejar paso a Flaco Navaja. Pasó de ser un gran poli, a repartir paquetes que daban felicidad y armonía a la gente.

3

—¿Cómo te trata la vida, Dwight?

—No me quejo, ¿y tú?, ¿sigues por el vertedero?

—No queda otra.

—Deberías montártelo por tu cuenta, poner una agencia de investigación.

—¿Y ser tú mi ayudante?

—Ja, Ja, ja, puede ser... He oído que tienes un nuevo novato, ¿qué tal se porta?

—Todavía está verde pero es buen chico. Ahora estamos con un caso que nos tiene intrigado.

—¿Así, cuál es? Cuéntame hermano. Tú, negrata —dijo a uno de los amigos—. Trae un par de cervezas, de las buenas no de las baratas. Esta ocasión lo exige. ¿O prefieres un ron?

—Con la cerveza está bien, gracias.

Dwight ofreció a Henry un canuto de hierba. Este lo agarró y dio unas caladas. Después, comenzó a toser. Su pulmón pedía a gritos salir por la boca.

—Joder, esta mierda es buena.

—Es de mi plantación privada.

Henry dio otra calada. Los pulmones empezaron a hacerse.

—El caso trata sobre una asesina en serie, parece que quiere cargarse a todos los gordos de la ciudad.

—La que mata gordos, he escuchado el caso en las noticias. ¿Tienes sospechosa?

—Sí. Hemos estado hoy en su casa pero no estaba. Tenemos unas cuantas pruebas que la involucran.

Henry comenzaba a sentir los efectos del canuto. El amigo trajo las cervezas.

—Brindemos —dijo Dwight—. Por la veintidós, esos asquerosos que me dejaron en la estacada.

Henry no dijo nada. Su cara se estaba escurriendo y los ojos, inyectados en sangre.

Después de hablar de crímenes, de los viejos tiempo y tomar un par de cervezas más, Dwight se puso serio.

—Supongo que no habrás venido solo para hablar y beber cervezas.

—¿Tienes lo que te pedí?

Dwight se levantó y pasó entre las piernas de Henry. Anduvo hasta un mueble pequeño colgado en la pared. Lo abrió y cogió una carpeta. A continuación, lo soltó en la mesa.

—Me ha costado un poco conseguirlo pero aquí lo tienes. Espero que te ayude.

—Gracias. Sabes que no puedo confiar en los de la comisaría, en quienes confío, no quiero que estén involucrados y mucho menos dejas rastro en los ordenadores.

Henry guardó la carpeta con él.

—¿No lo abres?

—De momento, no.

—¿Qué vas hacer cuando lo encuentres?

—Venganza.

—¿Piensas que es la mejor solución?

—No, pero no hay otra.

—Cuenta conmigo para lo que necesites —añadió—. ¿Quieres otra cerveza? Podemos ver la película que sigue al programa.

—He quedado con el novato, tenemos que volver a donde la sospechosa.

—El trabajo de poli nunca duerme.

Henry abrió su cartera.

—Toma, cincuenta pavos.

—Me insultas hermano, no lo hago por dinero.

—Lo sé, pero quiero que le compres algo a tu hijo de mi parte, por cierto, ¿dónde está ese pequeño diablo?

—En casa, con la madre, la abuela y el perro.

—Dale recuerdos. Me marchó.

—Espera un momento.

Dwight encaminó hasta la cocina, cogió una botella y regresó.

—Sé que te gusta el whisky, este es bueno, quince años. Me lo regaló un cliente pero nosotros no lo bebemos.

Henry se aferró a la botella como un niño a un caramelo.

—Esta morena es buena, gracias Dwight.

—Espero verte pronto.

—Yo también lo espero.

Se fundieron en otro abrazo largo y cálido. Henry salió de la casa. En la calle, los niños se habían marchado al igual que los gorilas que pararon su coche. Tampoco estaban los vecinos fumando sus canutos. El ritmo del rap había cambiado por maullidos de gatos. Anduvo hasta el coche bajo los chillidos de los mininos. Al llegar, sacó la llave, la metió en la cerradura y cuando estaba a punto de girar la llave, alguien lo golpeó en la espalda. Se desplomó al suelo junto a la botella. Esta se partió en pedazos, el elixir del olvido, la fuerza vital de Henry navegó como un barco de papel hasta la alcantarilla. Quince años se perdieron entre aguas fecales.

Henry perdió el conocimiento entre cristales rotos.

4

El perro de una vecina, uno pequeño y gracioso, con una cara arrugada, lo espabiló a lametones. Henry abrió un ojo y observó al bulldog chupando su mejilla.

La vecina se acercó a Henry.

—¿Está usted bien?

—Creo que sí... —dijo confundido.

—Debería de irse antes de que le ocurra algo, no debería andar por aquí a estas horas.

—¿Qué hora es?

—Más de la una.

Una voz se escuchó venir de una casa.

—¡Dolores! ¡Dolores!

Henry ladeó la cabeza. Observó a un hombre corpulento, lleno de tatuajes, en ropa interior y con cara de estar bastante enfadado.

—¡Dolores! ¡Entra en casa o voy por ti!

—Debería de irse señora, antes de que venga su marido y nos dé de hostias a los dos.

Ató al perro de cara arrugada con la cadena y caminó con velocidad hasta su casa.

—¿Qué coño haces con ese blanco de mierda?

Se oyó con debilidad.

Henry se puso de pie. Se hallaba magullado, el hombro le dolía como si miles de cuchillas perforaban la carne y la cabeza le iba a explotar.

Estas no eran las resacas que le encantaba. Observó el suelo. Su querida morena de quince años, había perdido la vida. Abrió el coche y rebuscó entre los asientos. Debajo de los delanteros había pañuelos manchados, condones usados y colillas apagadas. Encontró una botella y la sacó. Ni una gota quedaba, lo único que podía hacer era chupar del cuello.

<<No tengo suerte>> dijo a sí mismo.

Había trascurrido varias horas desde que dejó a Flaco Navaja viendo la televisión. Avisó por radio a la central.

—Bobby... Bobby... —dijo con voz entrecortada.

—Sargento, ¿es usted?

—Sí, necesito que llames a James.

—¿Está bien?

—No, la morena ha muerto...

Un silencio se hizo durante varios segundos.

—Espere, voy a localizarlo.

Henry descansó en el respaldo del coche. El hombro fue perdiendo el dolor, pero aún persistía la molestia.

—Sargento, le tengo localizado. Lo paso.

—Novato...

—Sargento, ¿qué pasa? Lo estuve esperando un buen rato.

—Necesito que vengas por mí.

—¿Dónde te encuentras?

—En la avenida Columbus, la paralela a Morgan Street, Englewood.

—No se mueva, voy en seguida, tardo veinte minutos.

—Tranquilo, no estoy para moverme.

Aguardó dentro del coche. Tenía la mano puesta en el hombro pero la dejó caer hasta su chaqueta para coger el tabaco. Escuchó unas risas que venían desde arriba de la calle. Miró por el espejo retrovisor y divisó a cuatro hombres en su dirección. Las risas se escuchaban cada vez más cerca.

<<No, los problemas no han acabado>> pensó.

Continuó mirando por el retrovisor. Los chicos se pararon al ver la vaga silueta de Henry. Comenzaron andar despacio. Las risas habían terminado para todos. Al llegar al coche, lo vieron fumando un cigarrillo. El líder, arreglado con un sombrero negro, gafas de sol y una cadena al cuello de oro que parecía la cadena del váter de un tugurio, llevó la voz cantante.

—Vaya, vaya... Qué tenemos aquí, leche fresca —mencionó golpeando la ventanilla con el nudillo.

Uno se posicionó junto a la puerta del copiloto y los dos restantes, enfrente de Henry. Lo miraban como un león mira a su presa.

—Las manos en el volante.

Henry lo miró y arrojó una sonrisa. A continuación, bajó la ventanilla.

—¿Por qué no coges a tus amigos y os largáis?

—Nos largaremos, no sin antes, beberme un vaso de leche. Mi madre dice que antes de dormir, beba uno.

—Dile a tu madre que si quiere leche, aquí la tengo fresca —dijo mientras se agarraba la entrepierna.

El chico abrió la puerta, metió los brazos, lo sacó y lo lazó como a un pelele, hasta la acera. Empezó a patearlo.

—Puto blanquito, así aprenderéis a no creer los amos del mundo.

Henry se tapó como pudo, sobre todo intentaba ponerse en posición de cucaracha, de lado, con las piernas y los brazos juntos mientras comía suela.

En el momento en que los otros iban a unirse a la fiesta, un coche entró en la calle. Su conductor pisó más el acelerador a su vez que daba las luces. Al llegar derrapó y el coche culeteó, dando un pequeño golpe al de Henry.

James descendió, sacó el arma y disparó.

5

Los casquillos cayeron al suelo como el llanto de un cielo triste. James había disparado tres veces al aire. Los chicos dejaron de patear a Henry e hicieron un gesto de sacar las suyas.

James los apuntó.

—Las manos quietas...

La gente salió de sus casas con las armas en la mano al percibir los disparos. El hombre de los calzoncillos apareció con una recortada por manos. Todos los vecinos corrieron hasta ellos.

—¡Eh! ¡Putos blancos!, venís a nuestra calle a faltarnos el respeto, ahora veréis.

—¡Cómo se acerquen, me cargo a uno! —vociferó James.

Los vecinos se pararon. James caminó hasta Henry pero sin quitar la vista de ellos.

—Poneros contra la pared, ¡ya!

Hicieron caso a la orden de James.

Siguió caminando.

—No sabes lo que estás haciendo, blanquito —mencionó el del sombrero y las gafas de sol.

—Ni te muevas, ni hables —añadió James—. ¡Y no me mires a la cara!

Elevó a Henry por el hombro que le dolía. Este gritó de dolor. Lo arrastró hasta el coche de James, abrió la puerta trasera y lo metió.

James enfiló el arma por la ventanilla, arrancó el coche y echó marcha atrás, dio un giro de 180° y se perdió por la calle Luxor.

Los vecinos no quedaron satisfechos y buscaron *vendetta*. Uno de los que había salido a ver si hacía tiro al pato con el blanquito, un tipo pequeño, retornó a casa. A los dos o tres minutos salió portando un tubo de plástico y una garrafa. Quitó el tapón de una de sus motos e introdujo un extremo del tubo. El otro extremo se lo llevó a la boca y aspiró varias veces hasta que la gasolina se metió en su interior. Seguido, expulsó la gasolina de la boca e introdujo el extremo en la garrafa para llenarla. Roció el coche de Henry al grito de putos blancos. Cuando la garrafa se terminó la tiró al suelo, sacó un encendedor y lo prendió fuego.

James condujo a bastante velocidad, mirando por el espejo las llamas de un coche que con lentitud, comenzó a calcinarse. A esa hora el tráfico era nulo. De vez en cuando, un coche de algún trabajador circulaba para ir a su casa, pero en general, los coches que pasaban eran de pandilleros o de drogatas en busca de su dosis para chutárselo en una esquina.

—Sargento, los hemos dejado atrás, ¿se encuentra bien?

—Me han pateado y casi me matan. Te mentiría si te dijera que me encuentro bien.

—Me temo que se ha quedado sin coche.

—Mejor, nunca me gustó ese coche.

Henry dejó caer la cremallera de la chaqueta y metió la mano.

La carpeta estaba con él.

—Vaya novecita, ¿no sargento?

—Ha estado entretenida.

—Deberíamos de ir al hospital a que lo vean.

—Antes, tenemos que ir a ver a Lany.

—Con todos mis...

—Si, si... —interrumpió Henry—. Con todos tus respetos, no iremos al hospital.

—Ahora el que decide soy yo sargento y vamos a ir al hospital, quiera o no.

—Impresionado, novato, veo que no tengo elección parece ser.

—No, no la tiene.

—Bien, tú mandas, llévame al hospital.

Henry se tumbó en los asientos y cerró los ojos.

Lo trasladó hasta el hospital de Englewood, en el otro lado del barrio. James se apeó del coche y entró al hospital. Pidió a la recepcionista, una chica joven, alegre a la vista, que lo ayudara a traerlo. De inmediato, dos celadores acompañaron con una silla de ruedas a James.

—No pensarás que voy a sentarme ahí. ¡Aparta esa silla de mi vista! Tengo el hombro dolorido, no las piernas.

—Sargento, deje de hacerse el chulito y siéntese en la silla.

—Lo que usted diga *jefe* —añadió—. Novato, he de decirte que estoy impresionado. Sí que lo estoy.

El doctor decidió que Henry abandonara el hospital antes del medio día. Su insistencia por decir que se encontraba bien, que no le pasaba nada y que quería fumar un cigarro, hizo que el doctor, por no tener que escucharlo, lo diera de alta antes de tiempo. No estaba tan mal. La noche la había pasado en observación y el hombro solo se hallaba dislocado. Nada importante. La enfermera puso un vendaje en el hombro y arreglado.

Lo primero que hizo nada más pisar la acera, fue fumarse ese cigarro que tanto deseaba. Necesitaba sentir el humo por su garganta y notar que llegaba a los pulmones y estos se llenaban para producirlo un placer absoluto. Lo fumó con tranquilidad, sin prisa, saboreando cada calada bajo el sol mientras contemplaba entrar y salir a las lindas enfermeras. Lo que más excitaba sus instintos primarios era cuando salían con el uniforme.

Lanzó el cigarro al suelo y alzó el brazo a un taxi que se acercaba. Mencionó al conductor, un chicano afable, con la foto de su mujer e hijos en el salpicadero, que pusiera dirección a la comisaría. Después de una charla amena con el conductor, a la media hora, apareció en su destino. Pagó al taxista y le dejó una buena propina.

James divisó a Henry entrar y fue directo a saber cómo se encontraba.

—Sargento, me alegro de verlo, como se encuentra.

—Mal, me han tenido toda la noche sin beber ni fumar. ¿Has hablado con Arthur?

—Los chicos de informática han analizado el disco duro, nada relevante; partidas de juego guardadas, música, fotografías de él disfrazado de personajes de cómics.

—¿Y del caso?

—La tierra pertenece al parque. El pelo que encontramos en el cuerpo de David Ross, es pelo humano, lleva un tinte vegetal. No ha sido arrancado, parece cortado o caído. Y como le dije, el pelo que halló en casa de Berta, es de una peluca. ¿Pedimos una orden de registro?

—No, prefiero hacerlo a mi manera.

—No podemos hacer las cosas bien, ¿sargento?

—Estoy cansado, me han golpeado, pateado y han quemado mi puto coche, ¿crees qué voy a perder el tiempo en llorar al juez? Vamos a ver a esa muchacha.

James tomó su chaqueta y las llaves del coche.

—No tengas prisa, antes quiero ducharme y recortar la barba.

—Lo esperaré.

Fue hasta los vestuarios. Antes de entrar, escuchó la voz de su ayudante.

—¡Sargento!

—Cuéntame.

—Ya tengo el dibujo de Andrew Makerman.

—¿Y?

—He buscado su nombre en el ordenador, verá señor... Hay un problema.

—No quiero problemas, dame soluciones. ¿Qué ocurre?

—Hay tres Andrew Makerman en Chicago. Un señor de sesenta años enfermo de cáncer, y un niño de catorce.

—¿Y el tercero?

—Una lápida en el cementerio.

—No hay que alarmarse. Reparte el dibujo entre las patrullas. Una cosa más —añadió—. ¿Arreglaste la puerta?

—Sí.

—Así me gusta.

En el interior del vestuario estaba Derek, un agente alto, grande, con unos buenos bíceps, un pecho descomunal y un abdomen que parecía una tableta de chocolate. Había dejado el ejército y llevaba dos años como patrullero.

—Derek. ¿Podemos hablar?

—Claro sargento, diga.

—Ayer me quemaron el coche.

—Algo he oído.

—Quiero que me hagas un favor. Si no quieres, no pasa nada, sin compromiso.

—Continúe.

—Coge a unos cuantos agentes y te acercas a darle un susto a los hijos de puta que quemaron mi coche. Yo iría pero estoy liado con el caso.

—No hay problema pero necesitaré una descripción o algo.

Henry describió a uno de ellos.

—Si lo ves, hazle que se acuerde de mi coche. Quiero discreción.

—Así se hará, cuente con ello.

—Te debo una.

Se despojó de la ropa, del vendaje y lo dejó puesto en el asiento. Abrió la taquilla y agarró una esponja, gel, y la maquinilla eléctrica. Se posicionó frente al espejo y despojó el pelo sobrante. Después, se metió en la ducha.

6

Esperaron hasta que el sol fue ocultando sus rayos. Se presentaron en casa de Lany sobre las ocho y cuarto. Todo continuaba igual que la visita anterior. El coche se hallaba en la misma posición. La nieve hace tiempo que se había derretido dejando el coche sucio. Las luces continuaban apagadas.

Henry miró si todavía estaba el pelo.

—El pelo sigue en su sitio novato, entremos.

James observó en derredor a su vez que Henry, con su habilidad sacada de las calle para forzar cerraduras, lo intentó sin éxito. No fue problema para él. Lo mismo que en casa de Albert Fish, una simple cerradura no le iba a prohibir el paso. Agachó la cabeza y examinó el terrero. Caminó hasta una piedra, la levantó, la agitó un poco para ver su peso, miró si tenía buen ángulo y la lanzó contra la ventana.

¡Crasss! Sonó con intensidad.

A Henry le recordó la pasada noche en que su morena de quince años, se estrelló contra el suelo.

La casualidad apareció en modo de un señor que lo contempló lanzar la piedra. Este se percató que el hombre de pelo canoso, lo observaba.

—Es cosa de policías —alegó.

James exhibió la placa.

—Váyase a casa señor, o será usted a quién lance por la ventana —espetó Henry.

—Luego dirán que protegen al ciudadano.

El señor se marchó calle arriba.

—¿Este es su método, sargento?

—Nunca dije que fuese bueno. Pilla las linternas, vamos a entrar y no des la luz, si viene y ve luz en su casa, estamos jodidos.

Con las linternas en la mano y con cuidado para no cortarse, pasaron por la ventana. Estaba fría, desprendía un olor fuerte a cerrado y otro olor nauseabundo.

—Mira por el salón, yo subiré a su habitación.

—Entendido, sargento.

Era un dormitorio con una cama de matrimonio. Tenía una ventana con vista a la calle 40. Las paredes se hallaban pintadas de un color azulado, el suelo se embellecía con una alfombra negra con bandeas blancas. Abrió el armario. Observó ropa en su mayoría de cuero, algunos vestidos, un chándal, una chaqueta de motorista, un casco debajo de los zapatos y unas botas viejas color beige.

<<Una bota del treinta y nueve...>> pensó.

Cogió la bota y miró la suela.

<<Una bota del treinta y nueve con tierra en la suela, me juego un whisky a que estas son las botas que llevaba puestas>>

Dejó olvidadas las botas y fue hasta el tocador, al lado de la cama. Encima había una revista de un concesionario de motos, con un separador en la página diez y una foto señalada con

un círculo en bolígrafo rojo. Junto a la revista, unos cogollos de marihuana dentro de una caja pequeña y en un marco, una fotografía. Mantuvo la foto para el final y anduvo hasta una estantería. No había más que libros sin importancia. Retornó al tocador y cogió la foto. La imagen pertenecía a Lany junto a una banda de moteros, los Forajidos Motorcycle Club. En la esquina ponía una dedicatoria:

Con cariño para nuestra hermana Lany.

Con afecto, sus muchachos.

Tomó la foto del marco y lo guardó en el bolsillo.

James subió.

—En el salón no hay nada, todo parece normal.

—¿Seguro que no hay nada?

—Puede comprobarlo usted mismo. Esta todo recogido, bueno, algunas cosas descolocadas pero supongo que es algo normal.

—Nunca hay nada normal novato. ¿Miraste en la cocina?

—Solo hay platos y vasos en el fregadero sin lavar.

—¿Te has fijado en los restos de comida?

—No le sigo.

—Tienes que ver, lo que no ves.

—No entiendo.

—Vamos a la cocina.

Esta era amplia. Tenía una nevera con figuras imantadas en la puerta del congelador y una nota con la lista de la compra. Una mesa pequeña para el desayuno se apoyaba en la pared de azulejos blancos y enfrente, una encimera larga donde se ubicaba el fregadero, varios electrodomésticos y los fogones para cocinar. Al lado del microondas, apoyado en este, se hallaban tres copas.

—Miremos los platos del fregadero.

Conservaba restos de comida de lo que parecía ser, restos de canelones. Henry agarró el estropajo, echó jabón y comenzó a frotar.

—Hay que frotar mucho, incluso rascar con un cuchillo.

—¿Qué quiere decir?

—O es muy guarra, o lleva bastante tiempo sin venir.

Seguido, Henry observó las tres copas. Las cogió una a una y las examinó. En una de aquellas copas que habían contenido vino con anterioridad, Henry encontró restos de alguna pastilla soluble. Metió el dedo índice de la mano derecha y lo mojó en los restos. Seguido lo sacó y se lo llevó a la nariz. Henry lo olió.

—Guarda esta copa en una bolsa de pruebas. Qué la analicen. Ahora vamos con la basura.

Levantó la tapa y James, por poco se desmaya.

—¡Puff! Qué peste —dijo James tapándose la nariz.

—Lo que dije, lleva tiempo sin aparecer, no creo que hubiera podido convivir con este olor.

—Puede que esté escondida.

—Sí, creo que sé dónde. ¿Te apetece un refresco?

—Pero, ¿y la investigación?

—Donde el refresco.

—No entiendo nada.

—No tienes que entender. Antes de irnos, coge un tenedor usado de los que están en el fregadero y guárdalo en la bolsa de pruebas. Podemos comparar el ADN con el tejido de piel encontrado en el cuerpo de David Ross.

7

Los forajidos de Chicago, tenían su sede en el bar Matilda, ubicado en la antigua ruta 66, en McCook; un pueblecito en las afueras de la ciudad, una villa de cien personas en una superficie de no más de cuatro campos de fútbol. Los miembros eran conocidos por sus actividades poco éticas, viviendo al margen de la ley mientras montaban en sus motocicletas fabricadas en el país y de un tamaño peculiar.

El lema del club rezaba:

*Dios perdona, los forajidos no.
Adiós, los ángeles mueren en el estado fuera de la ley.*

Tardaron en llegar una hora. Abandonaron el coche en la puerta pasadas las diez y media. La fachada tenía un letrero con el nombre de la banda, el emblema y un cartel con letras que ponía: Reservado el derecho de admisión.

James estaba nervioso debido a que nunca había estado en un lugar como ese y sabía de buena mano como se las gastaban los moteros. En cambio, su compañero quería marcha. Conocía el lugar y a su cabecilla.

—Mantente alerta por si hay pelea.

—¿Y si no la hay?

—Estamos en un bar de moteros, siempre hay pelea.

—Y usted las empieza.

—La mayoría.

Varios moteros, apoyados en sus flamantes motos, esperaban junto a la puerta. Uno de ellos, calvo como una bola de billar, vestido con la chaqueta de la banda y con tatuajes de llamas, calaveras, una frase en referencia a la muerte en el antebrazo derecho y un demonio en el cuello, miró a Henry con ojos ensordecedores. Este devolvió la mirada.

—¿Tienes algún problema? —preguntó Henry.

—No me gusta tu cara.

—Ven y cámbiamela.

El motero, tosco como un leñador, se lanzó a por él. Henry actuó igual, anduvo remangándose la chaqueta y cerrando los puños. James y un amigo del motero los sujetaron.

—Vale, tranquilizaros los dos —dijo James.

—No te metas en líos —pronunció el amigo.

—Vamos a tomar ese trago. ¿No le apetece uno?

—Me apetece —contestó Henry.

—Pues entremos, tenemos cosas que hacer. Señores, lo sentimos

Frustrado el percance, pasaron al bar. Era un local a la vieja usanza. Las paredes estaban empapeladas con un papel en rojo con bordados en amarillo simulando el oro. De ellas colgaban fotos de militares antiguos así como de miembros que ya no estaban en la banda. Las sillas eran de madera, al igual que las mesas y las columnas que sujetaba en techo.

La gente bebía hasta perder el conocimiento. En la barra, larga e igual de madera, dormían varios moteros con medio rostro amparado. Otros jugaban al billar, a los dardos o echaban pulsos. Detrás de aquella barra, se encontraba el camarero, un tipo delgado, el pelo largo y con pinta de no habérselo lavado en décadas y una cara aplastada escondida debajo de una barba.

—Quédate aquí, voy hablar con el camarero.

Caminó entre hombres sudorosos, enfundados en cuero y chaquetas vaqueras, todo adornado con cadenas, y entre mujeres descocadas, moteras en busca de una buena palanca de cambios que manejar. A su vez que Henry conversaba con el camarero, un grandullón melenudo y con una barba que parecía un rabino, se acercó hasta James, quien se mantenía junto a una columna, al lado de varias mesas y un tocadiscos antiguo.

—¿Tienes fuego?

—Lo siento, no fumo.

—Seguro que todavía te meas en la cama.

—No busco pelea.

—Yo sí, estoy borracho y mis puños de motero tienen ganas de sangre.

James abrió la chaqueta, señaló la pistola y la placa que colgaba del cinturón.

—Tendrás que probar los puños de motero con otro.

—Ya decía que olía a cerdo. Diviértete poli.

Dio media vuelta y fue hasta el billar para hablar con los que estaban jugando. Estos pararon y alzaron la vista hacia James para a continuación, volver a la partida.

Henry seguía en conversaciones con el camarero.

—¿Dónde está el viejo Sandman?

—Ya no está entre nosotros, murió de un infarto.

Henry elevó el vaso que antes había pedido.

—Brindo por él.

Se acabó la copa, la dejó en la mesa y cogió una servilleta para limpiarse los labios.

—Tengo que hablar con tu jefe.

—¿Con Max?

—No te hagas el tonto conmigo, ya sabes a quién me refiero.

—No va a poder ser, está reunido.

Henry dejó la placa encima de la barra.

—No lo repetiré, ¿dónde está tu jefe?

—Al fondo, en la mesa del rincón.

Pagó la copa con un billete de veinte.

—Quédate con el cambio.

La mesa estaba apartada del ajetreo. Era un rincón entre tres paredes y dos columnas, con un sofá, dos sillas y una luz tenue.

El jefe de la banda y el que dirigía toda la organización, era llamado Tiger: Se hallaba sentado entre dos mujeres. Las sillas las ocupaban dos hombres y cortando el acceso, se encontraban dos guardaespaldas. Henry hizo un gesto a James para que fuera hasta él.

—¿Consiguió información?

—Sí, sígueme.

—¿Pedimos refuerzos?

—Esto lo solucionamos tú y yo.

Un guardaespaldas impidió la entrada poniendo la mano en el pecho de Henry.

—No puede pasar, esto es privado.

—Quita tu zarpa de mi camisa.

El guardaespaldas esbozó una sonrisa. Volvió a insistir.

—Si no te vas, limpiaré el suelo con tu cara.

—Tú debes de ser nuevo, ¿por qué me tocarán todos los nuevos?

Henry cogió la mano del guardaespaldas e hizo una luxación. Este comenzó a gritar y cayó arrodillado. El otro guardaespaldas se abalanzó contra Henry, lanzando un directo de izquierda. Lo esquivó retrocediendo y contraatacó con uno de derecha, impactando en la grande y gruesa nariz, desplomándose en el suelo con la nariz vertiendo sangre.

Los hombres sentados en las sillas intentaron levantarse sin embargo, la astucia con la que James desenfundó y apuntó como si fuera un pistolero del salvaje oeste, no tuvieron oportunidad ni de respirar.

—¡Basta! —exclamó Tiger.

James se posicionó en cuclillas y recogió el arma caída del tumbado guardaespaldas. Henry acomodó una de las sillas delante de Tiger y se sentó. James permaneció de pie, alerta por lo que pudiera suceder.

—Tienes muchos huevos de venir aquí, después de lo que pasó. A qué se debe esta visita, ¿sargento Dupont?

Henry situó encima de la mesa la foto de Lany.

—Quiero información de esta chica.

—¿Por qué debería de hablar contigo?

—Mejor será que lo hagas.

Tiger observó la foto.

—No la conozco.

Henry se echó a reír.

—Sabes una cosa, me jode que gentuza como tú, me trate por estúpido.

Tiger se inclinó hacia Henry

—Te digo, que no la conozco.

—Sales en la foto —interrumpió James.

—Al igual que con otras putillas con las que salgo.

Henry no gastó más saliva. Pidió al detective la pistola del guardaespaldas, cuando se la entregó, empezó a examinarla.

—Es una buena arma, ligera. El cañón está desviado un par de milímetros pero me gusta. Me pregunto cuántos habrá matado tu gorila.

—Aquí no matamos a nadie, sargento, esto es un simple local de amigos que beben y hablan de su día —replicó en tono jocoso.

—Es verdad, solo sois unos amigos pasándolo bien —sentenció Henry.

—Eso es sargento, nos gusta divertirnos —dijo sonriendo.

—Yo no soy tan divertido.

Apuntó al brazo derecho y permitió que su dedo, apretara el gatillo. El plomo salió disparado como un escupitajo hacia el hombro de Tiger.

—¡Hijo de puta!

—Esa boquita, hay mujeres delante, no seas grosero.

Tiger comenzó a retorcerse de dolor. La sangre salpicó a la chica, quien se levantó con la cara y el vestido manchado. Aterrada comenzó a gritar como una loca al igual que su amiga. Tiger puso su mano en la herida.

La música que ambientaba, una canción country que hablaba de la vieja Alabama, cesó. Las chicas salieron desfavoridas del rincón, gritando y agitando los brazos. Varios moteros aparecieron portando los tacos del billar en la mano.

—Diles qué se vayan o la próxima será en tu cabeza.

—Marchaos chicos... Todo está bien..., volver a lo vuestro.

—Pero jefe... —espetó uno de ellos.

—¡¡He dicho qué os marchéis!!

Los moteros acataron la orden de su líder.

—¿Conoces a la chica?

—Sí..., la conozco..., es una compañera de la banda pero hace varios días que no la veo.

—¿Te la follabas?

—Sí, estuvimos juntos un mes. La dejé porque es fría y una manipuladora. Le gustaba darme órdenes delante de mis chicos, además a esa perra le iban los jueguecitos sexuales.

—¿Qué clase de juegos?

—Ya sabe... atarse y esas cosas.

—¿Cuánto hace que no la ves?

—No sé... —dijo mientras se retorció—. Una o dos semanas. Me duele mucho... Por favor avisa a un médico.

—Tiger... ¿No me estarás mintiendo?

—No, lo juro por Dios.

—¿Estás seguro?

—Mira mi brazo...

—Mmm... No sé..., hay algo que me dice que no te crea.

—Pues entonces, váyase al infierno.

—Vale, te creo. Pero una cosa más...

—Le dije todo lo que sé.

—No es eso, cuando vaya al infierno, tú irás primero.

Disparó al otro brazo.

—¡Hijo de puta! ¡Te dije la verdad!

—Y te creo.

Henry se levantó. James, atónito, no dejaba de apuntar. Tiger quedó recostado de lado, con ambos brazos ensangrentados. El guardaespaldas del suelo, comenzó a volver de la inconsciencia pero fue puesto otra vez a dormir por una patada de Henry.

—Ten cuidado con tus matones, es una falta de respeto disparar al jefe.

Henry limpió las huellas del arma, arrebató el cargador y las tres balas de la recámara. Luego lanzó el arma a la mesa.

—Sin rencores, espero que la próxima vez que te vea, podamos tomar una copa.

Sargento y detective se fueron alejando despacio marcha atrás. Caminaron mientras James seguía apuntando con el arma por un pasillo hecho por los moteros. Se hallaban furiosos, se notaba que querían la piel de ambos. Henry alzó el brazo y con la mano, se despidió del camarero. Salieron por la puerta veloces como gacelas. Se adentraron en el coche y salieron quemando rueda del lugar.

Henry sacó un cigarro y lo encendió. James recriminó su actitud.

—¿Está usted loco? ¿Hasta qué no dispara a alguien no se queda tranquilo? Conseguiré que nos maten, ¿cómo dispara delante de testigos? Pediré un cambio de compañero cuando cerremos el caso.

Henry chupaba el cigarro.

—¿Testigos? Son una panda de delincuentes, traficantes de droga, extorsionadores. A esta ciudad, le vendría bien una lavado de cara.

—Sigo pensando que hay otros métodos.

—Quizás esté loco y quizá haya otros métodos, tampoco podría haber garantizado salir de allí con vida, los polis no caemos demasiado bien en lugares como estos. ¿Sabes qué pasaría si nos hubieran matado? Que a tu querida prometida le harían entrega de una bandera, ¿quieres ser una bandera doblada en un ataúd o vivir otro día más para follarte a tu mujer?

—La muerte de su hija le afectó demasiado.

—Para el puto coche.

James frenó de golpe, las ruedas derraparon levantando un humo blanquecino y ese característico olor a goma quemada.

—Mira, no te voy a coger del cuello y ahogarte porque te debo unas cuantas pero, nunca menciones lo de mi hija. Tú no sabes nada.

—Sé que es un buen poli, no lo eche todo a perder.

—Yo ya estoy perdido. Si quieres cambiar de compañero hazlo, todos lo hacen. Ahora arranca. Por cierto, mañana irás a ver a Berta, yo a Kate.

—¿Puedo saber por qué?

—Pregúntala acerca de su amiga y si hubo alguna fiesta de disfraces cuando estuvieron de celebración. Fíjate también en su pie. Yo haré lo mismo.

—¿Y su amiga, la asiática?

—No, con un disparo del señor Chan, me vale.

8

Al día siguiente, sus caminos volvieron a dividirse. Era último de febrero y ese día, la fiesta de san Patricio se había adelantado para tinter las calles de color verde. Las aceras, las tiendas, los restaurantes, cualquier negocio se rendía a los pies de aquel santo irlandés. Al igual que el río *Chicago* había teñido su agua de verde.

James montó en su Plymouth y enfiló a casa de Berta. Se hallaba nostálgico debido a la añoranza de no tener a sus seres queridos en una fiesta tan especial. Alrededor de las once de la mañana, pilló a Berta decorando el exterior de la casa.

Se acercó hasta ella.

—Buenos días señorita Rogers, ¿se acuerda de mí?

Berta lo miró.

—No..., lo siento..., no caigo.

—Soy el detective James Ryan, nos conocimos por la muerte de Patrick Landrau.

—¡Ah, sí! Ahora lo recuerdo. ¿Saben quién mató ya al chico?

—Creemos que fue su amiga Lany.

Berta se sorprendió.

—¿Lany? No puede ser. ¿No sé habrán confundido?

—Tenemos bastantes evidencias.

—Sabemos que es una borde, fría y manipuladora y que a veces, se le va un poco la cabeza pero de ahí a matar... Me deja helada.

—Nuca llegamos a conocer bien a las personas. ¿Sabe si la gusta los juegos sexuales?

—No entiendo.

—Que la peguen, que la aten... Cosas así.

—Una vez nos contó que estaba con un chico y jugaban a esos juegos, no duraron mucho pero a ella le gustó.

—Su amiga está desaparecida, ¿sabe algún sitio donde pueda estar escondida? ¿Algún lugar favorito?

—No detective, que yo recuerde..., suele frecuentar un bar de moteros.

—Hemos estado y no saben nada. ¿Cuánto hace qué no la ve?

—Desde que estuvimos en el Warehouse. La hemos estado llamando para tomar un café las cuatro y ponernos al día pero no contestaba. Suele dar estas espantadas, conoce a un chico y desaparece.

—Creo que esto no ha sido una espantada. ¿Recuerda si hubo una fiesta aquella noche en el club?

—¿Por qué lo dice, detective?

—Hemos encontrado restos de cabello que pertenecen a una peluca en el cuerpo de Patrick.

—Verá, es un club nocturno. La gente suele llevar adornos, trajes llamativos, pelucas... Es normal llevarte a casa alguno restos.

—Con eso ya tengo suficiente, si la ve, llámeme. Es importante que la localicemos y que

no siga haciendo daño a la gente.

—Lo haré, detective.

—Una cosa más, ¿qué número calza? Siento la pregunta pero es parte de la investigación, si fuese tan amable.

—No importa, uso una cuarenta.

—No sirve, gracias por todo.

—Feliz día de san Patricio, detective.

—Igualmente.

9

Para Henry, el día de san Patricio le importaba una mierda. Lo único bueno que tenía según su criterio, era que podía beber y beber, desplomarse inconsciente en la acera y la gente no lo miraría extraño. ¿Quién iba a mirarlo, si todos estaban peor que él? Tirados por las calles, abrazando farolas y apestando a cerveza o whisky, según los huevos que tuvieras.

Era las tres de la tarde cuando el taxi lo dejó en casa de Kate. Para la ocasión, vestía unos vaqueros ceñidos negros, una camisa granate y una chaqueta de vestir azul oscuro. Caminó hasta la puerta y llamó al timbre.

Kate abrió. Lo recibió con un top negro, unos pantalones de chándal y el pelo recogido en una coleta. Su cara desmaquillada brillaba más que llena de potingues.

—Sargento, menuda sorpresa, no lo esperaba... ¿Qué hace aquí?

—Por favor, llámeme Henry. Vengo hablarle de su amiga Lany.

—¿Qué ha pasado? Pero... pase, no se quede fuera.

Entró y siguió a Kate quien, moviendo sus insinadoras caderas, lo llevó hasta el salón. Era acogedor. Las paredes tenían un tono beige claro, los muebles en blanco y los sofás de color gris.

—Sargento, puede sentarse, iré a cambiarme de ropa si no le importa.

Sin embargo, no se sentó. Henry la cogió del brazo y la hizo girar sobre sí misma. Su boca de caramelo quedó frente a la boca amarga de Henry.

—Sargento..., no soy de esa clase de mujer.

—Ni yo esa clase de hombre —pronunció bajándola los pantalones.

Posó sus manos en sus muslos y subió con delicadeza hasta ese culo y esas caderas que a Henry, le ponía el miembro como el rabo de un toro. Seguido bajó esas braguitas blancas que la hacía tener apariencia de santa.

Tocó el botón prohibido y la encendió.

Entre los gemidos que envolvían el salón y que tanto amaba Henry, la empotró contra la pared, debajo de un retrato familiar. Mientras empujaba, contempló que el hombre que aparecía en el retrato, el padre de Kate, lo miraba con ojos penetrantes. Para que aquel hombre dejara de mirarlo y no sentirse algo incómodo, dio la vuelta a la foto y continuó empujando. Tiró del pelo de Kate echando para atrás su cuello.

Una vez que Kate quedó desfogada, Henry hizo gala de su caballerosidad, la colocó al estilo perrito y metió la lengua en aquella caña de azúcar. Terminado, se echó el cigarrillo que mejor le sentaba.

—Esto no suelo hacerlo, que conste —dijo Kate subiéndose los pantalones.

—A mí, mientras lo hagas...

Kate se dispuso a colocarse las zapatillas.

—Espera —interrumpió—. Déjame ver una.

Observo el número de calzado, era un treinta y siete. Henry se la devolvió.

—¿De qué quería hablar?

—Pues..., no recuerdo a qué vine.

—Dijo algo sobre mi amiga.
—Creemos que es la asesina del chico del club.
—Me deja de piedra. ¿Por qué lo hizo?
—No lo sabemos, está desaparecida ¿Sabe dónde puede estar?
—Suele ir a un bar de moteros.
—En ese lugar no saben nada. ¿Cuánto hace que no la ve?
—Desde el club. No creo que pueda ayudarle más.
—Da igual, ya tengo todo lo que vine a buscar. Espero verte pronto.
—¿No quiere quedarse un rato más? Podríamos tomar una copa, tumbarnos en el sofá,
ver la televisión y echar otro.
—Me gusta la ida.
—Abrázame, sargento.
—Si quieres un abrazo nena, ven tú.

CAPÍTULO 4

Los primeros días de marzo estaban floreciendo. Cuando parecía que la asesina había dado una tregua después de tantos crímenes seguidos, otro cadáver fue encontrado. La víctima, apareció en el parque Madison Sr, en el West Lawn, al suroeste de la ciudad. Era considerado una olla a presión por los vaivenes de razas entrando y saliendo.

Henry llegó al parque sobre las nueve de la mañana. Fue directo a hablar con Arthur. James, quien ya se encontraba en el lugar, saludó a su superior distante y frío. Henry hizo lo mismo.

La carne era de John Mackenzie, un ingeniero de treinta y cinco años, pelo rubio liso y con algunas canas. Se hallaba boca arriba, desnudo, los ojos cerrados, el pene en la boca y con los números 4-5 grabados en el pecho.

La causa de la muerte fue como las anteriores, muerte por asfixia y amputación de su miembro viril.

—¿Hora de la muerte?

—Entre las 22:00 y las 23:00.

Henry notó algo distinto, algo que Arthur había pasado por alto.

—Arthur, ¿alguna huella?

—Ninguna.

—Mira los ojos, los tiene cerrados.

—Ahora que lo dices... Tienes razón.

—Los anterior mostraban los ojos abiertos, este cerrados. Quiero probar una cosa.

¿Tienes la brocha a mano?

—Sí, toma.

Untó la brocha de dactiloscopia en el humo negro y lo pasó por los parpados. Unas huellas aparecieron.

—Pasame la cinta adhesiva.

Henry las cogió.

—No sé cómo lo habré pasado por alto, ya estoy mayor para estos trotes, déjame verlas...

—Henry se las dio—. En el ojo izquierdo, parece la huella del índice de la mano derecha, en el ojo derecho, el dedo medio.

James apareció detrás de Henry.

—Sargento, ¿tiene algo?

—Han aparecido unas huellas. Arthur, ¿para cuándo estaría?

—Para mañana.

—Déjalo en mi mesa. A todo esto viejo, ¿analizaste el ADN del tenedor con el tejido?

—Estoy esperando los resultados, lo pongo en el informe.

1

Al día siguiente partió hacia la comisaría. Antes de entrar, se topó con James. Este lo esperaba alterado en la puerta.

—Sargento, ¿podemos hablar?

—¿Qué ocurre novato?

—Quería disculparme por mi comportamiento. No tenía que haber sacado el tema aquella noche.

—Déjalo estar, cerremos el caso y así podrás pedir un nuevo compañero. Vayamos a ver el informe.

Subieron alejados el uno del otro, sin decirse ninguna palabra. Como Arthur dijo, el informe con las huellas y los resultados, estaban en la mesa. Henry lo abrió.

Las huellas y el tejido pertenecían a Lany.

—Tenemos sus huellas, el ADN y el coche en el lugar del crimen.

A las doce y cuarto de la mañana, el teléfono de la mesa comenzó a sonar. Henry descolgó.

—Diga.

—Señor, soy Floyd.

—¿Qué pasa?

—Hemos recibido una llamada del motel Red Velvet, hay una pareja que no sale de la habitación.

—¿Qué tiene que ver conmigo.

—Señor, por la descripción, parece ser Lany.

—Dame la dirección, salgo en seguida.

Henry fue hasta el despacho del capitán. Llamó dos veces sin obtener respuesta. La secretaria, que cruzaba a su lado con unos informes, preguntó a Henry si deseaba algo.

—Dónde está el capitán —dijo eufórico.

—Ha salido.

—No hay tiempo. Tendré que pedir la unidad de asalto yo mismo.

Volvió con James y le explicó la situación. Este no estuvo de acuerdo.

—Tendría que autorizarlo el capitán.

—No hay tiempo, yo lo autorizaré.

—Sargento, usted no puede.

—Ahora sí, vamos.

Henry ordenó a la unidad de asalto que fuera hasta el motel. Salieron de la comisaría y montaron en el coche. Condujeron saltándose semáforos y casi arrollando ancianitas hasta Auburn Gresham. Hogar del primer asesinato.

En la calle Jackson, se hallaba el motel. Estaba enfrente de un local de alterne, colocado con estrategia para que, cuando salieran con las fulanas, pudieran dar rienda suelta a su amor.

En el lugar esperaba las unidades de asalto, el equipo Alfa y Delta, dirigidas por el antiguo

marine, el teniente Jason Green. Este se presentó ante Henry.

Luego de las presentaciones, el teniente dio las órdenes a sus muchachos. Henry conversó con su ayudante. El último contó que el recepcionista estuvo llamando a la pareja para que se fueran debido a que a las doce de la mañana, era la hora de salida. Aporreó la puerta alrededor de diez minutos hasta que se cansó y decidió avisar a la policía.

—¿Por qué no abrió él con la llave maestra?

—No quería meterse en problemas.

—¿Qué problemas?

—Es lo que me dijo.

Las unidades ya estaban preparadas para jugar.

Henry remató los detalles dando el perfil psicológico de Lany.

—Señores, nos encontramos con una asesina en serie, es fría, calculadora y lo más seguro es que se ponga agresiva cuando nos vea. Tengamos cuidado.

—Equipo Alfa, por las escaleras, sois los primeros. <<Simon y Ganfurkel>>, vosotros al tejado, quiero veros con el dedo en el gatillo. Equipo Delta, conmigo—mencionó Jason Green.

—Iré con el equipo Alfa —pronunció Henry.

—Debería quedarse abajo, esto no es para ti.

—Es mi sospechosa, subiré primero le guste o no.

—Como sois los sabuesos..., de acuerdo, pero póngase esto. Ninguno de mis muchachos sube sin ello y a usted, no le dejaré hacerlo si no lo lleva. *Le guste o no* .

Entregó un chaleco antibalas.

—Novato, tú te quedas abajo.

—Vamos..., sargento, quiero subir.

—Mejor abajo, cubriendo.

—Lo que ordene, sargento.

Subieron las escaleras hasta una puerta de color verde y carcomida por las termitas.

Henry se hallaba el primero junto a dos agentes que se preparaban para derribar la puerta.

Desenfundó a su <<niña>>, quitó el seguro y golpeó la puerta con la mano libre. Nadie contestó.

Dio la señal de entrar.

Los agentes reventaron la puerta con el ariete.

¡¡¡Quietos!!! ¡¡¡Policía!! ¡¡¡Las manos donde pueda verlas!!!

2

Henry observó a Lany. Fue hasta ella y le tomó el pulso.

—Está viva.

Atizó su cara con la palma de la mano dando un par de veces hasta que reaccionó. Despertó alterada, confusa y llena de suciedad de no haberse lavado en días.

—¿Dónde estoy! ¡Qué hago aquí! —gritó aterrada.

—Señorita, queda detenida —mencionó Henry

—¿Por qué?

—Salta a la vista, ¿no cree?

Comenzó a chillar al contemplar el cadáver. Henry pidió al teniente llevarla afuera. El teniente la ayudó a levantarse y la cubrió con una manta.

—¿Puedo ponerme algo de ropa?

—Yo te veo bien así... Pero, puedes ponértela —contestó Henry.

Se vistió y el teniente puso los grillos en sus finas muñecas. Se marchó llorando, desolada, rota como una frágil muñeca. Henry permaneció solo en la habitación. Se sentó en una silla y contempló el lugar. Su mirada, rápida como un rayo, se centró en el mueble bar. Anduvo hasta el mueble, lo abrió y una botella de whisky del barato, comenzó a vociferar su nombre. La agarró por el cuello y se sirvió una copa. Humedeció los labios y su cara cambió, su expresión fue de asco, como si hubiera chupado un limón.

<<Qué malo está este whisky...>> pensó.

A continuación, pegó un buen un trago.

Volvió a poner la misma cara.

Hasta que Arthur apareció, al cabo de media hora, decidió examinar el cadáver. Era otro trozo de carne, desnudo, con el pene cortado dentro de la boca al igual que el arma homicida, y los números 5-5 en el pecho.

En una silla, estaba la ropa de la víctima; unos pantalones vaqueros negros, una camiseta azul marino y un *anorak* rojo. Con la copa en la mano, anduvo hasta los pantalones. Le costó bastante trabajo dejar apoyado su elixir encima del mueble pero tuvo que hacerlo para poder registrar los pantalones. En el bolsillo derecho tenía un pase de aquel local de alterne que, uno de los machacas, le había dado en una esquina. En el izquierdo, el tique de un pago de dos copas por valor de treinta dólares en un bar llamado Delilah`s Chicago, con hora de las nueve y media de la noche. Henry extrajo del bolsillo trasero derecho la cartera y cogió el permiso de conducir, en donde ponía que el cadáver se llamaba Samuel Leviston, de treinta años, nacido en Omaha, Nebraska, pero con vivienda en Chicago.

Luego de examinar sus objetos personales, enganchó con sus rudos dedos la copa, tiró los pantalones al suelo y se sentó en la silla.

—Sami... Sami... Sami. ¿Quién te iba a decir qué en un bonito día como este acabarías así, eh Sam? ¿Puedo llamarte Sam? Tranquilo, no digas nada —mencionó dando palmaditas en la pierna del cadáver—. Por lo menos has echado un polvo antes de morir. Brindo por eso.

Levantó la copa y bebió.

Arthur llegó con su ayudante.

—Todo tuyo.

Sacó su instrumental y se puso manos a la obra.

—Parece fresco —dijo Henry,

—Llevará muerto una hora más o menos —alegó Arthur.

—Me tengo que marchar, voy a interrogar a la sospechosa, si no me necesitas, me voy.

—De momento, me apaño.

—Primero me acabo la copa —alegó Henry.

—No me contamines la escena.

—Descuida.

—Claro, como la última vez —expresó algo molesto.

—Venga Arthur, no seas rencoroso, la copa se resbaló de los dedos.

Una vez que Henry llegó la comisaría. Fue directo en busca de James.

—Sargento, por fin llegó. Tengo al recepcionista en la sala de espera.

—Vamos a verlo, y que suban a Lany a interrogatorios.

Ambos fueron hablar con el recepcionista. Un hombre de cincuenta años.

—Buenas tardes, soy el sargento Henry Dupont. Ya conoce al detective Ryan. Cuénteme lo ocurrido.

—Vinieron a eso de las diez de la noche. Pidieron una habitación. Todo fue bien hasta que pasaron de la hora de salida. Por eso les llamé a ustedes.

—¿Vio a alguien más? Alguna persona que entrara o saliera de la habitación.

—No, solo estaban ellos. Si alguien salió, no lo vi. No puedo estar controlando a todos mis clientes, aunque espere..., vi a un chico con quien se estaban despidiendo después de que pidiesen la habitación.

—¿Observó algún detalle anómalo? La chica iba contenta, triste...

—No, se la veía contenta, pero ida.

—Defina eso.

—Como muy dócil, cada vez que el chico decía algo, ella contestaba a todo que sí.

—Eso no es malo, ¿no? Querrá complacer al chico.

—Era por la manera que lo decía, parecía que no lo pensaba pero tenía que decirlo. Oiga, ¿estoy detenido o algo? Tengo que seguir trabajando.

—Puede marcharse pero antes, una cosa más. Quiero que vea un dibujo —añadió—.

James, trae el retrato de Andrew Makerman.

—En seguida.

James fue hasta los informes, cogió el retrato y volvió.

—¿Era este el chico a quien estaban despidiendo? —preguntó James.

—Creo que sí, podría ser..., estaban fuera, lo vi desde la ventana de recepción.

—¿Cómo pagaron?

—En efectivo.

—¿Los hizo firmar algo?

—No, a mí me pagan y no hago preguntas. La intimidad de mis clientes, es fundamental.

—Para la próxima, debería hacer firmar un documento. Ahora, váyase.

James entregó una tarjeta por si se acordaba de algo más y lo acompañó hasta la salida.

Henry permaneció sentado, pensativo, con la mirada puesta en la pared.

James retornó.

—Sargento, ¿en qué piensa?

Henry no contestó.

—Sargento...

—Qué pasa, novato.

—¿En qué piensa?

—Las palabras del recepcionista, sobre todo en la palabra dócil, algo no cuadra novato, no parece la típica chica que se deja dominar por un chico, al revés, ella domina. Acuérdate de lo que dijo Tiger.

—Pero las pruebas están ahí, tenemos a la asesina.

Una agente tocó a la puerta.

—¿Puedo pasar?

—Pasa, ¿está Lany para interrogar?

—No sargento, el forense acaba de llegar y está con ella.

Henry se alteró.

—Joder, no puede dejarlo para luego, quiero interrogarla antes de que la cosa se enfríe.

—Mejor esperar hasta mañana —mencionó James.

—Quizás, pero nos exponemos a que piense demasiado y eso puede jodernos.

—Según ella, no sabía dónde estaba.

—Puede que nos esté mintiendo y quiera jugar esa baza. Espero que saque algo. Mañana la interrogamos.

3

Henry espabiló a las siete de la mañana. Era la primera vez en mucho tiempo que se levantaba temprano puesto que su hora solía ser las diez u once. Tomó un taxi y se dirigió a la comisaría. El capitán, enterado de la detención, lo esperaba. Entraron a su despacho.

—Felicidades por la detención.

—Gracias, capitán.

Sacó la botella que con anterioridad los había refrescado, puso un par de vasos y vertió el último cuarto que quedaba, sirviendo dos dedos a cada uno. A su vez que alzaban las copas, llamaron a la puerta. Arthur entró con dos informes debajo del brazo, uno sobre el cadáver y otro sobre Lany. Entregó a Henry las carpetas.

El capitán le ofreció un trago.

—Mi médico me lo tiene prohibido.

—Ahora no está tu médico —expresó Henry.

—Entonces sí, que se joda el canalla, me ha quitado todo; la sal, el vino, el tabaco, la grasa... Hasta las ganas de vivir.

—Con esa dieta, no me extraña, yo me pego un tiro.

El capitán cogió otro vaso, tomó una botella de la misma marca y vertió otros dos dedos.

—¿Cómo lo has visto, viejo?

—Tiene una ligera amnesia y está bastante afectada. En su organismo he hallado hioscina. La hemos hecho un lavado de estómago para quitar las drogas de su organismo.

—¿Hioscina? —preguntó el capitán.

—Sí, es una droga que puede causar fallos en la voluntad a quién la toma. He hallado haciendo un examen toxicológico, restos de pastillas para dormir, las he comparado con las que encontraste en casa de Albert Fish y son las mismas. También algo de cocaína, supongo que para mantenerse fresca. Tiene marcas de cuerda en las manos y pies, pero no parece reciente. También lleva tiempo sin lavarse.

—¿No te dijeron que le gustaban los juegos sexuales? —preguntó el capitán.

—Sí, de vez en cuando lo practicaba.

—¿Y el cadáver? —volvió a inquirir.

—Lo mismo que los otros. Llevaba muerto una hora desde que lo encontramos. Pero lo tenéis todo en el informe. Henry, como sé que te aburre mis palabras, tienes un resumen del informe de Lany. Ahora si me disculpan, tengo que irme.

Henry también abandonó el despacho, dejando al capitán sirviéndose otro trago, recostado en la silla y enciende un habano por un trabajo bien hecho. Se dirigió a la sala de interrogatorios. Abrió la puerta y encontró a Lany con la cabeza agachada, los codos en la mesa y las palmas de la mano en la cara.

Cerró dando un fuerte portazo. Lany erguió la cabeza y quitando las palmas, mostró una cara triste; con los ojos hinchados, rojos y agotados de tanto llorar. Transpiraba desesperación.

—¿Por qué estoy aquí? Yo no he hecho nada.

—Te encontré al lado de un cadáver, si eso no es hacer nada... Además, tenemos tus

huellas y las del coche en los otros asesinatos.

—¿Asesinatos?

—No te hagas la tonta conmigo, que pongas cara de niña buena no te servirá de nada.

Han sido cinco los que te has cargado.

—Yo no hice nada... Lo juro...

—¿Sabes cuánta gente me ha dicho eso a lo largo de mi carrera? Mira bonita, será mejor que hables, empecemos por el principio. ¿Por qué los mataste? ¿Qué relación te une a las víctimas? ¿Fue por placer? ¿No te valía con los juegos perversos que tuviste que empezar a matar? ¡Contesta!

—No he matado a nadie, quiero un abogado.

Henry golpeó la mesa.

—Mira niña —dijo señalándola—. No me toques los huevos o estarás mucho tiempo a la sombra y tu bonito cuerpo, será comida para las presas.

—Lo último que recuerdo es que estaba en un bar con el muerto y un chico más.

—¿Qué bar?

—No sé, al lado del un club con muchas luces de colores.

—Quién es ese chico, de qué lo conocías.

—Ya le digo que no me acuerdo.

—Pues haz memoria, piensa en las presas... A tu amigo Barry le funcionó.

—¿Podría darme un vaso de agua?

—Cuando recuerdes. ¿Cómo era ese chico?, ¿era este?

Mostró el dibujo de Andrew Makerman.

—Puede ser..., me estoy sintiendo mal..., por favor, deme un vaso de agua.

Hizo una señal a James a través del falso cristal que separaba la sala de interrogatorios con la que se hallaba. Tras cinco minutos, apareció con el agua.

—Entonces, hasta que recuerdes algo más. Estás detenida.

Henry leyó sus derechos.

—¿Y mi abogado?

—No hay prisa...

4

Henry se levantó y pidió al agente que custodiaba la puerta, llevarla de vuelta al calabozo.

La sala quedó vacía.

—El caso está cerrado sargento —espetó James.

—Eso parece.

—¿No le veo muy satisfecho?

—Hay cosas que no cuadran.

—Su ayudante y yo vamos a ir a celebrarlo al bar de enfrente, ¿se apunta?

—Voy a repasar los informes, todavía no los he leído.

—El caso está cerrado, venga, vamos a celebrarlo.

—Será solo un momento, ir pidiéndome...

—Un whisky —interrumpió James.

Henry fue hasta su mesa, se sentó en la silla y encendió la lámpara. Abrió la carpeta y agarró el resumen de Lany. Comenzó una lectura línea tras línea.

La señorita Lany López presenta estas evidencias:

Exterior:

En las manos y pies presenta signos de ataduras, con probabilidad, pudiera ser una cuerda de sisal trenzada. El dedo índice de la mano derecha, al igual que el dedo medio, presenta restos de pegamento. En el cuerpo, he hecho un análisis de piel y tiene esporas adheridas en la piel y en el cuero cabelludo de varias plantas entre la que se encuentra una llamada Chiranthodendron, originaria del sur de Centroamérica. Aparte de síntomas de amnesia, falta de nutrición y algo de sensibilidad a la luz.

Interior:

Presenta restos de hioscina, cocaína y pastillas para dormir.

Lo primero que captó su atención, fue esporas adheridas a su cuerpo. Henry permaneció pensativo. En su cerebro circulaban las palabras: pelo, esporas, restos de pegamento, huellas, hioscina, ligaduras y pastillas para dormir.

Entonces en su mente saltó un nombre. Berta Rogers.

Henry miró en el ordenador si había una ficha sobre Berta y para su sorpresa, lo hubo. En ella decía que Berta Rogers, en realidad se llamaba Amy Gilligan. Buscó el nombre de Amy. Según el ordenador, aquella chica fue violada por cinco hombres gordos cuando contaba trece años. Según la versión que dio a los que llevaron el caso, fue violada dentro de un coche. Los cinco se la pasaron como si fueran hippies pasándose un porro alrededor de una hoguera. Nunca hallaron a los culpables.

Se levantó de un sobresalto y en un ataque de cólera, comenzó a limpiar la mesa con el brazo, arrojando toda su investigación al suelo, donde Henry pensó que había quedado.

Salió raudo disparado como una de las balas de su pistola, hacia el bar. Entró y caminó hasta la barra en donde brindando, se encontraban James y su ayudante.

—¡Sargento! Por fin ha venido. Tenga, su copa —dijo James.

—Deja eso para luego, tenemos que irnos ¡ya!

—¿Adónde?

—Por el camino te lo cuento.

Los tres salieron del bar. El ayudante se puso al volante, James a su lado y Henry detrás.

—Hacia Dunning, a la casa de Berta Rogers.

El ayudante aplastó el acelerador y dio a la sirena.

—Sargento, ¿por qué Berta?

—En realidad no se llama Berta, su nombre real es Amy Gilligan. Se cambió el nombre después de ser violada por cinco gordos, de ahí su sed de venganza.

—Pero, ¿cómo cometió los crímenes? Tenía coartada.

—Y así nos engañó la perra. Verás, La primera vez en su casa, encontré pelo de una peluca, pues esa peluca es la que utilizó su cómplice para dar la coartada perfecta. Ella sale de la discoteca, el taxista la deja en casa, en ese momento, se cambió con su cómplice, Andrew Makerman; el mismo que secuestró a Albert Fish y con seguridad, el que me golpeó.

—La vecina la vio entrar en casa.

—Vio entrar a su cómplice quien iba vestido igual que ella. Sabía a la perfección que la vecina se asomaría a las seis y estaría mirando. Desde la ventana a esas horas no se distingue muy bien. Por eso el cómplice iba descalzo, para tener la misma altura que Berta. La vecina solo vio una mancha entrando en casa en cambio, le hubiera extrañado que esa mancha hubiera sido más alta. Mientras su cómplice entraba en casa a ojos de la vecina, ella cogió el coche y se fue a por él con todo el tiempo que quisiera. Al terminar, volvió a su casa y entró por la parte de atrás.

—¿Cómo sabía dónde encontrar a Patrick?

—Fácil, cuando estuvieron hablando en el club, antes de que Barry los interrumpiera, le sacaría esa información.

—¿Entonces Lany?

—Una cabeza de turco, alguien a quién cargar los muertos. Después de irnos la primera vez, en nuestra primera visita, la secuestraron. Era la pareja que vimos dándose besos. Llamaron a su casa y al conocerse, las dejó pasar. Lany sirvió unas copas de vino para amenizar la charla, momento en que Berta echó los somníferos. Cogieron las llaves del todoterreno y descargaron el cuerpo, después volvieron a ponerlo en su lugar.

—¿Cómo la secuestró?

—Con las pastillas que encontré en casa de Albert Fish, él fue la primera víctima de todas. Berta nos ha llevado por donde ha querido.

—¿Y las huellas de Lany, el pelo y el tejido ?

—Arthur encontró pegamento en los dedos índice y medio de su mano derecha, pues ese pegamento, son restos de celofán. Es el truco más viejo del mundo. Pones celofán en el dedo y al quitar, tienes una huella, es lo mismo que hacemos nosotros. El pelo lo colocó ella, por eso no estaba arrancado. Lo mismo que el tejido de piel.

—¿Y dónde ha estado Lany todo este tiempo?

—En casa de Berta.

—¿No recuerda qué estuvo en su casa?

—No, ha estado bastante drogada. De momento solo recuerda que estuvo con un chico.

—Hay algo que no me cuadra, sargento.

—Qué no te cuadra, novato.

—¿Por qué matarlos a ellos? Los cinco estaban limpios.

—Tengo dos hipótesis. La primera que ha escogido al azar a cinco hombres gordos para

calmar su sed de venganza que la estaba consumiendo. O tal vez, ellos fueran los que la violaron.

—Pero no hay ninguna relación entre ellos, no sé conocían.

—¿Si tú violaras a una niña de trece años, seguirías en contacto con ellos? Tampoco sabemos mucho del caso. Centrémonos en nuestra investigación.

Llegaron a la casa. Dejaron el coche a quinientos metros de la entrada. La vecina cotilla y madre de una familia de gatos, como era costumbre y gracias a su sentido agudizado del cotilleo, se asomó con media cara tapada por la cortina al oír el coche.

Los tres anduvieron en sigilo. Henry ordenó a su ayudante quedarse fuera. Henry y James desenfundaron las armas. Henry echó un vistazo a través del ventanal. Todo estaba tranquilo.

—Deberíamos llamar refuerzos —espetó James.

—Estás pesado con los refuerzos, qué se jodan .

Henry pegó con la culata al pomo de la puerta. Este cayó al suelo e hizo ademán de rodar pero James logró que no fuera calle abajo. Henry pateó la puerta. Encendieron las linternas y entraron.

Fueron por todos los rincones buscando a Berta.

—No hay nadie en el piso de abajo —mencionó Henry.

Subieron a la habitación de Berta. La puerta se hallaba entreabierta. Nada más que se veía el contorno de la cama.

Henry hizo gala de su pierna dando otra patada.

—¡No te muevas zorra! —exclamó apuntando a la cama.

Sin embargo, aquel grito se perdió en la habitación y los brazos de Henry fueron descendiendo al contemplar un lecho vacío. Fue hasta el armario, su sospecha se hizo realidad. La ropa había desaparecido. No quedaba nada más que las perchas y unas bolitas de naftalina.

—Se ha escapado.

—¿Qué vamos hacer? —preguntó James.

Henry fue hasta el tocador.

—Mira, una foto de ella y su cómplice, ese tal Andrew Makerman. Que hija de puta...

Vamos a mirar el sótano.

Era un lugar húmedo, apestoso y gélido. Había una caldera, una lavadora y una secadora. En la pared de hormigón, colgaban las tuberías, roídas por las ratas y donde los gusanos habían puesto sus larvas. En una de las paredes, sobresalían unas argollas. Henry enfocó con la linterna. James bajó y al llegar al último escalón, dio al interruptor de la pared. Aquel tormentoso lugar, se iluminó con una luz anaranjada.

Debajo de la pared que contempló Henry, había un plato con restos de comida y un vaso donde antes, hubo agua. Otro cubo a su lado para la orina y heces.

En el centro había una camilla. Henry la examinó. Consternado, halló restos de carne humana, piel, sangre, vísceras y a los gusanos dándose un festín .

—Aquí estuvo Albert Fish y quizás, algunos más. Llama al forense, nosotros hemos terminado. Que venga con dos equipos.

—Debería venir a ver esto...

—¿Qué tienes, novato?

—Tiene que verlo...

El detective estaba al lado de un escritorio junto a un esquinazo. Encima había una cuerda de pared a pared. Puesto en la cuerda con pinzas, dos fotografías. En una salía Henry tirándose a Lulú en el baño de aquel pub irlandés. La otra mostraba a sargento y detective dirigiéndose a casa de Lany la primera vez.

—Nos ha vigilado todo este tiempo... —expresó James.

—Eso parece.

—Y tú te la has tirado.

—Eso parece... —Cogió la foto—. Lo hace mucho mejor su amiga Kate.

—No creo que sea buen momento para comparar, sargento.

—¿Cómo supo que estaría en el pub? —preguntó Henry.

—Cuando nos fuimos de casa de Barry, él llamó a las chicas. ¿No sé dio cuenta que alguien lo observaba?

—No, novato. Cuando lo hago, me olvido de todo.

—Lo que me extraña es cómo supo en que bar encontrarle.

—Nosotros tenemos nuestros métodos de investigación y ella los suyos. Es abogada de un buen despacho, pudo empezar por averiguar sobre nosotros y seguirnos.

—Fíjate en lo que hay sobre el escritorio... —expresó James.

Había tres cabezas para acomodar pelucas. Tenía una de color moreno, otra del mismo pero con mechas verdes y una pelirroja. Dos botes pequeños, uno de hioscina y otro de éxtasis, cuerda y un rollo de celofán.

—Volvamos arriba .

Salieron al exterior.

5

—¿Cómo ha ido? —preguntó el ayudante.

—Bien para ella, mal para nosotros.

La noche estaba más fría. Henry cogió el último cigarrillo, hizo una pelota con la cajetilla y la arrojó al suelo.

El viento lo arrastró calle abajo.

—¿Y ahora qué?

—Nada, se acabó.

—¿Sin más?

—Esto es la vida real novato. No siempre se coge al culpable. Tendremos que esperar a que cometa otro crimen. Daremos orden de busca y captura.

—¿Y su cómplice?

—Estará con ella.

—¿Por qué no lo incriminó a él?

—Necesitaba su ayuda y cuando ya no lo necesite, se deshará de él.

—¿Cómo se ha podido dejar engañar así?

—Ella sabe cómo utilizar a los hombres, Saca sus mejores encantos y más lo que tiene entre las piernas. Ha cumplido su venganza.

—¿Sus amigas sabían algo?

—No creo. Ella era amiga para aparentar, no tenía ninguna relación emocional con ellas. Así son esta clase de asesinos. Llevan una vida normal.

En la lejanía, divisaron las luces de varios coches girar la calle, pero ninguno resultó ser Arthur. Un par de gotas cayeron al cigarro de Henry apagándolo. Alzó su vista al cielo.

—¿Dónde pudo haber ido? —inquirió James.

Henry posó su mirada en los ojos de un confuso detective .

—Desaparecerá por un tiempo de la ciudad, un mes, un año, dos... Puede que se case y tenga un par de críos.

—¿Cree que volverá a matar?

— Nunca se sabe.

—¿Qué pasará con Lany...?

—Ahora es problema de la ciudad de Chicago.

Tres coches entraron la calle. Uno de ellos dio las luces a Henry y a James. Pararon delante de ellos. Arthur descendió.

—Viejo, ves al sótano, tienes mucho trabajo.

Arthur asintió.

—Sargento, ha sido un día fuerte, necesito un trago.

Henry se sorprendió.

—Novato, ¿tú un trago?

—Hoy sí, ¿le apetece?

—Hoy no.

Dio media vuelta y caminó hacia el coche dejando a James contemplando su espalda. Antes de llegar, se giró hacia él.

—Qué demonios...Tomemos esa copa.

Faltaba dos horas para que el gallo cantase y el sol, hiciera su trabajo. Se presentaron en la cafetería de la 77. La gente tomaba su desayuno para empezar con fuerzas otro día de esclavo en trabajos por un salario mísero que no llegaba para comer.

Se sentaron en la mesa junto a la ventana.

La camarera se acercó.

—¿Qué vais a tomar, encantos?

—Café y huevos revueltos —dijo James.

—Lo mismo.

Al acabar, pidieron algo suave, una ginebra con tónica. Ambos estaban en silencio. James sabía que no iba a tener mucha conversación sin embargo, se había acostumbrado a ese silencio, a esas miradas indiferentes pero no le importaba. Henry se llevó la copa y bebió.

Aquel silencio, desapareció al dejar Henry la copa en la mesa .

—Sabes James, yo tenía una hija...

Central a delta tres, ¿está usted ahí, sargento?

Querido lector, si te ha gustado, no olvides valorar y dejar tu comentario. Los autores te lo agradecemos de corazón.